VALENTINA GALA



Informe final:

ESTOY ENAMORADA

Informe final:

ESTOY ENAMORADA

VALENTINA GALA

Primera edición.
Informe final: estoy enamorada
©Valentina Gala
©julio, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Abrí los ojos de golpe al primer tono del teléfono.

Teléfono que, como siempre, tenía en la mesilla de noche. A mi alcance. Siempre cerca. Porque mi vida era así. Tenía que estar localizable, disponible y alerta las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año, me tocara trabajar ese día o no.

Alargué la mano con rapidez y descolgué sin mirar quién era. El tono que había sonado ya me había dicho que era trabajo, así que seguramente sería mi compañero o mi superior.

—Prescott —dije al contestar, mientras me levantaba de la cama.

—Yelina, le tenemos.

—Mándame la ubicación.

—Hecho. Allí nos vemos.

Colgamos.

No hacía falta decir más. Para hablar ya tendríamos tiempo después. En ese momento, lo prioritario era llegar hasta donde estaba el hijo de su madre, al que llevábamos días buscando.

Dejé el teléfono encima de la cama mientras, a toda prisa, me ponía unos vaqueros, una camiseta de manga larga y me calzaba las botas. Abrí el cajón de la mesilla con rapidez, saqué el arnés y mi arma, me los coloqué y, encima, me puse mi chupa de cuero.

Agarré el teléfono y salí de la habitación. En el recibidor, cogí el casco de la moto, que tenía aparcada en la calle. No siempre la dejaba ahí, pero, cuando había llegado hacía apenas cinco horas para darme una ducha y descansar un poco, la había dejado ahí intencionadamente por si pasaba justo lo que acababa de pasar: que me llamaran y me tocara salir zumbando.

Bajé medio corriendo los tres pisos de escaleras desde mi apartamento hasta la calle, mientras miraba en el teléfono la ubicación que me había mandado Knox, mi compañero.

—Perfecto, está cerca —dije antes de ponerme el casco.

Me subí a la moto, arranqué y salí quemando rueda.

La ubicación que me había mandado era la de una casa a las afueras de Washington, que era donde vivía. Cuando la vi desde mi apartamento, calculé mentalmente que el trayecto sería de unos veinte minutos. Yo lo haría en menos de diez.

La moto me daba la facilidad de esquivar mejor el tráfico. Bueno, eso y que pisaría el acelerador más de la cuenta, siempre con todos los sentidos alerta, por supuesto, para llegar lo antes posible. También, siendo sincera, me saltaría algunas normas de tráfico. Pero eso no me preocupaba. Por ser quien era, o más bien por el trabajo que tenía, era algo normal que a veces los agentes hacíamos.

Y yo, como agente del FBI que era, solía saltarme las normas, y no solo esas, bastante a menudo.

Mientras recorría las calles esquivando coches que, gracias al cielo, no eran muchos a esas horas, ya que la gente todavía estaría despertando en sus casas para empezar la rutina de un nuevo día, pensé en el desgraciado al que por fin habíamos encontrado.

A Knox y a mí nos habían asignado el caso una semana atrás y habíamos removido cielo y tierra para encontrar a la niña desaparecida. Todos los casos eran importantes. En todos nos implicábamos al cien por cien y dábamos lo mejor de nosotros mismos, pero, cuando había niños de por medio, como en este caso, dábamos el doscientos.

Si teníamos que dejar de comer, de dormir o buscar hasta debajo de las piedras, lo hacíamos. Porque los niños, bajo mi punto de vista, deberían ser intocables. Nunca, y cuando digo nunca es nunca, deberían verse implicados en delitos. Ni en secuestros, ni en agresiones, ni en abusos, ni, por supuesto, en delitos de sangre. En ninguno, ya puestos.

Pero había mucho hijo de puta suelto que eso no lo respetaba.

Que no es que las demás personas que no fueran niños sí se merecieran verse en situaciones así, porque no. Nadie tendría que pasar por eso. Pero los niños, mucho menos.

Pensé en la cara de la niña a la que llevábamos una semana buscando, desde que una vecina alertó a las autoridades diciéndoles que había visto cómo su padrastro la sacaba de su casa a rastras una madrugada. Tenía una cara dulce, llena de pecas, y en la foto que había visto al menos una centena de veces esos días, en su mirada todavía primaba esa inocencia que aún tenía a sus once años.

Aceleré más de la cuenta y se me tensó la mandíbula al recordar el momento en el que interrogamos a la madre.

Desgraciada…

Sí, era una completa desgraciada y una… Mejor me ahorraba los calificativos que podría decirle, porque no había uno lo suficientemente fuerte y grande para describirla.

Cuando la interrogamos en su casa, la mujer estaba tranquila. Demasiado. Y eso fue la primera señal de alerta. Ninguna madre a la que le ha desaparecido una hija, y menos de la manera que había desaparecido la suya, podría estar tranquila. Desquiciada, llorando a mares, totalmente ida o desesperada, sí. Pero tranquila, no.

Los años de experiencia que llevaba en mi trabajo viendo casos similares y lo buena que era en lo mío, que no lo decía yo, no iba a pecar de vanidosa, sino mi superior, mi compañero y las altas esferas, me dijeron nada más ver su tranquilidad que o estaba implicada o sabía de sobra por qué se la había llevado su marido.

Le apreté las tuercas, que era mi especialidad, hasta que conseguí que hablara. Ella sabía que su marido, que no era el padre de la niña, llevaba tiempo abusando de ella y que, en un acto de valentía, desesperación o hartazgo, la niña se rebeló y quiso llamar a su abuela para que la sacara de esa casa.

En ese momento empezaron los gritos que la vecina nos dijo que había oído antes de ver cómo su padrastro se la llevaba. A la última pregunta que le hizo Knox, dónde y por qué se la había llevado, la muy… le contestó que el sitio no lo sabía, pero que el motivo era darle un buen castigo. Un castigo que, según ella, se merecía por rebelarse y no hacer lo que le mandaban.

¿Un castigo por rebelarse contra algo que le estaba haciendo un hombre que jamás debería habérselo hecho, ni ella consentirlo? ¿Pero estaba tonta, loca o simplemente no tenía alma ni corazón?, me pregunté mientras me contenía para no pegarle una paliza o un tiro.

Salimos de esa casa con ella detenida, y así seguiría hasta que se celebrara el juicio. Desde ese momento, nos habíamos dejado la piel buscando a la cría, que a saber lo que el monstruo ese le estaba haciendo.

Tiramos de contactos, hicimos llamadas, recurrimos a soplones y removimos todo lo que pudimos sobre la vida del hombre. Buscamos propiedades a su nombre, alquileres, herencias y cualquier lugar en el que pudiera esconderse con la niña. También revisamos los moteles cercanos, aunque era una opción menos probable: allí podía verlo u oírlo demasiada gente.

A última hora de la tarde anterior, uno de nuestros compañeros, experto en informática, encontró un hilo del que tirar. Al parecer, el hombre había usado otro nombre en el pasado y era posible que tuviera alguna casa, piso o apartamento registrado con esa antigua identidad.

Esa fue la pista que nuestro compañero se quedó investigando unas horas antes, cuando Knox y yo nos fuimos, totalmente exhaustos, a descansar un rato. Quedó en avisarnos si encontraba algo y, al parecer, había cumplido: si Knox me había llamado, era porque estaban seguros al cien por cien de que el hombre y la niña estaban en la dirección que me había enviado.

Miré el reloj en el marcador de la moto. Ocho minutos habían pasado desde que había salido de casa. Perfecto, porque estaba a punto de llegar, pensé mientras aceleraba un poco más.

Llegué a la ubicación que Knox me había mandado y, ya antes de frenar, pude ver que compañeros de la policía estaban allí, fuera de los coches, para darnos apoyo si lo necesitábamos. Paré la moto al lado de uno de los coches y me bajé con destreza y rapidez. Me quité el casco y lo dejé apoyado en el asiento.

Giré la cabeza y revisé con ojo clínico todo lo que me alcanzaba la vista: los coches patrulla, los policías, Knox hablando con uno de ellos, dos compañeros más de los nuestros, un equipo de sanitarios fuera de la ambulancia y la casa.

Era vieja, o eso parecía por el mal estado en el que estaba la fachada. No había luces encendidas dentro, aunque eso era normal por las horas que eran. Apenas estaba amaneciendo.

Con pasos ligeros, me acerqué hasta donde estaba Knox, que no me había visto porque estaba de espaldas a mí, mirando la casa.

—Knox.

Giró la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—Yelina.

—Ponme en situación —le pedí.

En apenas dos minutos, me explicó que nuestro compañero había encontrado esa casa, que estaba registrada como propiedad del hombre al que buscábamos, pero con el nombre que tenía antes de cambiárselo.

—¿Estamos seguros de que están dentro, tanto él como la niña?

Uno de los policías que estaba hablando con Knox cuando llegué fue el que me contestó.

—He preguntado a algunos vecinos que han salido de sus casas para ir a trabajar y a una pareja que corría. Ambos me han confirmado que en la casa lleva días habiendo movimiento.

—Tienen que ser ellos.

—No hay más posibilidades. Según los vecinos, la casa llevaba vacía muchos años.

—¿Entramos ya? —le pregunté a Knox, impaciente.

—Sí. Tú y yo entraremos primero. Los compañeros nos cubrirán y la policía asegurará el perímetro. No creo que esté armado ni que tengamos problemas para detenerlo, pero hay que estar preparados para cualquier cosa.

—Pues vamos allá. Tengo ganas de verle la cara a ese cabrón.

Capítulo 2



Nos preparamos con rapidez para entrar y, dos minutos después, Knox y yo, sin hacer ruido y con algunos truquillos que solíamos usar, entramos en la casa.

Con las armas en la mano, fuimos recorriendo las estancias. Abrimos la puerta de una habitación y apreté los dientes y el arma con fuerza mientras cerraba los ojos unos segundos para digerir lo que nos encontramos.

Encima de un colchón mugriento estaba la niña, acurrucada y dormida. Tenía las manos juntas, atadas con una cuerda al cabecero de la cama, y a simple vista se veía que había intentado soltarse porque tenía las muñecas en carne viva. O quizá las heridas se las había hecho al tirar mientras ese monstruo le hacía vete a saber tú qué atrocidades.

Enfundé el arma y me acerqué a la cama. Pasé una mano por su pelo y se despertó sobresaltada. Abrió los ojos como platos al verme, y le pedí, llevándome dos dedos a la boca, que guardara silencio.

Asintió. Saqué una pequeña navaja que siempre llevaba en la cazadora y corté las cuerdas. Sus ojos se llenaron de lágrimas por el dolor cuando retiré los trozos de sus muñecas.

Maldije al cabrón de su padrastro unas cuantas veces mientras la cogía en brazos y, en la puerta, se la pasaba a uno de mis compañeros para que la sacara de allí y la llevara directamente con el personal sanitario, para que recibiera atención inmediata.

Ya sabía que sus heridas físicas no eran graves y que en poco tiempo estarían curadas, pero las psicológicas… esas ya eran otro cantar. Necesitaría mucha terapia para superar lo que le había pasado y, aun así, quizá no lo superaría en la vida. Simplemente, si tenía suerte, aprendería a vivir con ello.

Knox me interrogó con la mirada, preguntándome si estaba bien para seguir. Asentí.

No, no estaba bien. Había que tener el corazón de piedra para estar bien después de haber encontrado a la niña en esas condiciones. Pero estaba entrenada para dejar mis emociones y mis sentimientos a un lado, cumplir con mi deber y hacer lo que tenía que hacer.

Detener al hijo de mala madre que había cometido un crimen tan atroz contra una niña inocente. Esa era la prioridad. Ya después, en frío, si tenía que llorar, gritar o maldecir, lo haría.

Seguimos los dos andando con sigilo, arma en mano, por el pasillo de la casa. Nos quedaban cuatro puertas más.

Primera puerta. Knox la abrió cubriéndome y yo me asomé. Di un barrido visual. Era la cocina. Estaba vacía. Y también daba muchísimo asco. Estaba muy sucia, llena de platos con restos de comida y basura por el suelo.

Negué con la cabeza.

Seguimos hasta la siguiente con la misma manera de proceder. Era el baño. Contuve la arcada que se me subió por la garganta cuando me asomé y un olor totalmente nauseabundo, mezcla de orín, suciedad y humedad, me llegó hasta las fosas nasales. También estaba vacío.

Tercera puerta. Estaba entreabierta. Nos colocamos uno a cada lado del marco y yo misma la empujé con el pie, con suavidad. Nos asomamos a la vez.

Otra estancia que daba asco verla. Ropa tirada por encima del sofá. Un cenicero lleno de colillas, tantas que la mayoría se caían encima de la mesa. En el suelo te quedabas pegada al andar por la mierda reseca que tenía.

Los dos resoplamos y negamos al mismo tiempo, antes de girarnos para salir, porque allí tampoco había nadie.

Nos miramos al llegar a la cuarta y última puerta, y asentimos hablándonos con la mirada. Llevábamos tanto tiempo trabajando juntos que la mayoría de las veces, por lo bien que nos conocíamos y la conexión que teníamos desde el principio, no necesitábamos hablar para entendernos.

Sabíamos que detrás de esa puerta estaba nuestro objetivo, así que nos dijimos, sin decir nada, que había llegado la hora de terminar con aquello.

Nos colocamos en posición. Knox abrió lentamente la puerta. Asomé la cabeza y asentí para confirmarle que sí, que allí estaba el hombre. Pasamos los dos con el arma preparada.

Nos miramos y negamos con la cabeza. Mientras tanto, un asco y una rabia impresionantes me recorrieron todo el cuerpo al ver el estado en el que estaba el muy cerdo.

Tumbado en la cama, en calzoncillos y camiseta de tirantes. Totalmente dormido o inconsciente. Eso no estaba claro, porque podía ser cualquiera de las dos cosas.

¿El motivo?

Las al menos diez botellas de alcohol que estaban vacías y esparcidas por encima de la cama y el suelo.

Knox y yo arrugamos la nariz a la vez. No teníamos claro si daba más asco el tío ese o el olor que había dentro de la habitación. A sudor, alcohol y rancio.

—¿Quieres hacer los honores?

—Lo estoy deseando.

—Pues todo tuyo.

Sonreí y me acerqué a la cama. Puse una rodilla en el asqueroso colchón, maldiciendo al cerdo porque seguramente me tocaría tirar después los vaqueros que llevaba puestos si se me quedaba ese olor impregnado.

Bajé el arma y, cuando abrió la boca para soltar uno de los ronquidos que estaba dando, se la metí dentro y presioné con fuerza contra el paladar.

Pues no estaba inconsciente, solo dormido. Porque al notar el arma, y seguramente el dolor que le estaba produciendo el metal en la boca, abrió los ojos de repente.

—¡Sorpresa, cabrón!

Se revolvió en la cama para intentar escapar.

Claro que sí, campeón. Después de lo que has hecho, voy yo y te dejo ir tan campante. Sigue soñando, le dije mentalmente.

Lo que pasó el siguiente minuto fue todo a la velocidad de la luz. Yo era rápida y eficiente, y él un gilipollas que no tenía reflejos por los restos de alcohol que llevaba en el cuerpo y también por el exceso de peso. Por eso se movía tan lento.

En ese minuto, enfundé el arma. Con una llave perfecta, le di la vuelta y hundí su miserable cara contra el colchón. Apreté fuerte, privándolo de aire unos segundos, y mientras tanto le engrilleté las manos a la espalda.

Knox se acercó, lo levantó de la cama sujetándolo por las esposas y tiró de él con fuerza para que caminara hasta la puerta.

—No he hecho nada malo. No podéis detenerme.

Knox y yo nos miramos con las cejas alzadas.

¿Cómo podía tener semejante poca vergüenza para decir que no había hecho nada malo? Es que de verdad era para pegarle un puto tiro y librar al mundo de semejante despojo humano, pensé mientras me contenía para no hacerlo.

—¿No has hecho nada? ¿Y la niña? ¿Se ha atado sola? ¿Se ha agredido sola? —preguntó Knox, apretando los dientes.

—No le he hecho nada que no se mereciera. Necesitaba educación.

—¿Educación de qué, gilipollas?

El muy hijo de puta se echó a reír antes de soltar por la boca tal atrocidad que fue lo que me hizo explotar.

—Necesitaba aprender cuál era la mejor manera de comerme la polla. Nunca lo hacía como a mí me gustaba.

Él no lo vio venir. Knox no se sorprendió porque ya me conocía. Sabía de sobra que no me iba a contener en cuanto el muy malnacido dijera esas palabras.

Lo agarré por el pelo, tiré un poco de su asquerosa cabeza hacia atrás y, con bastante fuerza, no toda la que era capaz de usar para no matarlo, lo golpeé contra el marco de la puerta.

El «crac» que hizo el hueso de su nariz al romperse se oyó con claridad.

Y que diera gracias de que solo le hubiera roto la nariz, porque lo que se merecía era que le partiera, uno a uno, todos los huesos del cuerpo, además de cortarle con mi navaja eso que le colgaba entre las piernas.

Y tentada estuve, os lo juro.

Porque una cosa era saber lo que podía haberle hecho a la niña, pues nos lo podíamos imaginar, y otra muy distinta era oírselo decir y encima hacerlo riéndose.

—Zorra, me has roto la nariz. Te voy a denunciar.

Me eché a reír.

—¿A mí me vas a denunciar? No sé por qué —dije, encogiéndome de hombros—. Yo no te he tocado. Te has tropezado con la mierda que hay en el suelo.

Me miró con odio.

Bien, mírame como quieras, so mierda, pero con la nariz rota te quedas, le dije mentalmente mientras me cruzaba de brazos delante de él de manera desafiante.

Solo necesitaba un motivo. Una frase más y le tocaría comer con pajita los próximos meses en la cárcel, porque, de la hostia que le iba a dar, le iban a saltar todos los dientes.

—Te buscaré cuando salga, te lo juro.

Me eché a reír.

—No vas a salir —dije muy segura.

—Claro que sí. Y te buscaré.

—No vas a salir —repetí.

—Sí, lo voy a hacer.

—Bueno, en algo sí que tienes razón. Sí vas a salir de prisión, pero no como tú piensas. Lo harás en una bolsa directa al depósito.

Abrió los ojos como platos al oír mis palabras, muy sorprendido.

—¿Te sorprendes? No lo hagas. Solo te he adelantado lo que va a pasar, para que sepas lo que te espera.

Fue a decir algo, pero no lo dejé hablar.

—En la cárcel, como en todos los sitios, hay códigos, respeto, rangos y cosas que no se permiten de ninguna de las maneras y a nadie. Y una de ellas, la que más poder tiene, es que a los niños no se les toca.

Cogí aire mientras él me miraba cada vez con más miedo.

—Tú has hecho algo horrible y, en cuanto los cabecillas se enteren, estarás muerto. Si no te matan ellos, tú mismo te quitarás la vida porque no serás capaz de soportar todo lo que van a hacerte. Así que ve preparando tu culo, porque ni sentarte vas a poder de todo lo que te van a meter por él.

Mientras hablábamos, habíamos ido andando y, al terminar mis últimas palabras, salimos a la calle.

Al vernos salir, dos de los agentes con los que Knox había hablado antes de que yo llegara se acercaron con rapidez.

—Todo vuestro, chicos —dijo Knox, soltándolo de un empujón.

—Joder, nos va a poner el coche perdido de sangre —se quejó uno.

Mientras se lo llevaban, vi un miedo enorme reflejado en su mirada por lo que le había dicho que le iba a pasar. Ninguna mentira. Era cierto que los que abusaban de niños, los violaban o los mataban acababan como le había dicho.

—¿Te has quedado a gusto con la hostia que le has dado? —me preguntó Knox.

—No, ya lo sabes. Si hubiera podido… Si por mí fuera…

—Lo sé. Yo haría lo mismo.

—Vamos a la central, el jefe querrá un informe de primera mano. Pero primero, un buen desayuno —propuse.

—Uno con café de verdad, dosis altas de grasas y azúcar. Nos lo hemos ganado —dijo Knox, sonriendo.

Y yo asentí, estando completamente de acuerdo.

Capítulo 3



Knox se montó en su coche, en el que solíamos ir cuando los dos salíamos juntos desde la central para ir donde tocara. Pero, si cada uno estaba en su casa, como había sido el caso, él iba en coche y yo en mi moto.

Me puse el casco, me monté y arranqué.

—No corras mucho —me dijo desde la ventanilla.

—Ahora, lo justo.

—Sí, ya —contestó, riendo mientras negaba con la cabeza, como si me diera por imposible.

—Allí te espero, Ashford —dije, riendo antes de acelerar y dejarlo allí con la palabra en la boca.

Por el camino a la central, pensé en la suerte que había tenido con el compañero que me había tocado desde que entré en la oficina, ya hacía unos cuantos años.

Nunca imaginé, cuando empecé la carrera de Psicología, que acabaría como agente del FBI, pero las cosas se habían dado así y la verdad era que estaba encantada.

El motivo por el que tuve mi primer contacto con la oficina fue lo encantado que quedó conmigo y la confianza que depositó en mí uno de los profesores que tuve el último año de carrera.

Empecé Psicología en Nueva York. Allí cursé tres años, pero pasó algo que no tenía ganas de recordar en esos momentos y que provocó que me mudara a Washington para hacer allí el último año.

Aquel profesor, que casualmente era hermano de mi superior, le habló de mí y mi nombre acabó despertando su curiosidad. Algo debió de ver cuando me conoció, porque, incluso antes de acabar la carrera, ya estaba trabajando en la oficina como analista.

Durante ese periodo, me dediqué a analizar perfiles de criminales y a estar en los interrogatorios que hacían mis compañeros, porque, como todos comprobaron, tenía muy buen ojo para pillar mentiras, comportamientos inusuales y encontrar o preguntar cosas que a los demás no se les ocurrían y que solían ser claves.

Un año después, me preparé para ser agente. Y, con veinticinco años, lo conseguí.

Y eso era lo que llevaba siendo los últimos tres años, ya que ahora tenía veintiocho, de la mano de Knox. Encantada con él, como ya he dicho.

Knox Ashford. Soltero. Treinta y siete. Guapo a rabiar y con una mala hostia mal disimulada que contenía mejor que yo.

Él no solo era mi compañero, era mi mentor, el que me había enseñado lo que era estar en la calle y enfrentarme al día a día, mi mejor amigo, el que me cubría las espaldas, como yo a él, y mi mayor defensor y protector.

Nos adorábamos mutuamente.

Entre nosotros nunca había habido nada sexual, ni atracción o deseo siquiera. Era imposible que eso pasara porque nuestra relación estaba por encima de eso. Lo nuestro era amistad de la buena, de la que está por encima de todo lo demás.

Sonreí mientras aparcaba la moto en la puerta de la oficina, todavía pensando en mi compañero y amigo. Me quité el casco y lo guardé en la maleta.

Me apoyé en la moto para esperar a Knox. Saqué el móvil, que mientras conducía había notado vibrar en mi pecho, ya que lo llevaba en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Miré la pantalla y vi que tenía mensajes de dos personas distintas.

Mi padre, Logan Prescott. Y mi mejor amiga, Rachel.

Decidí abrir primero el de mi padre. Sabía que sería breve y conciso en lo que quisiera decirme. Y que la conversación también sería breve.

En cambio, cuando contestara a Rachel, con el drama que tenía por vida, la conversación sería larga. Así que esa la dejaría para después de hablar con el jefe, para hacerlo tranquila y con tiempo.

Rachel era mi amiga desde que éramos dos niñas de tres años. Nos conocíamos desde el primer día de colegio y, desde entonces, se creó un vínculo entre nosotras que hacía que nos consideráramos más hermanas que amigas.

Ni la distancia había roto esa amistad y daba gracias por eso todos los días.

Ella seguía en Nueva York, de donde yo me marché. Fue duro. Pero entendió mis motivos, los respetó y me apoyó en mi decisión.

En la actualidad, ella, junto con otra persona, aunque con esa algo menos, era de las únicas con las que tenía contacto de la gente que había formado parte de mi vida en el pasado. Y así tenía que seguir siendo. Por mi bien, por mi salud mental y por la protección de mi corazón.

Sacudí la cabeza y me centré en el mensaje de mi padre. No quería ni debía pensar en nada que tuviera que ver con mi vida en Nueva York.

Abrí el chat y se me escapó una risa al leer.

Papá: *Yelina, mañana es domingo. Porque lo es. Aunque tu trabajo no respete ni los días en los que la mayoría de la gente descansa. Te comunico que Joy va a hacer una parrillada de marisco y cuenta, sin discusión ni excusas posibles, contigo y con Knox para que os comáis al menos la mitad.*

Tecleé todavía riéndome. Mi padre era un graciosillo de cuidado y Joy, su mujer, otra que no se quedaba atrás.

Los adoraba. No había otra manera de decirlo.

Joy no era mi madre. Pero como si lo fuera. La mía murió en un accidente de tráfico en Nueva York cuando yo tenía un año.

Cuando cumplí tres, mi padre encontró el amor de nuevo en Joy y, dos años después, se casaron. Así que llevaba en mi vida la tira de años.

Yo la trataba como a una madre, incluso la llamaba así, y ella me quería como a una hija. Me lo repetía a menudo: decía que, aunque me hubiera llevado en su vientre, dudaba que pudiera quererme más de lo que lo hacía.

Yelina: *Si los astros lo permiten, allí estaremos sin falta. Y si se tuercen, en cuanto Knox sepa que mamá hará parrillada, si hace falta, les pega un tiro para volver a ponerlos en línea.*

Papá: *Ja, ja, ja. No esperaba menos de ese muchacho. Dile que también habrá cerveza de la que os gusta y tarta de chocolate.*

Yelina: *Dios… Quieres que no durmamos hoy pensando en ello.*

Papá: *¡Viva mi hija la exagerada!*

Knox acababa de bajarse del coche a dos metros de mí y me miró con la ceja alzada cuando me oyó soltar una carcajada.

Yelina: *No es exageración. Es realidad.*

Papá: *Pues ni se os ocurra perderos esa realidad.*

Yelina: *Allí estaremos. Lo prometo.*

Papá: *Bien. Cuidaos. Mañana nos vemos, par de desastres con patas.*

Otra carcajada.

Yelina: *Hasta mañana, padre de uno de los desastres. Dale un beso a mamá y otro para ti, celosón. Entramos en la oficina. Chao.*

Todavía riéndome, me acerqué a Knox, que me estaba esperando apoyado en su coche para subir a ver al jefe.

—¿Tu padre o tu madre?

—El primero.

—¿Qué le pasa al señor Prescott que te hace reír a carcajadas?

—Sabes que, como te oiga llamarlo señor Prescott, te quitará el arma y te pegará un tiro, ¿verdad?

Se echó a reír y yo con él.

—Sí, sé que es muy capaz. Por eso solo lo hago cuando no me oye.

Mis padres querían a Knox como si fuera su hijo. Desde el momento en que lo conocieron, a la semana de empezar juntos como compañeros, y supieron que no tenía familia, lo acogieron bajo su ala. Desde ese día formaba parte de la nuestra como uno más.

Y él quería a mis padres de la misma manera que ellos a él.

—Mira lo que me dice.

Le pasé el móvil mientras entrábamos en la central para que leyera los mensajes.

—Parrillada… —dijo casi salivando, haciéndome reír.

—Y cerveza y tarta.

—Joder, ¿no podemos adelantar el reloj y que ya sea mañana? —se quejó.

—Me temo que no.

—Pues mal, muy mal. Hay que investigar cómo podemos conseguir eso.

—Bueno, hasta que lo hagamos, nos tendremos que conformar con vivir día a día, como hacen el resto de los mortales. Pero hoy, por lo bien que lo hemos hecho y como premio por haber detenido a otro mierda, te invito a comer a ese italiano que tanto te gusta.

—Desayuno, comida… Solo falta que esta noche cenemos hamburguesas, salgamos a tomar una copa y follemos. Entonces sí que sería un día redondo.

—Pues sí, estaría bien. Sobre todo, lo último. Porque hace tanto de la última vez que creo que se me ha olvidado hasta cómo se hace.

—Pues hace el mismo tiempo que no mojas que yo. Te recuerdo que ligamos juntos el último día y de eso hace ya tres meses.

—¿Tres meses?

—Sí —dijo, negando con la cabeza—. Tres largos meses de sequía llevamos.

Nos miramos y nos echamos a reír. Mi padre tenía razón: éramos dos desastres con patas.

Knox, al igual que yo, no quería relaciones. No quería implicarse con nadie. Él porque decía que, con el trabajo que teníamos, era difícil mantener una relación y más difícil todavía encontrar a alguien que la entendiera.

Que entendiera que no solíamos tener horarios, que había días en los que ni aparecíamos por casa, que nos jugábamos el pellejo a diario y que teníamos días en los que no nos aguantábamos ni nosotros mismos por el cabreo, la frustración o la tristeza que arrastrábamos por la mierda que nos tocaba ver.

Yo, en cambio, no quería relaciones por otros motivos distintos. Para no sufrir otra vez por amor, básicamente.

Por eso, los dos, pensando lo mismo, salíamos y, si había suerte y ligábamos, pasábamos una buena noche con esa persona y hasta ahí.

Ni repetíamos, ni dábamos teléfonos, ni contábamos dónde trabajábamos ni nada personal. Vamos, que íbamos al asunto y ya.

Y nos iba bien así. Al menos de momento.

—¿Entonces tenemos plan para hoy?

—Lo tenemos.

—De puta madre. Ahora vamos a ver al jefe y a escuchar sus voces. Que sabes que las habrá si ya se ha enterado de que el detenido se ha ido con la nariz rota y sangrando como un cerdo.

Bufé, negando con la cabeza, porque sabía que tenía razón. Con el jefe iba a haber bronca.

Capítulo 4



Ante la puerta de Grayson Sterling, nuestro jefe, Knox y yo nos miramos y cogimos aire. Sabiendo lo que nos esperaba, yo, siendo la más valiente o descerebrada, llamé a la puerta.

—Adelante.

Entramos y, sin que nos dijera nada, nos sentamos en las dos sillas que tenía al otro lado de la mesa, donde Grayson estaba sentado. Nos miró, nos estudió y frunció el ceño.

Lo sabía… Mierda y más mierda.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos detenido al sospechoso. La niña estaba allí, atada al cabecero de la cama, en una habitación.

—Repito: ¿qué ha pasado?

Puse los ojos en blanco sin que me viera.

—Se lo acaba de decir, jefe —dijo Knox.

—Sabes de sobra que no estoy preguntando por el caso, Ashford.

Knox se encogió de hombros.

—Pues explíquese mejor, porque no sabemos de qué está hablando —dije, haciéndome la tonta.

Me fulminó con la mirada.

—¿En serio no sabes de qué hablo, Prescott?

—No, señor. No tengo ni idea. Nosotros hemos ido, hemos sacado a la niña, hemos detenido al sospechoso y, al salir de la casa, se lo han llevado los policías que habían ido a darnos apoyo.

Silencio.

Un segundo, dos y tres… Y ahí vino la primera voz.

—¿Me tomas por tonto?

—¿Yo? No osaría hacer tal cosa, jefe.

—Tiene cojones. Encima me vacila —dijo, negando con la cabeza.

—¿Yo vacilar? Eso jamás, señor.

Soltó una carcajada seca.

—Yelina, ¿en serio crees, a estas alturas, que hacerte la tonta conmigo te funciona? ¿Lo crees de verdad?

Me encogí de hombros mientras miraba de reojo a Knox, que el muy capullo estaba aguantándose la risa.

—Explícame por qué cojones al detenido han tenido que llevarlo al hospital para ponerle la nariz derecha antes de trasladarlo a comisaría.

—Se tropezó.

—¿Se tropezó?

—Sí.

—¿Con qué? ¿Con tu mano? ¿Con tu pierna?

—Con el suelo, jefe. Allí había mucha mierda. Ni se imagina cuánta. Y el detenido era torpe. Eso hizo que se tropezara y se golpeara.

Grayson se llevó la mano a la cara y con dos dedos se apretó el puente de la nariz, mientras seguramente contaba hasta diez para no dejarme sorda con sus gritos.

—Ashford.

—¿Sí?

—¿Se tropezó?

—Así es.

—Me agotáis. De verdad que sí.

—Necesita vacaciones, jefe. Lo veo estresado.

Knox tosió, tapándose la boca, evitando así soltar una carcajada.

—Necesito que mis dos mejores agentes no les pateen el culo, o la cara en este caso, a los detenidos y luego tenga que ser yo el que dé la cara por ellos. Eso es lo que necesito.

—Nosotros nun…

No me dejó terminar.

—Noooo, vosotros nunca. Claro que no. Mirad, vamos a hacer un repaso rápido, así con lo primero que se me venga a la cabeza en este momento.

Knox y yo nos miramos, luego volvimos a mirarlo a él y nos encogimos de hombros. Resopló y nosotros, allí, como dos niños buenos, esperamos a que siguiera con el discurso o con lo que fuera a decirnos.

—Hace tres meses…

Lo corté.

—¿Quién se acuerda de lo de hace tres meses? Eso ya pasó a la historia. Pues anda que no ha llovido desde entonces.

No me fulminó con la mirada. Directamente me taladró.

—Hace tres meses, un detenido acabó con doce puntos en la cabeza. Según vosotros, se le cayó una teja.

—Y se le cayó. Mire que es mala suerte, con la de gente que estábamos allí y le tocó a él —contesté.

Otro resoplido.

—Hace mes y medio, otro detenido acabó con un brazo roto. También según vosotros, porque él mismo, de tanto tirar para quitarse los grilletes, acabó partiéndoselo.

—Era gilipollas, y mire que le dijimos que no tirara, pero él nada. Ni caso nos hizo. Tiró y tiró hasta hacerse daño.

—Increíble —dijo, negando con la cabeza.

—Increíble, pero cierto.

—¿Sigo?

—Si no hay más remedio —le dijo Knox.

—Hace un mes escaso, otro detenido acabó sin ocho dientes. Porque también se tropezó con un bordillo que estaba mal colocado.

—Y lo estaba. Desde luego, esta ciudad necesita una revisión del asfaltado. Si vemos al alcalde, habrá que decírselo.

A esas alturas, y con mis contestaciones, Knox tenía la mano en la boca, aguantándose la risa sin apenas conseguirlo. Y nuestro pobre jefe estaba a puntito de perder la paciencia y quitarnos la placa y la pistola. O ponernos a hacer papeleo hasta que las ranas criaran pelo.

No estaba segura de cuál de las dos opciones era peor.

Porque quedarme sin placa y sin pistola era como quitarme la ropa en plena calle. Me sentiría desnuda y desprotegida. Pero estar enterrada horas y horas entre papeleo era mortal.

—Ashford, no le rías las gracias encima, joder.

—No se las río, señor, de verdad que no. Prescott ha dicho las cosas tal cual pasaron.

—Claro que sí. Y yo voy a hacerme cura —dijo con ironía.

—¿Se va a ordenar sacerdote? Con la buena planta que usted tiene, menuda pérdida. Muchas mujeres van a llorar si hace eso. Piénselo bien, hombre.

Hasta ahí duró su contención.

Que era normal.

Porque los tres sabíamos de sobra que todos esos detenidos habían tenido encontronazos con mis manos, mis piernas o, en otras ocasiones, con las de Knox, aunque tengo que decir que eran las menos.

Casi siempre era yo la que, con la paciencia agotada por los monstruos a los que deteníamos y las cosas que decían al detenerlos, acababa dándoles una de las muchas hostias que se merecían. El jefe había dicho cómo acabaron ellos de dañados por mí, y joder, estaba mal, porque yo no tenía que tomarme la justicia por mi mano. Eso lo sabía de sobra. Pero había que estar allí y tenerlos delante, sabiendo lo que habían hecho, e intentar controlarse.

Estaba segura de que poca gente, después de saberlo, sería capaz de hacerlo.

Al de la brecha lo habíamos detenido porque había violado a dos niñas, vecinas suyas, de diez y doce años. Poco le hice, la verdad. ¿Una brecha? La cabeza entera tendría que haberle abierto.

El del brazo roto había secuestrado a la hija de una vecina de cuatro años porque esta no quería firmar un permiso para que pusieran ascensor en su edificio. La había tenido diez días en un motel de carretera a pan y agua. La pobre criatura estaba totalmente desnutrida cuando la encontramos. Otro al que le partí un brazo, porque tiré con fuerza teniéndolo ya esposado; poco me parecía también para lo que se merecía.

Y el último, el de los dientes, era un cabrón que había abusado de ocho niñas en el colegio en el que trabajaba como conserje. Ocho dientes a cambio de destrozar la vida de ocho niñas y de sus familias, pocos me parecían. La lengua tendría que haberle arrancado de un tirón y luego habérsela hecho tragar.

Entre todos esos, en los últimos meses, habíamos detenido a unos cuantos delincuentes más, pero Grayson solo nombraba esos porque fueron los que salieron mal parados. Y, como habéis comprobado, todos habían dañado a niños.

Los niños son intocables.

Y el jefe sabía que yo llevaba muy mal ese tema. Que no siempre les hacía algo, eso era cierto; tampoco vayáis a pensar que era yo aquí la justiciera de la noche. Pero esos que había nombrado se habían llevado un recuerdo mío porque, encima de hacer daño a niñas inocentes, se vanagloriaron de ello.

Y eso era algo con lo que no podía.

Grayson nos miró a los dos sabiendo que éramos, como decía mi padre, dos desastres con patas.

Pero sus dos mejores desastres.

Porque éramos muy buenos en lo nuestro y, como él mismo había dicho, sus dos mejores agentes. Por eso nos echaba la bronca, más obligado a hacerlo por ser el jefe que porque quisiera.

Porque estaba segura de que, si él hubiera estado en los momentos de las detenciones con esos malnacidos, se nos habría adelantado y él mismo les habría dado unas buenas hostias.

—Tres días.

—¿Tres días qué? —le preguntó Knox.

—No quiero veros en tres días. Largaos ahora mismo a casa, al Caribe o donde coño queráis. Pero no quiero ver vuestras caras hasta el miércoles.

—¿En serio? ¿Tres días de descanso? —pregunté yo tan contenta, porque hacía meses que no cogíamos más de un día libre, y si era posible, a la semana.

—Tres días de descanso, sí. A ver si, cuando volváis, es posible que en los siguientes casos sujetéis más las manos.

—No cuente con ello —murmuré.

—¿Decías algo, Prescott?

—Sí, que muchas gracias, señor.

—Largo de aquí ya —dijo, apuntando la puerta del despacho con el dedo.

Knox y yo nos levantamos a la vez y salimos a toda prisa de allí, no fuera a ser que se arrepintiera y nos quedáramos sin esos tres días que nos vendrían de maravilla para recargar las pilas.

—Otra vez que nos libramos.

—En el fondo nos entiende y él mismo, como ha reconocido en alguna ocasión, también se iría de las manos.

—Lo sé. Ser el jefe es lo malo que tiene, que tienes que echar broncas por lo que está mal, aunque la razón y el corazón te digan otra cosa.

Salimos directamente al aparcamiento y, antes de despedirnos para ir cada uno a su casa a dormir un rato, ya que aún era pronto, quedamos en vernos a las dos y media de la tarde en el restaurante italiano, ese al que habíamos dicho antes que iríamos.

Salí del aparcamiento quemando rueda y veinte minutos después me desplomé en la cama.

Capítulo 5



Sonó el teléfono y me quise morir en ese momento.

Sin abrir los ojos, alargué la mano y tanteé la mesilla hasta que lo encontré. Sin moverme y en la misma posición en la que estaba, me llevé el teléfono a la cara y contesté.

—Prescott.

—Yelina, estoy saliendo de casa. Te recojo en diez minutos.

Resoplé, gruñí y puse los ojos en blanco, todo a la vez.

—Knox, ni puedo abrir los ojos del sueño que tengo, y me duelen hasta los pelos que no tengo, joder.

La carcajada que soltó me taladró los oídos y tuve que retirar el teléfono de la cara.

—No te rías, cabrón. ¿Cómo puedes estar tan fresco?

—Pues porque bebí, pero menos que tú. Y porque también follé, y eso a mí no me deja el cuerpo doblado como a ti.

Separé el teléfono un poco para ver la hora. La una y media de la tarde. Mierda… Solo había dormido cuatro horas.

El día anterior, como habíamos quedado, fuimos a comer al restaurante italiano. Pero la cosa no se quedó ahí. Sabiendo que teníamos tres días de descanso por delante, quisimos disfrutarlos a tope.

Después de la comida fuimos a pasear por la ciudad. Luego al cine, que hacía mil años que no pisábamos una sala y teníamos esa espinita clavada. De ahí nos fuimos a cenar unas hamburguesas a uno de esos bares que solo la gente que se conoce la ciudad de cabo a rabo sabe que existen, escondido en una calle de un barrio poco recomendable.

Eran, sin duda, las mejores hamburguesas de la ciudad, aunque el local parecía que se caía a cachos.

Ya que estábamos metidos en faena, de ahí acabamos en el *pub* de un conocido para, como dijimos en un principio, tomar una copa. Los cojones, una copa. Después de una vino la segunda… y luego la tercera, y en la sexta dejé de llevar la cuenta.

Bailamos, reímos y también ligamos.

Knox con una morena que ni se molestó en disimular lo que quería. Ni cinco minutos tardó, después de conocerlo, en meterle la lengua hasta la campanilla, y diez minutos después se largaron del *pub*.

Yo, en cambio, ligué con un mulato que, Dios del cielo, se movía en la cama mejor de lo que lo hacía en la pista bailando.

Así estaba yo, claro, que me dolían músculos que seguramente ni eran míos.

Del *pub* nos fuimos a un hotel cercano y allí lo dimos todo. Bueno, siendo sincera, él más que yo. Porque era de los que mandaban y me dio pal pelo.

Del hotel había salido sin dormir ni cinco minutos, a las nueve menos cuarto de la mañana, y me había ido a casa en taxi. Reventada de cansancio, pero satisfecha al menos para una temporadita.

—Knox, ¿qué quieres? ¿Para qué vienes a buscarme? No hicimos planes ayer. Quieroooo… No, necesito dormir.

Otra carcajada. Capullo. Verás que, como sigas riéndote, te cuelgo, pensé mientras intentaba, con muchísimo esfuerzo, darme la vuelta en la cama para mirar por lo menos el techo.

—Pues eso no va a poder ser. Levanta ese bonito culo que tienes y métete en la ducha. Te quedan ocho minutos, porque te recuerdo que sí que tenemos planes.

—¿Qué planes? Ayer no quedamos en nada.

—Parrillada, cerveza y tarta. ¿Te suena?

—Mierda… Hoy es domingo —dije, lamentándome porque ni cuenta me había dado de que era cuando íbamos a ir a comer a casa de mis padres.

—Exacto. Es domingo todo el día. Justamente lo será hasta las doce de la noche —dijo, riéndose.

—Te sentó bien follar ayer, ¿no? Porque estás hoy con el gracioso subido.

—Me sentó de maravilla. Con decirte que solo he pasado por casa a ducharme y cambiarme de ropa. No he dormido ni cinco minutos.

—Eres un cabrón. ¿Ni cinco minutos? ¿Y estás así de bien? ¿Por qué? ¿Con quién has hecho un pacto? ¿Con el diablo? Le has prometido darle a tu primogénito a cambio de tener más aguante que el resto de los mortales, ¿a que sí?

Apoyé el teléfono en la almohada y pulsé la tecla del altavoz. Arrastrando mi dolorido cuerpo, conseguí sentarme en la cama mientras oía a Knox descojonarse de la risa.

—¿Cómo es posible que digas tantas chorradas cuando tienes todavía los ojos llenos de legañas?

—No sé si tengo legañas porque ni he podido abrirlos todavía —me quejé.

—Yelina.

—¿Qué?

—Ve a ducharte de una vez. Me quedan cinco minutos para llegar a tu casa.

—¿Traes churros?

—Solo uno.

—¿Uno?

—El mío.

Cuando mi espesa mente procesó lo que había dicho, resoplé tan fuerte que los pelos del flequillo se me levantaron.

—Eres gilipollas.

—Pero me quieres igual, ¿a que sí, desastre?

—Qué remedio me queda.

—Pues el mismo que a mí.

Iba a contestarle, pero el timbre de la puerta me lo impidió. Me levanté de la cama con un esfuerzo grandísimo.

—Knox, han llamado al timbre. Espera un momento.

—Vale.

Con pasos lentos, recorrí el pasillo de mi enano apartamento y llegué hasta la puerta. El timbre volvió a sonar justo cuando abrí.

Recorrí a la persona que estaba frente a mí desde los pies hasta la cara y os juro que me tuve que contener para no darle un puñetazo. Se libró porque no tenía fuerzas ni para levantar los brazos.

—¿Por qué coño me dices que vale si eras tú el que estaba llamando al timbre?

Se echó a reír mientras entraba en mi casa sin esperar a que le diera permiso.

—Porque, si te hubiera dicho que era yo, no me habrías abierto.

—Qué bien me conoces. Te habría dejado en la puñetera calle por vacilarme con lo del churro.

—Lo sé —dijo, riéndose.

—Knox, estoy fatal. Me duele hasta el iris.

—¿Qué iris?

—El color de los ojos.

—¿Eso duele?

—Pues al parecer sí. Yo lo he descubierto hoy.

Se tuvo que agarrar hasta el estómago de la risa que le entró al verme mover los ojos en círculos.

—Venga, desastre. Ducha. Ropa. Café. Una pastilla y día familiar.

—Que conste que me levanto porque vamos donde mis padres. Si no, ni aunque me hubieras apuntado con tu arma lo habrías conseguido.

Vi cómo asentía mientras me arrastraba literalmente por el pasillo para llegar al baño y meterme debajo del agua helada, a ver si me despejaba y me activaba los músculos que tenía doloridos y agarrotados por culpa del ejercicio nocturno.

Media hora después, los dos salimos de mi casa.

No es que estuviera al cien por cien, porque no era verdad, pero el tazón, porque fue un tazón y no una taza, de café que Knox me hizo mientras me duchaba, los dos ibuprofenos y los diez minutos de agua helada cayéndome por la cabeza me despejaron lo suficiente para ser, al menos, media persona.

Al abrirnos la puerta, mi padre, nada más vernos, se echó a reír.

—¿Qué es tan gracioso?

—La cara de resaca que llevas.

Puse los ojos en blanco.

—Buenos días para ti también, papá.

—Buenas tardes, hija. Porque, a las horas que son, ya no se puede decir buenos días.

Solté un gruñido.

—No le hagas mucho caso, Logan. Está resacosa y dolorida. La niña se nos hace mayor y no aguanta ni salir una noche.

Los dos se echaron a reír y no me molesté en contestarles. Allí los dejé y me fui directamente a la cocina a buscar a Joy.

—Mamá —la saludé desde la puerta.

—Hija mía, vaya cara que me traes. Tú estás mejor trabajando; salir te sienta mal —dijo, riéndose.

—Estoy ringlada —dije mientras me sentaba en un taburete y apoyaba la cabeza en la isla de la cocina.

Joy se echó a reír a la vez que se acercaba a acariciarme el pelo.

—Verás que con la parrillada y la tarta te recuperas enseguida.

Y vaya si me recuperé.

Pero no solo fue por la comida. Fue por la tarde tan buena que pasamos los cuatro, comiendo, hablando y, sobre todo, riendo.

Riéndose casi todo el tiempo de mí o conmigo. Pero no me importó. Esos momentos en familia valían oro. Eran, sin duda, los que te hacían ver que la vida, esa que Knox y yo veíamos a diario, no era tan mierda como parecía.

A última hora de la tarde nos marchamos, no sin antes prometer que volveríamos pronto. A cenar esa semana sin falta, el día que tuviéramos menos trabajo.

En el coche, de camino a casa, los dos íbamos en silencio mientras escuchábamos música y pensábamos en el buen día que habíamos pasado.

Una canción terminó dando paso a otra que, solo con oír la primera estrofa, o más bien la voz del hombre que la cantaba, hizo que me removiera en el asiento, molesta.

Alargué la mano y apagué la radio.

—Eh, ¿por qué lo apagas? Ese tío me gusta.

—A mí no.

—Pues no entiendo por qué. Es muy bueno.

—Si tú lo dices —contesté, desviando la mirada hacia la ventanilla.

—Claro que lo digo yo. Y tú lo dirías igual si le dieras una oportunidad. Siempre que sale él cantando, apagas la radio.

—No me gusta —repetí.

—No puedes decir que no te gusta si no lo has oído.

Pero es que sí que lo he oído. Mucho más de lo que tú te piensas. Mucho más de lo que quisiera. Mucho más de lo que nadie, al menos en Washington, podía imaginar.

Eso quise contestarle. Pero callé.

Callé porque no quería hablar de ello. No quería pensar en ello. No quería remover el pasado. Ese pasado que, como decidí con el apoyo de mis padres y de Rachel, se quedaría en eso, en el pasado.

Pero qué equivocada estaba en ese momento.

Porque no tenía ni idea, allí sentada en el coche de Knox, de que ese pasado del que llevaba siete años huyendo iba a volver para poner mi vida patas arriba.

Capítulo 6



El lunes pasó casi sin que me diera cuenta.

Por la mañana me levanté temprano y totalmente recuperada. Cómo para no estarlo si, el día anterior, nada más que Knox me dejó en casa, me tiré literalmente en la cama y dormí doce horas seguidas.

Doce horas que me supieron a gloria bendita.

Por la mañana limpié la casa, puse una lavadora y bajé al súper a hacer la compra. Pequeña, pero la hice.

No solía tener mucha comida en el frigorífico. Siempre compraba lo justo, y el motivo no era otro que, al principio de entrar en el FBI, aprendí por las malas que la comida se me acababa caducando porque la mayoría de los días ni comía ni cenaba en casa.

No siempre por trabajo.

Unos sí, porque nos pillaba con un caso que íbamos a contrarreloj y comíamos lo que podíamos cuando podíamos.

Pero otros, porque lo hacía con Knox por elección propia, en algún restaurante, o con unas *pizzas* improvisadas en su casa o en la mía. Y otras veces, porque íbamos los dos a casa de mis padres.

Así que, por ese motivo, compraba lo justo: café, leche, pan de molde, que solía acabar lleno de moho en el cubo de la basura, productos de limpieza, de higiene y poco más.

Eso fue lo que hice por la mañana. Por la tarde, Knox y yo, en plan tranquilo, nos fuimos hasta Sandy Point.

Allí paseamos por la arena y nos tomamos una cerveza mientras disfrutábamos del paisaje de la costa. Las temperaturas no estaban como para bañarse, ya que el otoño había llegado hacía apenas unos días, pero solo con estar allí, descansar, desconectar y hacer algo distinto nos vino de perlas a los dos.

De vuelta a casa no nos separamos.

Era gracioso vernos a los dos juntos. Parecíamos una pareja, pero sin serlo.

Hacíamos la mayoría de las cosas que ellas hacen. Creo que, pensándolo bien, el sexo, o mejor dicho, la falta de él entre nosotros, era lo único que nos diferenciaba del resto.

Llegamos a mi casa, pedimos *pizzas* y vimos dos películas que teníamos pendientes.

Era tarde cuando terminaron, así que, como muchas otras veces había pasado, Knox se quedó a dormir en mi casa.

Y en mi cama, sí.

Porque en la caja de cerillas en la que yo vivía solo había una habitación y, por consiguiente, una cama, además de un baño diminuto, una cocina abierta al salón y poco más. Y, sinceramente, para el tiempo que pasaba en él, mi apartamento era más que suficiente.

Cuando llegamos a Washington siete años atrás, los dos primeros años viví con mis padres. Pero, en cuanto tuve la oportunidad, me independicé.

No porque estuviera mal con ellos. Eso nunca.

Sino porque, después del esfuerzo que habían hecho cambiando su vida por mí, pensé que se merecían vivir solos y tranquilos, sin tener que estar pendientes ni preocuparse cuando, a lo mejor, tenía que salir a toda prisa a las tres de la mañana o no pasaba por casa en dos días.

Ojos que no ven, corazón que no siente, dicen. Pues eso, que prefería que no lo vieran para que no se preocuparan en exceso.

El sonido del teléfono de Knox, que había dejado en la mesilla de noche, una manía que ambos compartíamos nos despertó a los dos a las… Miré el reloj que tenía colgado en la pared de la habitación, entrecerrando los ojos. Las siete de la mañana.

—Pregunta quién es y dímelo. Le pegaré un tiro más tarde por despertarnos a las siete de la mañana, a quien sea que quiera jodernos nuestro último día de descanso —dije, quejándome y haciéndole reír.

—Ashford.

Me quedé mirando de reojo, sin moverme de la cama, cómo Knox escuchaba a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea.

—No la llame, está conmigo.

Con esa respuesta ya supe que era del trabajo. Porque estaba claro que el del otro lado había dicho mi nombre. Por eso Knox le había soltado que estaba conmigo.

—En media hora estamos allí.

Colgó, miró el teléfono unos segundos y resopló.

—Dime que no era Sterling —le pedí, bufando, sabiendo de antemano cuál sería su respuesta.

—Entonces no te lo digo.

—¿Qué coño quiere? Nos dio tres días. Nos queda el de hoy —dije, enfadada.

—Hay un caso importante.

—Todos lo son.

—Pues este debe de serlo más, porque se le notaba nervioso y ansioso por que vayamos.

—Eso es que los de arriba le han llamado.

Los dos nos quedamos unos segundos en silencio.

Porque sí, estábamos seguros de que eso era lo que había pasado. No era la primera vez, aunque sí era cierto que no solía ocurrir, que los jefazos le llamaban apretándole las tuercas porque un caso requería más atención por diferentes motivos.

Que podían ser porque la víctima era un personaje público, pues tenía mucha repercusión mediática, o por varias razones más.

—Venga, anda, vamos a ducharnos. Cuanto antes vayamos, antes nos enteraremos de qué es lo que el jefe nos tiene preparado.

Resoplé, pero me levanté con rapidez de la cama.

Que me había fastidiado que nos llamara en nuestro último día libre, pues sí. Que me había jodido que me despertara el teléfono, pues también.

Pero que ya estaba en modo agente, por supuesto.

Si alguien necesitaba nuestra ayuda, allí estaríamos nosotros.

Entramos en el baño por turnos. La ducha fue rápida. O más que rápida, fue un visto y no visto. Al igual que la velocidad a la que nos vestimos.

Media hora después, los dos nos bajábamos del coche de Knox en la puerta de la oficina. Antes de subir al despacho de Sterling, o más bien de camino a él, cogimos dos cafés, o un intento de ellos, en la máquina del pasillo.

En esa ocasión fue Knox el que llamó.

—Adelante.

Los dos pasamos y, como hacíamos siempre, nos sentamos en las sillas vacías sin esperar a que Grayson nos diera permiso.

No era falta de educación, era la confianza de años.

Una confianza que él no daba a cualquiera. Esa nos la habíamos ganado con creces. Siempre cumpliendo, siempre implicándonos y siempre dispuestos a hacer lo que hiciera falta.

¿Que nos saltábamos las normas?

Pues sí, pero tampoco era algo que se saliera de madre y, a nuestro modo de ver, era por un bien mayor.

—Prescott, Ashford. Gracias por venir tan rápido y en vuestro último día libre. Pero hay un caso que requiere que vosotros hagáis la magia que hacéis siempre.

Bueno, por lo menos tenía la consideración de darnos las gracias y pedir disculpas, a su manera, por jodernos el día libre que nos quedaba, pensé mientras daba un sorbo al café y arrugaba el morro.

Joder, qué malo estaba. Parecía meado de gato teñido de negro.

Dejé el vaso en la mesa para tirarlo después y esperé a que el jefe hablara.

Cogió una carpeta que tenía encima de la mesa y se la pasó a Knox. No era que a él lo considerara más que a mí, porque no era así. Lo que pasaba era que, desde que empezamos a trabajar juntos, al ser yo la novata, lo hizo así al principio y después había seguido haciéndolo por costumbre.

A mí no me molestaba en absoluto. Si, total, me iba a enterar igual de lo que pasaba en cuanto empezara a hablar y Knox a leer lo que ponía en los informes que nos había entregado.

—¿Qué tenemos? —pregunté.

—Una desaparición, o puede que sea un secuestro. Todavía no está claro. Eso es lo primero que tendréis que averiguar.

—¿Un menor?

—No. En este caso es un hombre adulto.

Lo sentía por el hombre sin saber siquiera quién era, pero, en el fondo, me alegré de que no fuera un menor.

Ya bastante habíamos tenido unos días antes con la niña atada a la cama y necesitaba respirar un poco y no pasarme las veinticuatro horas del día pensando en lo que le estarían haciendo a una pobre criatura que no podía ni defenderse.

—Los de arriba quieren que os ocupéis vosotros. Quieren en el caso a los mejores.

Eso significaba que o era una persona importante, o muy conocida, o que se iba a liar una muy gorda en cuanto la prensa se enterara, por los motivos que fueran.

—¿Persona pública? —pregunté.

—Así es. Muy conocida. La prensa se va a volver loca en cuanto la noticia salte a los medios —dijo con hastío.

Mierda…

Eso no era nada bueno. Porque era cierto que la prensa ayudaba en algunas ocasiones, pero en la mayoría de ellas nos solía dificultar el trabajo.

Bien porque hablaban sin saber, porque daban información que no sabíamos de dónde narices sacaban y nos jodían los planes alertando a los sospechosos, o porque acosaban a preguntas a los testigos.

—Cojonudo. Prensa, presión y carrera contrarreloj que todos observarán con lupa. Nuestra especialidad, Knox, ¿a que sí? —dije con ironía.

Knox soltó una risita y Grayson no lo hizo, pero vi claramente cómo se quedaba con las ganas.

—Se va a liar muy gorda. Eso ya os lo adelanto.

—Cómo me gustan los ánimos que nos das, jefe. Creo que sin ellos me sentiría vacía.

Mientras yo hablaba, Knox había abierto la carpeta y estaba leyendo lo que ponía o, más bien, alucinando con ello, porque tenía los ojos abiertos como platos. Eso despertó mi curiosidad y también me preocupó, porque Knox pocas veces se sorprendía por algo.

—¿Quién es el desaparecido? —pregunté, ansiosa.

—Jake Whitaker. El guitarrista de los KayJax.

No, no, no y no.

Mi cabeza solo repetía esa palabra mientras el mundo pareció derrumbarse a mi alrededor.

Capítulo 7



No sabría decir si pasaron segundos, minutos u horas desde que Knox dijo el nombre del desaparecido hasta que mi mente lo procesó.

Porque eso no era posible.

Porque no podía ser cierto.

Porque esperaba que se hubiera equivocado al decir el nombre. Porque, si eso era verdad, mi vida, tal y como la tenía en esos momentos, no podría seguir siendo la misma.

—¿Yelina?

Oí mi nombre, pero seguía tan en *shock* que no era capaz ni de contestar, ni de hablar, ni casi de respirar. Solo podía oír el zumbido de mis oídos, el latir acelerado de mi corazón y cómo mi mente repetía ese nombre una y otra vez.

—¡Yelina, joder, reacciona!

El grito de Knox a mi lado y el meneo que me metió, sacudiéndome por los hombros, fue lo que me hizo volver en mí.

Parpadeé una vez… dos… y, por fin, giré la cabeza para mirarle a la cara.

—No… —susurré.

—¿No qué?

—Dime que no es verdad. Dime que has leído mal el nombre. Dime que Jake no es el que ha desaparecido —le rogué.

—Yelina… Sí que lo es —me contestó mientras me miraba preocupado.

—Prescott, ¿qué ocurre?

No pude contestarle porque, en esos momentos, Rachel se me vino a la mente y solo pude pensar en ella. En cómo estaría. En si había sido ella la que había denunciado la desaparición. En por qué no me había llamado para decírmelo. Esas y muchas más preguntas se me pasaron por la cabeza en décimas de segundo.

—Tengo que llamar a Rachel —dije de pronto, sin hacer caso a las caras de preocupación con las que los dos me estaban mirando.

—¿Rachel? ¿Tu Rachel? ¿Qué tiene ella que ver con esto? —me preguntó Knox, confundido.

Él no conocía a Rachel en persona. Más que nada porque nuestra amistad seguía siendo la de siempre, pero no nos habíamos visto cara a cara en los últimos siete años. Toda nuestra relación había sido por teléfono. Aun así, Knox sí sabía de su existencia porque me había oído hablar con ella cientos de veces. Sabía que era mi amiga de Nueva York, que la quería un montón y que pertenecía a mi vida pasada.

Esa vida que él no conocía.

Esa vida que yo decidí dejar atrás y de la que no había hablado con nadie en Washington nunca, ni siquiera con él.

Eso fue algo que, al principio de conocernos, le dije en una de nuestras primeras conversaciones. Le dejé claro que no quería hablar de mi pasado. Y Knox, al ver el dolor en mis ojos cuando se lo dije, lo respetó y nunca volvió a preguntarme por ello.

Yo tampoco se lo había contado con el paso de los años. No porque no confiara en él, porque confiaba al cien por cien y le confiaría mi vida si hiciera falta. Simplemente, no se lo conté. Pero en ese momento supe que eso iba a cambiar, porque tendría que hacerlo.

—Mi Rachel es la mujer de Jake —le contesté en voz baja.

Knox abrió los ojos como platos y la boca casi de la misma forma.

—No entiendo nada —dijo Grayson, mirándonos primero a uno y luego al otro.

Negué con la cabeza.

—Mi mejor amiga es la mujer de Jake Whitaker. El desaparecido —le expliqué.

—Hostias… —dijo, pasándose las manos por la cara, nervioso.

Knox me miró. Dudó. Carraspeó. Cogió aire. Y por fin habló.

—Entonces también le conoces a él —dijo, afirmándolo más que preguntándolo.

Asentí.

—No me jodas, Yelina. Conoces al mejor guitarrista de todos los tiempos, al que dicen que no toca, sino que hace magia con los dedos, y no me has dicho nada.

Volví a asentir.

—¿Conoces a todos los integrantes de los KayJax? —me preguntó el jefe.

Vaya que si los conocía. Y muy bien. Más, mucho más de lo que ellos se podrían imaginar.

Los dos me miraron esperando a que contestara. Dudé varios segundos, pero las dudas sobre si contar la verdad o no desaparecieron de mi cabeza al darme cuenta de que no podía hacer otra cosa que hablar y confiar en ellos.

—Todo lo que hablemos aquí es confidencial, ¿verdad?

—Eso lo sabes de sobra. Lo que se habla en este despacho nunca sale de estas cuatro paredes —me contestó Grayson muy serio.

Knox se inclinó hacia delante y me agarró de la mano. Con ese gesto me hizo saber que estaba conmigo. Que, pasara lo que pasara, estaría para mí.

Levanté la mirada y, al ver su cara de preocupación por el estado de nervios en el que me encontraba, noté cómo se me aguaban los ojos.

—Joder, Yelina. Me estoy poniendo de los nervios. ¿Qué coño te pasa? ¿Qué pasa con los KayJax?

Cogí aire y lo solté de golpe. Ya no podía demorarlo más. Ellos necesitaban una explicación de por qué estaba en ese estado, y yo necesitaba soltarlo ya.

—Cassian Whitaker es mi marido —susurré mientras le apretaba la mano.

—Dios mío… —dijo Grayson.

Knox no fue capaz de decir nada durante unos segundos. Unos segundos que se me hicieron eternos, porque necesitaba que mi mejor amigo hiciera algo, lo que fuera. Que me gritara. Que se enfadara por haberle ocultado una cosa así. Que me insultara. Que me diera una hostia. No sé. Que hiciera algo.

—No. Dime que no es verdad. Dime que es una puta broma —dijo al fin, pero no enfadado, sino totalmente alucinado.

—Knox…

Solo con susurrar su nombre y mirarlo a los ojos vio la verdad en ellos. Supo que no era una broma. Supo que esa era la parte de mi pasado de la que yo nunca hablaba.

—¿Estás casada con Cassian Whitaker? ¿Con uno de los cantantes más conocidos del mundo? ¿Con ese Cassian que llena estadios? ¿Con ese que tiene mil premios?

»¿Ese que, junto a su grupo, tiene récord mundial de ventas? ¿Con ese que tiene a medio planeta enamorado de sus letras y a millones de fans?

Joder, pues sí que estaba enterado de todo lo relacionado con el grupo, pensé mientras negaba con la cabeza.

No es que yo no lo estuviera, y no porque quisiera. Había evitado saber nada que tuviera que ver con ellos. Pero lo que acababa de decir era de dominio público y cualquiera al que le gustara el grupo y lo oyera en la radio sabría eso y muchas cosas más, porque lo repetían a todas horas. Aunque yo lo sabía por otra razón: porque estuve en sus inicios, porque lo vi y porque tuve claro que no solo triunfarían, sino que arrasarían.

Y también sabía que a Knox le gustaban, porque me lo había dicho muchas veces. Sobre todo, esas veces que sonaba una canción suya cuando iba con él en el coche y yo apagaba la radio.

Sí, siempre la apagaba porque escucharlos dolía. Dolía porque oír su voz y su música me transportaba a un pasado. Al bueno y al malo. Y tanto dolía pensar en uno como en el otro.

—Sí. Cassian es mi marido.

—¿Desde cuándo?

Cerré los ojos y cogí aire antes de contestar.

—Desde hace nueve años. Nos casamos cuando yo tenía veinte y él veintidós.

—Dios del cielo… —susurró Grayson.

—Pero tú llevas aquí siete años —dijo Knox, confuso.

—Sí. Y esos son los años que llevamos sin vernos. Esos son los años que ellos llevan sin verme y sin saber de mí. No saben dónde estoy ni en lo que trabajo. No saben nada de nada.

—En tu expediente, cuando entraste, ponía que estabas casada. Pero como nunca hablaste de un marido ni de una pareja, supuse que ya te habrías divorciado. Supuse que lo llevabas con discreción.

—Pues no estoy divorciada, jefe. Sigo casada.

—La madre que la parió. Mira que, en todos los años que hace que te conozco, me has sorprendido muchas veces. Pero esto… esto es para hacerte un monumento, te lo juro.

La manera en la que Grayson me dijo eso me hizo soltar una risa nerviosa.

Los tres nos quedamos en silencio unos segundos. Yo pensaba en todos ellos y en cómo estarían con esa situación. Knox, en cambio, estaba haciéndose mil preguntas sobre mi historia; eso lo supe porque así me lo decía su mirada. Y el jefe, ni idea de en qué estaba pensando.

—Bien, voy a llamar a los de arriba para decirles que mandaré a otros agentes.

—¿Qué? No. Eso sí que no.

Tendría un pasado en el que no quería pensar y también miedo a enfrentarme a todos, pero sabía que era yo la que tenía que estar allí. Tenía que estar por Rachel, por Andrew, su hijo y el de Jake, por Sarah, la madre de los chicos, que seguramente estaría destrozada pensando en dónde estaría su hijo y en si le habría pasado algo horrible.

Y también sabía que tenía que estar por Cassian, porque sería un cabrón y conmigo había hecho las cosas como el culo, pero era su hermano el que había desaparecido y sabía de sobra que estaría como loco, porque le adoraba.

Por esos motivos, y por alguno más, supe que tenía que dejar de lado lo que pasó y hacer mi trabajo para encontrar a Jake.

Sería duro volver, sí. Sería impactante, sí. Pero también sería necesario. Porque, aunque pasó lo que pasó, todos ellos habían formado parte de mi vida y una vez fueron mi familia. Y, legalmente, aún lo eran.

Y en los momentos malos se dejan aparte el dolor, el rencor y todo lo demás para ayudar.

Así que eso haría: ayudarles.

—No llame. Iremos nosotros.

Knox me miró todavía más preocupado. Me conocía demasiado bien y sabía de sobra, por todo lo que acababa de contarles, que algo muy feo tuvo que pasar en Nueva York para que me largara y dejara atrás toda mi vida y a todos ellos.

Claro que había pasado algo muy feo y doloroso.

Y se lo contaría. Le contaría todo lo que no le había contado.

Con mi mirada fue eso lo que le dije, que más tarde hablaríamos, y él asintió. Así, sin más.

—¿Estás segura, Yelina? Si te va a suponer un problema, les daré el caso a otros. No quiero que volver allí te cause problemas.

Y no me los causaría. De eso era de lo único que estaba segura. Porque habían pasado siete años y porque la Yelina que se marchó de Nueva York rota ya no estaba.

La nueva Yelina en la que me había convertido durante esos años era fuerte, dura y no se dejaba impresionar por nada. Ya no era esa Yelina débil y callada que aguantaba y aguantaba sin decir nada. Esa Yelina a la que el que creía que era el amor de su vida le rompió el corazón porque la fama lo echó a perder.

—Estoy segura. Tengo que ir. Por Rachel y por los demás. No habrá problemas.

—Eso, conociéndote, lo dudo mucho.

Solté una risita.

—Prometo no pegar un tiro a nadie que no se lo merezca.

—Fíjate que eso no me consuela. Porque no sé por qué me da, y tranquila que no voy a preguntártelo, ya me lo contarás un día si quieres, que allí hay mucha gente que se merece un tiro.

—Alguno hay, sí.

—Lo suponía.

—Tranquilo, jefe, que no la dejaré disparar. Al menos si hay testigos.

El comentario de Knox me hizo reír. Sabía que bromeaba, pero también sabía que, llegado el caso de verme en una situación así, no solo no me impediría disparar, sino que seguramente se me adelantaría y lo haría él por mí.

—Está bien. Id y haced vuestra magia. Eso sí, como este caso es un poco especial, quiero un informe diario por teléfono.

Knox y yo asentimos y, a la vez, nos levantamos de la silla.

—En la carpeta tenéis los datos que sabemos, que la verdad son pocos.

Volvimos a asentir.

—Y Yelina, si no estás bien, no dudes en decírmelo. Haré un cambio rápido.

—Gracias, jefe. Pero estoy segura de que no será necesario —le contesté antes de marcharnos a cumplir con nuestro deber.

Capítulo 8



De camino al aparcamiento, el silencio se impuso entre nosotros.

No fue un silencio incómodo. Entre nosotros nunca lo era. Fue un silencio necesario. Uno que los dos conocíamos muy bien porque era muy habitual entre nosotros. Nos solía pasar a menudo que, cuando estábamos pensando o digiriendo algo que nos había pasado, nos quedáramos callados.

Nos montamos en el coche y Knox metió la llave en el contacto, pero no arrancó.

Carraspeó.

Con solo ese gesto supe que necesitaba que le dijera algo, lo que fuera.

Fui a hablar, pero el sonido de un mensaje en su teléfono me hizo esperar. Lo sacó, lo leyó y resopló. Esperé unos segundos, pero, como seguía sin hablar, lo hice yo.

—Tenemos unas horas de camino a Nueva York. Mientras vamos, te contaré todo.

Giró la cabeza y me miró comprensivo. Knox siempre lo era.

Me quería, me entendía y respetaba mis silencios, mis tiempos y lo que le contaba o no quería contarle.

—Yelina, no tienes que hacerlo si no quieres. Entiendo que, si pasó algo malo que te dolió, no hayas querido hablar de ello. Y, si quieres seguir sin hacerlo, lo entiendo.

Suspiré.

Porque sí, hablar de ello dolía. Recordar lo que pasó dolía. Pero también había pasado mucho tiempo y ya era hora de que dejara salir todo eso que tenía dentro y lo hablara con alguien. Y qué mejor que Knox para hacerlo.

Sabía que él entendería los motivos por los que me marché; bueno, eso lo haría cualquier persona sensata. Sabía que me comprendería y sabía que me apoyaría durante todo el tiempo que durara el caso.

—Quiero hacerlo. Quiero contarte todo. Necesito contarte todo.

Asintió.

—Vale. Sabes que, sea lo que sea, estoy aquí para ti.

—Lo sé —dije emocionada—, pero antes de nada necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras. Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Llévame a casa de mis padres. Tengo que decirles lo que está pasando. No quiero que se enteren por la prensa. Esos buitres no tardarán en hacer saltar la noticia y se hará viral en minutos. También tengo que decirles que seremos nosotros los que llevaremos el caso.

Cerró los ojos y negó.

—Yelina… El mensaje que acabo de recibir era del jefe. La noticia ya está en todos los medios.

—Mierda y más mierda.

—Te llevo ya. Lo mismo aún no se han enterado.

Eso lo dudaba, porque mi padre era de los que solían poner la televisión mientras desayunaba y ese día no sería una excepción. La única esperanza de que aún no lo supieran era que todavía era temprano y seguramente estarían levantándose.

—Mientras estoy allí, ¿puedes recoger la bolsa que tengo en mi casa preparada para cuando salimos fuera?

Siempre tenía una mochila grande con ropa, productos de aseo y otras cosas preparadas para cuando, como en el caso que teníamos ahora, nos tocaba salir a otro estado.

Era una manera de ahorrar tiempo teniéndola lista y no tener que pararme a perderlo. Knox también tenía la misma manía y en su casa tenía la suya preparada.

Así que, si todo iba bien, en menos de una hora podríamos estar saliendo de Washington de camino a Nueva York.

El viaje podríamos hacerlo en avión, sí. Pero el trayecto no era demasiado largo. En poco más de cuatro horas estaríamos allí. Más o menos antes de la hora de comer. Y preferíamos hacerlo así.

La razón de ir en coche, si podíamos elegir, era que luego, en la ciudad en la que estuviéramos, nos podríamos mover con facilidad teniendo nuestro propio vehículo y no teníamos que estar pendientes de alquilar uno o usar otro medio de transporte.

En otras ocasiones en las que nos había tocado ocuparnos de un caso en un sitio mucho más alejado, habíamos ido en avión. Pero eso, en todo el tiempo que llevábamos siendo compañeros, solo había pasado un par de veces.

En Washington teníamos trabajo de sobra como para tener que ir también a otros sitios.

Pero en esas ocasiones había sido como en el caso de Jake. Porque los jefazos quisieron que fuéramos nosotros.

No es que fuéramos los mejores agentes del FBI de todo el departamento, no, eso no era así. Pero sí que era verdad que, en los casos de desapariciones, éramos muy buenos y solíamos resolverlos con rapidez y eficacia. De ahí que nos conocieran por eso y que quisieran que lo lleváramos nosotros.

—Por supuesto. Tú ve a hablar con ellos. Yo pasaré por tu casa a coger tus cosas y luego por la mía. Y volveré a buscarte.

—Gracias…

—No me las des, joder. Soy yo, coño. Estoy para ti.

Alargué la mano y le apreté el brazo.

Iba a decirle algo más, pero el sonido de mi teléfono nos interrumpió. Lo saqué y, al ver quién era, un regusto amargo se me subió por la garganta.

—Es Rachel…

—Contesta. Estará de los nervios.

De los nervios era quedarse corta. Estaría totalmente desquiciada y mucho más después de lo que había pasado entre ella y Jake en los últimos tiempos.

Las cosas no iban muy bien, o quizá nunca fueron bien, pero ella aguantó, lo que yo no hice, y ahora por fin había decidido dejarlo.

Asentí a las palabras de Knox y descolgué.

—Rachel.

Los primeros segundos no dijo nada. Solo la oía llorar. Esperé.

—Yel… Ha desaparecido. Jake ha desaparecido —dijo entre balbuceos.

—Lo sé, cariño, lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, me lo acaban de decir en el trabajo.

—¿Qué voy a hacer? ¿Cómo se lo voy a decir a Andrew? Como le pase algo…

—Estate tranquila, ¿vale?

—No… puedo… No sé qué hacer.

—Por el momento, deja de llorar y escúchame.

Pasaron unos segundos en los que no hablé, dándole tiempo para que se limpiara las lágrimas, se sonara los mocos y respirara un par de veces.

—¿Ya?

—Sí…

—Vale, pues escúchame con atención, ¿de acuerdo?

—Te escucho.

—Lo primero es sacar a Andrew de ahí. Es mejor que esté lejos de todo el lío. Cuanto menos vea y oiga, mejor. Llama a tus padres y que se lo lleven a la casa de la playa. Allí estará bien.

—Ya lo he hecho. Mi padre estará a punto de llegar. Pensé que era lo mejor.

—Perfecto. Que se quede allí hasta que esto termine.

—¿Termine cómo, Yelina?

Sabía de sobra lo que quería decir, pero no se atrevía. Sabía que estaba pensando en si Jake aparecería muerto o si, en el caso de que alguien lo hubiera secuestrado, lo matarían.

—Ni se te ocurra pensar que esto acabará mal. Yo me encargaré de que eso no pase.

—¿Tú?

—Rachel, escúchame bien. Esto, de momento, tiene que quedar entre nosotras. Necesito el factor sorpresa para ver las reacciones de todos.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

Suspiré.

—En menos de una hora, Knox y yo saldremos para Nueva York. Nos han dado el caso. Nosotros lo encontraremos.

—¿De verdad?

—De verdad. Y no chilles, joder, que casi me dejas sorda.

—Yelina… tendrás que ver a todos —dijo preocupada.

—Lo sé.

—¿Estás bien con eso?

—Sí. Quédate tranquila, ¿vale? Ha pasado mucho tiempo. En algún momento ya sabía que esto podría pasar. Sabía que esto pasaría.

Y era verdad. Desde que me fui sabía que, en algún momento, mi pasado volvería.

La realidad es que Cassian y yo seguíamos casados y eso, en algún momento, habría que solucionarlo. Por mí, por él y porque era lo correcto. Así que llevaba años preparándome para ese reencuentro.

—Vale. Ya sabes que yo estoy de tu parte. Siempre lo estuve. Hiciste bien en irte. Yo debería haber hecho lo mismo. No debería haber aguantado tanto.

—Cuando Jake aparezca, lo harás. Si aún es lo que quieres.

—Es lo que quiero, Yelina. No puedo más. No le deseo nada malo. Es el padre de mi hijo y quiero que vuelva sano y salvo, pero que vuelva a casa, no a mí.

La entendía. Yo mejor que nadie la entendía.

Porque pasé por lo mismo. Aunque mucho menos tiempo, y también es verdad que yo no aguanté ni una décima parte de lo que ella llevaba aguantando durante años.

Pero ella había aguantado porque tenían un hijo en común. Había aguantado pensando que Jake cambiaría.

No lo haría, y yo bien lo sabía.

Al igual que a su hermano, la fama le cambió, la fama le corrompió. La fama los sumergió en un mundo que una pareja, a no ser que tuviera el corazón de piedra y escarcha en las venas, no sería capaz de soportar mucho tiempo.

—Bien, pues cuando todo termine yo te ayudaré a dar el paso. Estaré para ti como tú estuviste para mí. Eres mi hermana.

—Tú también la mía —contestó soltando un quejido.

—Rachel, ahora tengo que dejarte. Vamos con prisa para salir cuanto antes hacia allí. No le digas a nadie que somos nosotros los que vamos. Cuando esté a punto de llegar, te llamo para decirte lo que vamos a hacer.

—Vale.

—Bien. Ahora prepara al niño. Y dale a mi ahijado un beso y un abrazo de mi parte.

Andrew era mi ahijado. Y el de Cassian.

Nació unos meses antes de que me marchara. Y no había vuelto a verle en persona desde entonces, como a todos los demás.

Sonreí pensando que eso iba a cambiar. Porque, si tenía que ver a todos los demás, él estaba el primero de mi lista entre las personas a las que sí quería ver y dar un abrazo.

Siete años tenía ya mi niño… siete años y nada para cumplir ocho. Y durante todo ese tiempo solo le había visto crecer por las fotos que Rachel me mandaba.

Pues eso no pasaría más, me prometí en ese momento.

Porque, a partir de ahora, estaría presente en su vida.

—Lo haré.

—Nos vemos en un rato —dije antes de escuchar su hasta luego y colgar.

Mientras hablábamos, ni cuenta me había dado de que Knox ya había llegado a casa de mis padres.

—En media hora estaré aquí. ¿Será suficiente?

—Tendrá que serlo. Sé que no les gustará un pelo que vaya. Pero también sé que saben que este momento tenía que llegar tarde o temprano.

—Lo entenderán.

—Lo sé. Como también sé que se quedarán más tranquilos sabiendo que tú vas conmigo.

—Tu padre confía en mí. Pero lo hace más en mi puntería —dijo riéndose antes de marcharse para ir a buscar nuestras cosas.

Capítulo 9



Cogí aire en la puerta de la casa de mis padres y conté hasta diez antes de llamar al timbre.

La conversación que se me venía encima sería rara, dura e inesperada, pero, por las circunstancias, totalmente necesaria.

Mi padre fue el que abrió la puerta y, solo con cruzar la mirada con él, supe que ya sabía lo que pasaba, al menos una parte de ello. Tenía el semblante lleno de preocupación. Pues estaba segura de que eso se agravaría cuando le contara que sería yo la que iría a Nueva York.

—Yelina…

—Papá…

No dijo, por el momento, nada más. Hizo lo que sabía que necesitaba en ese momento. Abrazarme.

—Logan, ¿quién es?

Joy se asomó por detrás de él mientras preguntaba y, al verme, no dudó ni un segundo. Se unió al abrazo.

Así estuvimos el tiempo necesario.

—Pasa, anda.

Los tres fuimos directamente a la cocina. Mi padre y yo nos sentamos en la isla y, mientras tanto, Joy se apresuró a preparar tres cafés.

La conversación no empezó hasta que estuvimos los tres sentados, con las tazas en la mano. Dejé que fueran ellos los que hablaran primero. Sabía que tendrían muchas preguntas.

—Lo hemos visto en la tele —dijo al fin mi padre.

No hacía falta que dijera qué habían visto. Los tres lo sabíamos.

—La noticia ha saltado hace nada. Pensábamos que tardarían más, pero los buitres se han dado prisa. Jake es muy famoso y lo que está pasando despierta morbo.

—¿Tú lo has visto en la tele?

Negué.

—¿En la radio?

Volví a negar.

—Entonces, ¿cómo lo sabes? ¿Te ha llamado Rachel?

—Sí que me ha llamado. Pero ya lo sabía cuando lo ha hecho. He hablado con ella de camino hacia aquí, cuando me ha traído Knox.

—Pobre chica. Estará de los nervios. Y Andrew… pobre criatura —dijo Joy, negando con la cabeza, disgustada.

Tanto ella como mi padre querían mucho a Rachel y al niño. Los conocían desde que ella era una niña y a él desde que nació. Y también solían hablar con ella a menudo.

—Estaba histérica, sí. Y Andrew no sabe nada, y van a intentar que así siga siendo. Sus padres iban a llevárselo con ellos a la casa de la playa. Allí estará fuera de los focos y lo más ajeno posible a lo que está pasando.

—Es lo mejor. Allí estará bien —dijo mi padre, conforme.

—Has dicho que ya lo sabías antes de que ella te llamara. Si no lo has visto en las noticias, ¿cómo te has enterado?

Suspiré y di un sorbo al café antes de contestar.

—En la oficina.

—¿Knox estaba contigo?

—Sí.

—¿Le has…?

No dejé a mi padre terminar la pregunta. Me adelanté.

—Sabe poco. Se lo contaré todo más tarde. Solo le he dicho lo más importante: que Cassian es mi marido.

Mi padre bufó.

—Eso tendríamos que haberlo solucionado hace años.

—Pues quizá ha llegado el momento de hacerlo. Ahora podré hacerlo. Lo haré.

Joy me miró y alzó una ceja. Pensó unos segundos y, al darse cuenta del trasfondo de mis palabras, se llevó las manos al pecho y soltó un jadeo.

—Dime que no —me rogó.

—¿Qué no qué? —preguntó mi padre, mirándonos por turnos a ambas.

—Que va a ir a Nueva York —le contestó Joy.

—¿Qué? Ni hablar.

—Papá…

—¡Papá, mis cojones! No puedes ir. No dejaré que vayas. Ese cabrón ya te hizo mucho daño; no permitiré que te lo vuelva a hacer.

—Papá… —repetí.

—Que no. Ni hablar. Que no y que no.

—¡Papá!

—¡¿Qué?!

—Me han asignado el caso —dije, dejándolos con la boca abierta.

—¿Será broma? —preguntó indignado.

—No lo es. Sterling nos lo ha dado antes de saber nada.

—¿Te habrás negado?

—No. Tengo que ir, papá. Tengo que ir por Rachel, por Sarah, por Jake, por todos…

Los dos se quedaron en silencio. Me miraron. Procesaron mis palabras y vi el momento exacto en el que se rindieron, o más bien entendieron qué era lo que tenía que hacer. Lo que debía hacer y lo que quería hacer.

—Yelina… —dijeron los dos.

—Estaré bien, ¿vale? Ha pasado mucho tiempo. Las cosas ya no son iguales. Yo ya no soy la misma.

—Eso no lo podemos negar —le dijo Joy a mi padre—. Es más fuerte. No dejará que le hagan daño.

Mi padre suspiró y negó con la cabeza.

Sabía que estaba preocupado. Sabía que tenía miedo. Pero también sabía que él pensaba igual que Joy.

No solo porque ella lo dijera o porque yo se lo acabara de decir, sino porque me había visto durante todos estos años. Y sabía de sobra que la Yelina que llegó a Washington hacía siete años, siendo una niña con el corazón roto, ya no estaba.

Sabía que me había convertido en una mujer fuerte, en una mujer que no dejaba que nadie la manipulara, en una mujer que sabía poner a quien fuera en su sitio sin despeinarse.

Y eso no solo lo había conseguido por el trabajo tan difícil que tenía, sino porque juntos trabajamos mucho para que mis heridas curaran y cicatrizaran.

Les estaría eternamente agradecida por lo que habían hecho.

Muy agradecida por sacarme de allí. Por alejarme de lo que me hacía daño. Por tener el valor de romper con todo. Ese valor que a mí, en esos momentos, me faltó.

—Papá, de verdad que estaré bien.

Sonrió. Por primera vez desde que había llegado, sonrió.

—Lo sé. Sé que estarás bien. Lo veo en tu mirada. Y también sé que, si hace falta, patearás algún culo si alguno de ellos se resbala un poco.

Joy soltó una risita. Los dos la miramos.

—¿Knox va contigo?

—Pues claro, mujer. La soga no va nunca a ningún sitio sin el caldero.

—Perfecto, porque tengo que pedirle una cosa.

Mi padre y yo la miramos, intrigados, y esperamos a ver qué era lo que iba a decir. Que, por la sonrisilla que estaba poniendo, era alguna idea traviesa o descabellada.

—Quiero que grabe en el móvil y luego me mande las caras de gilipollas que se les van a quedar a todos cuando te presentes allí como una agente del FBI.

Mi padre soltó una carcajada. Y yo no pude por menos que hacer lo mismo.

—Sobre todo la de Cassian. Pagaría lo que fuera por ver la cara de idiota que se le va a quedar —dijo mi padre.

—Alucinar sí que van a alucinar un poco, sí.

—Yelina, un poco no, hija. Se van a caer de puto culo.

Nos echamos a reír los tres y, mientras lo hacíamos, sonó el timbre.

Miré el reloj. Veinte minutos habían pasado desde que Knox me había dejado allí. Pues sí que se había dado prisa. Y eso estaba segura de que era por la preocupación que llevaba dentro.

Mi padre fue a abrir la puerta. Y dos minutos después, Knox entró en la cocina.

Sus ojos fueron a los míos de inmediato para preguntarme, sin hablar, si todo iba bien.

Asentí, sonriendo, y respiró tranquilo.

—Knox, ¿un café?

—Sí, gracias, Joy.

—Chico, ¿llevas el arma cargada?

—Papá… —protesté.

—Sí, Logan, siempre la llevo, ya lo sabes. Pero, para que te quedes más tranquilo, te diré que he cogido una caja de munición extra.

Puse los ojos en blanco al ver a mi padre darle una palmada en la espalda, a modo de felicitación por ello.

—¿Os vais hoy?

—Sí, en cuanto terminemos el café.

—Knox, tengo que pedirte algo —dijo Joy, aguantándose la risa.

—Dime.

—Mamá, ya te vale, eh…

Mi madre se echó a reír a la vez que le decía a Knox lo que nos había dicho unos minutos antes: que quería una grabación de las caras de todos.

—No te prometo que sea de buena calidad ni que salgan todos. Pero haré lo que pueda.

—Knox —me quejé—, no le sigas el juego.

—No es un juego. Yo también quiero verlo después varias veces. Va a ser un bombazo cuando te vean. Será como ver a un fantasma volver de la otra vida.

—No puedo con vosotros, lo juro —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Tú, sobre todo, graba la cara del cabrón de Cassian. Esa es la que más quiero ver —añadió mi padre.

Siguieron bromeando con la grabación. O no. Porque no tuve claro si era una broma, hasta que cinco minutos después nos marchamos.

Capítulo 10



Mi madre, antes de salir, nos dio un termo de café para el camino y, en un recipiente, nos metió también unas magdalenas que había horneado el día anterior.

Knox sonrió como si le hubiera tocado la lotería cuando vio los dulces.

Era un goloso impresionante. No había cosa que llevara azúcar que no le gustara y, si llevaba chocolate, mucho mejor. Así que, con los dulces que hacía Joy, que tengo que decir que eran totalmente impresionantes, disfrutaba como un crío pequeño.

Y no solo los dulces los hacía bien. Es que a Joy cualquier cosa en la cocina le quedaba de lujo.

Nos montamos en el coche y, sin demorarse, Knox arrancó y pusimos rumbo a Nueva York. Nos quedaban unas horas por delante que aprovecharía para contarle esa parte de mi vida que había estado oculta para todos los que ahora me conocían.

—Knox, si quieres que conduzca yo un rato, no me importa. Podemos cambiar cuando quieras.

—Sabes que me gusta conducir. Pero, si me canso, que sabes que eso no pasará, te lo diré y cambiamos.

—Vale.

—¿Entonces la conversación con tus padres ha ido bien?

—Bueno, mi padre al principio ha puesto el grito en el cielo cuando ha sabido que vamos allí. Pero después ha reculado. Sabe que debo hacerlo. Sabe que quiero hacerlo.

Hice una pausa y saqué las gafas de sol para ponérmelas antes de seguir hablando. El sol ya estaba bien alto y me molestaba un poco la claridad, ya que nos daba de cara.

—Como también sabe que es necesario que lo haga. Ya es hora de que me enfrente al pasado y de que arregle lo que dejé a medias.

—Lo de divorciarte, ¿eso es lo que dejaste a medias?

—Sí. Bueno, a medias no, en realidad. Lo dejé entero. Pero, cuando resolvamos el caso y encontremos a Jake, aprovecharé que estamos allí para dejar este tema zanjado de una vez por todas.

—¿Por qué no lo has hecho en todos estos años? Sabes que podrías haberlo hecho a través de abogados y ni siquiera tendrías que haberlo visto.

Solté una risa seca.

—Eso no iba a ser posible. Cassian no lo permitiría. No aceptaría firmar el divorcio sin vernos las caras.

—Estás muy segura.

—Lo estoy. Sé que, pese a todo, le jodió que me marchara. Sé que le dolió. Y no por perderme, sino por abandonarle y quedar como un cabrón delante de todos.

Knox se quedó unos segundos en silencio, mirándome de reojo. Supe que mil preguntas le rondaban la cabeza, pero que no se atrevía a hacerme ninguna.

Bien para no molestarme, para no hacerme daño si hacía la equivocada o porque no sabía hasta dónde yo quería contarle.

Cogí aire y me senté de forma más cómoda en el asiento. La conversación iba a ser para largo y, aunque lo tuviera superado, o eso pensaba yo, habría trozos que me dolería recordar.

Y no por lo que pasó, sino por lo duro que era saber el motivo por el que todo se fue a la mierda.

—Voy a contarte todo.

—Yelina, solo cuéntame lo que quieras.

—Quiero contarte todo. Ya es hora de que lo haga.

—Bien. Te escucho.

—Vale, empezaré por el principio. Así será más fácil que lo entiendas todo.

—Por el principio es por donde empiezan todas las historias, sean malas o buenas.

—Esta tiene de todo. Muy bueno, bueno, regular, malo y muy malo.

—Una historia completa.

—Así es.

—Pues venga, dale. Quiero saber a quién debo tener en mi punto de mira antes de llegar.

Solté una risilla y, después de cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el respaldo, empecé a hablar.

Empecé, como había dicho, por el principio, y eso se remontaba casi a mi nacimiento.

Mis padres, Logan y Mary, mi madre biológica, vivían en un barrio humilde de Nueva York, en un bloque de pisos donde todos los vecinos se conocían.

Eran como una pequeña familia. Todos se ayudaban entre ellos. Y a mi padre le ayudaron mucho conmigo cuando mi madre murió.

Así fue como mi amistad con los vecinos de enfrente se volvió más fuerte.

Esos vecinos eran nada más y nada menos que Cassian y Jake Whitaker, dos hermanos a los que yo acabé adorando. Así como también a su madre.

En otro de los pisos del edificio vivía otra familia que tenía un hijo que acabó siendo otro integrante de nuestro grupo de amigos. Ese chico era Tyler Holloway, actual teclista del grupo KayJax.

A nuestro grupo se unió años después Sullivan Whitaker, primo de los chicos, cuando se vino a vivir a su casa con ellos, después de que la vida les diera a todos un palo muy gordo.

En un accidente de autobús muy sonado que hubo en la ciudad, el padre de Cassian y Jake, así como la madre y el padre de Sullivan, murieron el mismo día. Por eso él, al quedarse huérfano, acabó viviendo en su casa.

Y ese grupo de amigos nuestro lo cerraba Rachel, a la que conocí en el colegio y que, al vivir en el edificio contiguo al nuestro, siempre estaba con nosotros también.

Nuestros años de infancia fueron como los de unos niños cualquiera. Con las pérdidas que cada uno llevábamos, que pesaban, sí, pero entre todos, estando juntos, conseguimos llevarlo mejor.

Al llegar a la adolescencia, las cosas empezaron a cambiar.

El primero en destacar fue Jake, desde el día en que, por su decimotercer cumpleaños, su madre, con mucho esfuerzo y ahorrando durante meses, le regaló una guitarra que él llevaba deseando ni sé decir cuánto tiempo.

Nunca fue a clases. Lo suyo era talento natural.

Solo le hacía falta oír la canción que fuera una vez y la tocaba perfecta, sin equivocarse en una sola nota. Era verdad lo que decían de él en los medios. No tocaba. Hacía magia con las cuerdas.

Cassian, que siempre había tenido una voz bonita, cuando pasó de niño a adolescente y su voz se agravó, al cantar enamoraba solo con oírle. Su voz y la pasión con la que cantaba, con tanto sentimiento, ponían los pelos de punta a cualquiera.

Una voz ronca, rasgada, una voz que no solo te cantaba, sino que te acariciaba el alma.

Si a su voz, totalmente especial y única, le unías las canciones que él mismo escribía, era ya para quedarte sin respiración al oírle.

A los dos hermanos, que hacían magia con su voz y sus dedos, se les unió la tercera pieza que les faltaba para ser perfectos.

Ese fue Tyler.

Él, después de pedir hasta el aburrimiento a sus padres un teclado, cuando por fin lo consiguió, demostró que no solo era un capricho por seguir a sus amigos, sino que lo quería porque, al igual que los otros dos, era capaz de hacer magia con él.

Mezclas imposibles, mezclas que se adaptaban sin siquiera haberlas pensado ni un segundo, sino que le salían solas, y que usaba para unirse a la voz de Cassian y a las pasadas de dedos de Jake con la guitarra.

Desde que formaron el grupo, siendo unos críos, por diversión, y tocaban en un local que un vecino les dejó porque lo tenía cerrado, todos los que los oíamos a diario supimos que llegarían lejos.

Y así había sido.

No solo habían llegado lejos, sino a todo lo alto.

Mientras crecíamos entre juegos, letras de canciones, acordes de guitarra y mezclas imposibles, cambiando por el camino y dejando atrás a los niños que éramos, también cambiaron nuestros sentimientos al hacernos mayores.

Con tan solo quince años yo y diecisiete Cassian, ya éramos inseparables. Lo nuestro fue un amor que se coció a fuego lento desde que éramos unos niños y que, entre beso y beso, las primeras veces para los dos en todo y letras escritas con mi nombre en la sombra, se convirtió en algo enorme.

Y exactamente les pasó lo mismo a Rachel y a Jake, que por el camino hacia la edad adulta se enamoraron como locos, al igual que nosotros.

Esos años que estuvimos juntos hicimos mil planes, vivimos cientos de cosas. Unas buenas, otras malas y otras sin mucha importancia.

Todo lo que de la música vino después llegó solo y rodado.

Con dieciocho años tocaron por primera vez en un bar de mala muerte al que solo asistimos a verlos gente del barrio, vecinos, amigos y cuatro borrachos que frecuentaban ese local.

De esas noches hubo muchas.

Muchos bares, muchos pequeños conciertos en la calle, en escuelas, en fiestas privadas… y así podría seguir diciendo sitios.

Pero la suerte estuvo de su parte en una de esas fiestas privadas. O la labia que tenía Sullivan, el que acabó siendo, y aún a día de hoy lo era, su representante, que consiguió que el dueño de una discográfica, que casualmente estaba en esa fiesta, les diera una oportunidad.

Oportunidad que les salió redonda porque solo unos meses después salió a la venta su primer disco, que fue un auténtico bombazo, arrasando en todas partes.

Para resumir un poco y por no contar demasiado, le expliqué a Knox que la euforia de ese éxito nos llevó a cometer una locura.

Los dos hermanos, Rachel y yo nos fuimos al juzgado y nos casamos el mismo día, celebrando así, como ellos dijeron, los dos mejores triunfos de su vida.

Poder vivir de su música y casarse con las mujeres de su vida.

Y así fue como acabé casada con el que pensé que era el amor de mi vida con tan solo veinte años.

Hice una pausa y cogí aire.

—Hasta aquí, todo muy bonito. Esa es la parte buena, ¿no? Ahora se va a torcer.

—Así es. Triunfar en la música fue el pistoletazo de salida para tener una vida soñada por muchos. Pero también fue lo que les hizo perderse y joder todo lo bueno que tenían a su alrededor.

—Gilipollas —murmuró Knox, apretando el volante con fuerza.

—¿Paramos a tomar un café y una magdalena y te acabo de contar la historia?

—Perfecto. Llevo dos horas soñando con esas magdalenas —dijo, haciéndome reír.

Capítulo 11



Knox paró en un área de descanso y nos bajamos del coche con la bolsa que nos había preparado mi madre.

Saqué dos vasos de plástico que nos había metido y serví dos cafés, que todavía estaban calientes, mientras Knox, sin poder esperar más, le hincó el diente a una de las magdalenas.

—Qué pena que tu madre ya esté casada, te lo juro. Si no fuera por el respeto y el cariño que le tengo a tu padre, la raptaría.

—Eres idiota y un goloso sin remedio —dije riéndome.

—Joder, es que tiene unas manos…

—Eso dice mi padre —dije levantando las cejas.

Me miró y, un segundo después, los dos estallamos en carcajadas.

—Bueno, sigue con tu historia mientras me como otras dos o tres magdalenas. Creo que las voy a necesitar. Porque me da que lo que viene ahora me va a poner de muy mala hostia.

Pues, sabiendo lo que me quería, sí que se iba a poner, sí. Pero preferí no decírselo, ya que lo comprobaría por sí mismo en unos minutos.

—¿Dónde me había quedado?

—En que te casaste con veinte años. ¡Vaya tela! Hay que estar loca o muy enamorada para meterse en un embolado de tal calibre.

—Enamorada estaba y puede que un poco loca también.

—Pues a lo mejor ahora enamorada ya no estás, pero lo de loca no se te ha pasado. Yo diría que ha ido a peor con los años —dijo conteniéndose la risa.

—Sí, soy una loca peligrosa que va armada, así que ojito conmigo, chaval.

—Mira, solo por haberme llamado chaval te perdonaría hasta que me pegaras un tiro.

—Pero ¿qué dices, tonto del culo? Si es verdad que eres un chaval.

—Clarooo —dijo de forma exagerada—. Con treinta y siete años soy un chaval, por supuesto. Mira, Yelina, que necesitas terapia por lo zumbada que estás, lo tengo claro, pero ahora además me acabo de dar cuenta de que también necesitas ir al oftalmólogo.

—Tú sí que necesitas que te revisen la vista de cerca para que te veas bien cuando te miras en el espejo, desastre, que eres un desastre.

—Desastres, guapita. Somos dos desastres, no te excluyas.

—No lo hago. Es algo que tengo asumido.

—Entonces todo perfecto. Si tu padre, Joy y el jefe dicen que somos dos desastres con patas, es que lo somos. No pueden estar los tres equivocados.

—Y tienen toda la razón. Lo somos. Pero no podría estar más feliz de compartir mi vida a diario con mi medio desastre.

—¿Tu medio desastre?

—Claro. Unos la comparten con su media naranja. Otros con su medio limón y yo con mi medio desastre. Lo nuestro es destino.

Knox soltó una carcajada tan grande que hasta se le escapó un trozo de magdalena de la boca, y acabó mirándome fatal por haberle hecho perder, aunque solo fueran unas migas, de su delicioso dulce.

—Venga, voy a terminar con la historia. Vamos a dejar aparte lo desastrosos que somos, al menos por unos minutos.

—Venga, dale, mientras me voy a comer otra magdalena en compensación por el trozo que he perdido por tu culpa.

Después de poner los ojos en blanco ante su comentario y el morro que tenía, seguí con mi historia.

Todo en mi matrimonio con Cassian, al principio, o más bien durante el primer año, fue perfecto. O más que perfecto, fue de ensueño.

Yo iba a la facultad a estudiar Psicología, que era lo que siempre había querido hacer, mientras él se dedicaba a escribir canciones, a cantar y a dar pequeños conciertos con Jake y Tyler, cada vez en sitios más grandes e importantes.

Sullivan se dejó la piel para encontrarles los mejores sitios, los mejores contratos y conseguir que cada vez fueran más conocidos.

Su primer disco, como ya dije, fue un bombazo. Pero el segundo fue el que los hizo subir a todo lo alto y eso fue el principio del fin de lo nuestro.

Siempre habíamos hecho todo juntos. Pero eso dejó de pasar.

No fue de golpe. Fue poco a poco. Pero fue algo que fue en aumento de manera meteórica.

Después de los conciertos siempre había una fiesta aquí o allá que nunca se perdían. A esas fiestas yo dejé de asistir por petición suya. Su excusa fue que era mejor que las fans no lo vieran mucho conmigo y así pensaran que les hacía más caso y no que estaba todo el tiempo pendiente de mí.

Luego llegaron los viajes para dar conciertos fuera de Nueva York, a los que también dejé de ir.

Según él, se concentraba mejor solo que teniendo que estar pendiente de mí. Además, me decía que, con el pastón que estaban pagando mis padres por mis estudios, no podía dejarlos de lado cada dos por tres.

La fama siguió subiendo y subiendo. La gente con la que empezaron a relacionarse era toda de su mundillo, como él decía.

Entre ellos había gente genial, como también gente odiosa. Ya sabéis, como en todo en la vida, había variedad como en botica.

Esa gente, en las fiestas, hacía más cosas que hablar, bailar y disfrutar de los que tenían la misma fama o una parecida. Y en esas fiestas precisamente fue donde entraron en el lado malo que toda la fama y el dinero te dan.

Llegaron las drogas, el alcohol en exceso, y Cassian y Jake cayeron de cabeza.

De Tyler tenía dudas, ya que no parecía estar de acuerdo con lo que hacían los hermanos y nunca le vi tomar nada ni hacer un comentario al respecto. Pero a saber. Lo mismo era que era más discreto o que solo lo hacía de vez en cuando y no como los hermanos, para quienes se convirtió en una costumbre en su vida.

Con la llegada de las drogas, el alcohol y el desfase, también llegaron las discusiones entre nosotros, los desplantes constantes por parte de Cassian, dejándome aparte de su vida cada vez más porque, según él, yo era una aburrida que no entendía el mundillo.

Claro que lo entendía. Entendía que fuera famoso. Entendía que era joven. Entendía que tenía que atender a las fans. Como también entendía que estaba triunfando y cumpliendo su sueño. ¿Pero a qué precio?

A un precio muy alto, porque consiguió todo eso, sí, pero por el camino me fue perdiendo poco a poco, al igual que se perdió él.

Cassian cambió tanto que, en aquel último año juntos, apenas reconocía en él al niño con el que crecí, al chico del que me enamoré y al hombre con el que me casé.

Cada vez tenía menos espacio en su vida. Para lograr un rato a solas o hacer algo juntos, tenía que insistirle durante días. Y, cuando por fin aceptaba, lo hacía casi siempre de mala gana. Era como si estar conmigo le estorbara.

—¿Por eso te marchaste? Porque te dolía que te hubiera dejado aparte de su nueva vida. Porque pensaste que dejó de quererte.

Suspiré y solté una risa seca mientras negaba con la cabeza.

—No es que pensara que dejó de quererme. Es que dejó de hacerlo. Eso lo comprobé de primera mano.

Knox endureció el gesto, adivinando que llegaba la peor parte de la historia.

—¿Qué te hizo, Yelina?

—Lo peor que te puede hacer la persona a la que amas.

—¿Te pegó?

—¡No! Te aseguro que, si me hubiera puesto una mano encima, a mi padre no le verías en su casa porque estaría en prisión. Si eso hubiera pasado, lo habría matado.

—Y si eso hubiera pasado y no lo hubiera hecho tu padre, entonces lo haría yo ahora.

—Pues quédate tranquilo, que eso no fue lo que pasó. Aunque no hace falta golpear a una persona para hacerle daño, tú lo sabes bien. Lo vemos a diario.

—¿Qué pasó? —preguntó apretando los dientes.

—Las drogas, la presión constante, el tanto salir y no dormir lo cambiaron, le pasaron factura, y yo fui la que pagó toda esa frustración que tenía dentro.

Cogí aire y seguí con la historia. Ya quedaba poco que contar.

Los últimos dos meses solo nos comunicábamos a través de discusiones. Cassian siguió con sus desplantes. Yo amenacé con largarme y ahí, cuando vio que hablaba en serio, fue cuando pareció despertar y ver que la estaba cagando.

Dejó de tomar drogas y de beber tanto, o eso dijo.

Pero fue un espejismo. O eso pensé después, cuando me di cuenta de que no lo había hecho, sino que lo disimulaba mejor.

El detonante para que todo explotara fue justo el día de mi vigesimosegundo cumpleaños.

Era verano. Hacía mucho calor. Aún recuerdo hasta eso de ese día. Era como si lo tuviera grabado a fuego en la cabeza.

Cassian, que llevaba unos días raro, planeó que cenáramos los dos solos en un restaurante y que recuperáramos un poco lo nuestro. Yo estaba muy ilusionada con esa cena y con poder celebrar mi cumpleaños con él y a solas, ya que estar solos los dos era algo casi imposible de conseguir.

Él ese día tenía una comida con el grupo y una mini fiesta después, pero juró que estaría en el restaurante sin falta a la hora en la que habíamos quedado.

Nunca fue.

Esperé casi dos horas sola en la mesa del restaurante. La primera media hora ni siquiera me inmuté. La puntualidad nunca había sido lo suyo.

Pasada una hora, me cabreé y me preocupé a partes iguales.

Y la siguiente hora me la pasé llorando. Llorando al ver que, una vez más, me había dejado la última de su lista.

Salí del restaurante muy dolida y me fui a casa. O a su casa. Porque era suya, solo suya, y así lo decían los papeles. La compró con lo que ganó con la venta del primer disco.

Era un precioso chalé enorme, o más bien gigante, y por lo que tenía entendido era en el que seguía viviendo en la actualidad.

—¿Estaba en casa? —me preguntó Knox mientras me cogía la mano y me abrazaba por los hombros al ver que tenía los ojos aguados.

—Sí, estaba en casa, pero no estaba solo.

Vi cómo Knox contenía la respiración, esperando a que hablara.

Lo hice.

Nada más entrar en casa supe que algo pasaba. Supe que mi vida iba a cambiar. Supe, muy dentro de mí, que no había ido a mi cena de cumpleaños por un motivo que no me iba a gustar nada.

Entré en la cocina. Allí había varias botellas de alcohol vacías y varias cajas de comida a domicilio también vacías.

Ahí entendí que la fiesta en la que habían estado se había trasladado a su casa para continuarla.

Seguí recorriendo la casa. En el salón sonaba música. La suya. No muy alta, pero a mí me pareció en ese momento que me destrozaba los oídos.

En el sofá estaba Sullivan follándose a una mujer, o a una cría, más bien. Y no era el único que hacía eso. Había al menos seis personas más manteniendo sexo.

En la mesa había más alcohol. Cocaína, de esa había muchísima. Y varias bolsas de pastillas.

Todos estaban tan drogados y tan a lo suyo que ni se percataron de que yo estaba allí. Sin pensarlo demasiado, subí hasta la habitación que Cassian y yo compartíamos desde que nos mudamos.

Abrí la puerta y allí mi vida, tal y como la conocía, terminó.

Cassian estaba en nuestra cama. Desnudo. Totalmente drogado y seguramente hasta las cejas de alcohol. Bien lo sabía yo. En los últimos tiempos le había visto muchas veces así.

Y no estaba solo.

Estaba follando como si no hubiera un mañana con dos mujeres. Dos fans, seguramente.

No me vio. Estaban tan enfrascados en lo suyo que ninguno de los tres se dio cuenta de mi presencia.

No hablé. No pude decir nada. Me rompí tanto viéndole allí con ellas que solo reculé. Bajé las escaleras sin ver. Salí de la casa de la misma manera y caminé y caminé hasta la casa de mis padres.

Mi padre, nada más verme, supo que mi mundo se había derrumbado. Lloré en sus brazos y en los de Joy toda la noche. Los dos días siguientes pasaron, pero ni recuerdo cómo.

Lo último que recuerdo de Nueva York es montarme en el coche de mis padres y llegar a Washington unas horas después.

A partir de ahí, y habiendo tocado fondo, solo me quedó hacer lo único que podía hacer.

Subir otra vez. Seguir adelante sin él. Ser como un ave fénix, resurgir de mis cenizas. Y ahí fue donde nació una nueva Yelina.

Knox, al final de mi historia, no dijo nada. No había nada que decir. Solo hizo lo que le salió hacer y lo que sabía que yo necesitaba.

Me abrazó.

Me abrazó muy, muy fuerte.

Capítulo 12



Knox

La llegada a Nueva York fue rara.

Ya había estado más veces en la ciudad, pero en esta ocasión se sintió totalmente diferente.

Yelina iba sentada a mi lado mirando por la ventanilla con una mezcla de nerviosismo y nostalgia. Y desde luego que no era para menos después de la historia que me había contado.

Historia que me había cabreado como no lo había hecho nunca ninguna cosa en la vida.

Sé que se guardó muchas cosas, sé que no quiso contármelas, bien porque ni ella misma quería recordarlas o pensar en ellas, o porque, como me conocía tan bien como yo a ella, sabía que, si me daba más información y me contaba todos los desprecios que le había hecho el gilipollas de Cassian, cuando lo tuviera delante, mi saludo sería partirle todos los dientes de la hostia que le daría.

Porque sí, fue un gilipollas, entre muchas otras cosas, y seguramente lo seguiría siendo.

Porque había que serlo para cambiar a una mujer como Yelina o dejarla de lado por vivir esa vida de fama que lo único que había hecho era meterle en mierdas de las que después era muy difícil salir.

Nosotros, por nuestro trabajo, lo sabíamos bien. Las drogas y el alcohol cambiaban a la gente y no solo se hacían daño a sí mismas, sino a toda la gente que las rodeaba.

Miré de reojo a Yelina, que seguía observando la ciudad por la ventanilla.

Había momentos en los que suspiraba, otros en los que fruncía el ceño y otros en los que sonreía.

—¿Estás bien?

Giró la cabeza hacia mí y me sonrió.

Fue una sonrisa de verdad y eso me hizo respirar un poco más tranquilo.

El camino había sido duro y tenso, oyéndola contar su historia, verla tensarse y soltar algunas lágrimas. Pero también vi que, aunque había partes que, al recordarlas, le seguían doliendo, la Yelina en la que se había convertido era fuerte y podría enfrentarse a todos usando ese humor y esa ironía que la caracterizaban, sin callarse nada y plantándole cara a quien hiciera falta sin flaquear.

Y si flaqueaba, aunque estaba seguro de que eso no pasaría, allí estaría yo para sostenerla y enfrentarme por ella a quien hiciera falta.

Ella lo sabía. Igual que yo sabía que nunca me dejaría solo si fuera yo quien la necesitara. Porque nos queríamos. Como si fuéramos familia.

Y, en verdad, lo éramos.

Era cierto que habíamos empezado siendo compañeros, pero solo ser eso había cambiado muy pronto. La conexión que tuvimos desde el primer día fue brutal y, a los pocos días, ya éramos mejores amigos y, en pocos más, como hermanos.

—Knox, estoy bien, de verdad que sí.

—Lo sé. Lo veo en tu mirada.

—Será impactante verlos, eso lo sé. Pero llevo años sabiendo que este día tenía que llegar y no me pilla de nuevas. Me he preparado.

Eso me tranquilizó bastante, porque su voz y sus ojos me dijeron que lo que decía no lo decía por darme coba y para que me quedara más tranquilo, sino totalmente en serio.

—¿Vamos al hotel primero?

—Sí. No sé tú, pero yo necesito una ducha.

—Yo también la necesito.

Yelina metió en dos segundos la ubicación del hotel que ella misma había elegido y reservado en los últimos kilómetros antes de entrar en Nueva York.

Según me dijo, estaba cerca de las casas donde vivían todos los familiares de Jake y eso nos vendría bien para no tener que cruzar la ciudad.

Solo quince minutos después entramos en la habitación.

Como siempre que teníamos que pasar unos días por trabajo en un hotel, solo había cogido una habitación doble. Entre los dos había una absoluta confianza para compartir espacio.

Total, lo solíamos hacer a menudo, como cuando dormíamos juntos después de una salida nocturna o cuando la velada de cena y pelis se alargaba en casa de cualquiera de los dos.

Nunca entre nosotros había habido atracción ni deseo, solo amistad. Una amistad sana y única.

Yelina salió de la ducha con una toalla enroscada en el cuerpo y se fue directamente a su bolsa de viaje a sacar la ropa que se iba a poner. Yo la mía ya la tenía preparada encima de la cama para ponérmela en cuanto saliera de la ducha.

—En lo que te duchas voy a llamar a Rachel. Le pediré que reúna a todos con alguna excusa. Es mejor pillarlos juntos, así veremos sus reacciones a la vez y no les daremos tiempo a que se avisen unos a otros de que estamos aquí.

—Bien, no tardo.

Asentí y, mientras ella se vestía y hacía esa llamada, me metí en el baño para darme una ducha.

Con el agua cayéndome por la cabeza, pensé que en un rato, y más que nunca, tendría que estar muy atento a las reacciones que tendrían todas las personas que nos estarían esperando.

Y eso no solo era por el impacto que iba a causar en ellas ver a Yelina, sino porque, como buen agente y observador que era, y como la experiencia de años nos había enseñado, cuando había un secuestro, los primeros sospechosos siempre eran las personas del entorno de la víctima.

Así que dejaría que fuera Yelina quien llevara la voz cantante y solo intervendría si era necesario. Yo me dedicaría, sobre todo, a observar.

Era lo que siempre hacíamos al empezar un caso: observar a la gente y sus reacciones lo máximo posible.

El lenguaje no verbal, ese que la mayoría de las veces se hace inconscientemente, te decía mucho más de las personas que cualquier cosa que saliera de su boca.

Volví a la habitación ya vestido con ropa limpia, esa que había llevado conmigo al baño antes de entrar, y justo en ese momento Yelina se despedía de Rachel, diciéndole que en nada se verían.

—¿Ya estás listo?

—Lo estoy.

—Pues vámonos.

Me coloqué el arma en el costado, que era lo que me faltaba, y me puse la americana mientras Yelina hacía lo mismo y también cogía su bolso.

—¿Has conseguido que Rachel pueda reunirlos a todos?

Me miró sonriendo de medio lado.

—No ha hecho falta. Cassian ha hecho el trabajo por nosotros. Rachel me ha dicho que les llamó a todos hace una hora y les pidió que, hasta que pase el huracán de la prensa, se queden en su casa. Es la que mejor protegida está y allí estarán fuera de los focos.

—Cojonudo. Pues eso que llevamos hecho.

Nos montamos en el coche y Yelina me dio las indicaciones para llegar a la casa de Cassian.

—¿La casa es la misma que…?

Ni me dejó terminar la pregunta.

—Sí. Es la misma casa, o más bien mansión, en la que viví con él antes de irme.

—¿Estarás bien entrando allí? —pregunté preocupado.

—Knox, deja de preocuparte, ¿vale? De verdad que estoy bien.

—Vale. Pero no te guardes nada, ¿sí? Estoy aquí si necesitas hablar, llorar, chillar o pedirme que le pegue un tiro a alguien.

—No voy a pedirte que pegues un tiro a nadie. No pienso permitir que nadie me quite la satisfacción de hacerlo si es necesario.

Nos miramos y nos echamos a reír.

Llegamos a la, como muy bien había dicho Yelina, mansión, porque ciertamente lo era, en apenas diez minutos.

Era verdad que tenía buena seguridad. En la entrada de la urbanización había una caseta con un vigilante al que tuvimos que enseñar nuestras credenciales.

Aparqué en la misma puerta.

Al bajarnos del coche, recorrí con la mirada la mansión. Ciertamente era enorme y muy ostentosa para mi gusto. Desde luego que la fama y el gastar dinero para dejar claro que había triunfado a Cassian se le habían ido de las manos.

Llegamos a la puerta y, antes de llamar al timbre, cosa que iba a hacer Yelina, la detuve un segundo con la mano.

Me miró con una ceja alzada y yo me contuve la risa.

Saqué mi arma y comprobé que la tenía cargada de munición. Mientras me miraba con la boca abierta, volví a guardármela y sonreí.

—¿Qué coño haces?

—Comprobar que tengo suficientes balas para todos los que estarán ahí dentro.

Yelina soltó una carcajada tan fuerte que me arrastró con ella y me uní a sus risas.

—Eres idiota.

—Pero te he hecho reír y destensarte. Ahora entrarás mejor.

—Gracias.

—De nada, mujer. Siempre a tu servicio.

Seguimos riéndonos mientras Yelina llamaba al timbre.

Nos abrió una mujer del servicio que no tenía cara de buenos amigos. Más bien parecía una borde de cojones, como pudimos comprobar en cuanto abrió la boca.

—No sé cómo han conseguido colarse. Pero lárguense ahora mismo o llamo a la policía. El señor Whitaker no va a hablar con la prensa.

Yelina y yo nos miramos y supimos que la tarde iba a ser movidita.

—Buenas tardes para ti también, simpática —le dijo Yelina.

—No se lo repetiré dos veces. ¡Largo!

—En primer lugar, ni se te ocurra volver a levantarnos la voz si no quieres dormir caliente esta noche. Y, en segundo lugar, atenta a lo que te voy a enseñar.

La mujer, mirándola de muy malas maneras, fue a decir algo más, pero Yelina ni la dejó reaccionar. Sacó su placa del bolso y se la puso delante de los ojos.

Ojos que la mujer abrió como platos al ver que era una agente del FBI.

—Lo siento mucho. Es que desde que el señor Jake desapareció y la prensa se ha enterado, nos tienen locos y aburridos con su insistencia. Pasen, por favor.

Abrió la puerta del todo y nos cedió el paso.

—Están todos en el salón, comiendo o intentándolo. Acompáñenme, por favor.

—No se moleste. Puede seguir a lo suyo. Sé el camino.

—¿Lo sabe? —le preguntó extrañada.

—Así es. No es la primera vez que piso esta casa. Así que no hace falta que nos acompañe ni que nos presente. Ya lo hacemos nosotros.

—Bien. Pues seguiré a lo mío. Al estar todos aquí, tengo mucho que hacer. Si necesitan lo que sea, no duden en pedírmelo. Soy Jenny, por cierto. Y de verdad discúlpenme por el recibimiento.

Me dio hasta pena la mujer. Se la veía totalmente avergonzada por cómo nos había tratado. Y Yelina debió de pensar lo mismo porque rebajó el tono y le contestó sonriendo.

—Encantada, Jenny. Soy la agente Prescott y él es mi compañero, el agente Ashford. No se preocupe por lo de antes, sabemos lo pelmas que son los de la prensa. Siga a lo suyo, por favor. Más tarde seguramente le haremos algunas preguntas.

—Por supuesto. Lo que necesiten, cuenten conmigo.

Cruzamos tres frases más y la mujer se marchó por un pasillo que Yelina me dijo que daba a la cocina.

Nosotros caminamos por ese mismo pasillo en la otra dirección y llegamos hasta la puerta del salón, que estaba entreabierta. De ella salían varias voces, tanto de hombre como de mujer.

—Venga, valiente, haz tu entrada triunfal —le susurré.

Contuvo la risa.

—Atento a todas las miradas.

—No se me escapará ni una, tranquila.

—Pues vamos allá. Que empiece el circo.

Yelina cogió aire. Me miró por última vez mientras ponía la mano en el pomo de la puerta y yo asentí, dándole unos ánimos que, al parecer, no necesitaba.

Estaba en modo agente total. No en modo Yelina.

Y eso era muy bueno, porque las emociones que sabía que sentiría al enfrentarse a su pasado las controlaría muy bien.

Capítulo 13



Cogí aire un par de veces y apoyé la mano en el pomo de la puerta.

No tenía miedo. No estaba nerviosa. Bueno, siendo sincera, quizá un poco sí. Y es que la situación a la que estaba a punto de enfrentarme no era para menos.

Iba a enfrentarme a mi pasado y no por decisión propia, sino porque el destino así lo había querido.

Había tenido muchos años por delante para volver. Pero, por dejadez, al principio por miedo y luego porque estaba liadísima con mi trabajo, lo había ido dejando pasar.

Pero precisamente ese trabajo era el que me había hecho regresar a una casa a la que nunca pensé que volvería.

A una casa en la que viví cosas muy bonitas con Cassian, pero también las peores. Aunque ahora todo eso debía quedarse donde llevaba muchos años: en mis recuerdos. Porque había algo más importante que lo que yo pudiera sentir al enfrentarme a todos.

Lo más importante era saber qué le había pasado a Jake y encontrarlo lo antes posible. Y vivo, eso por descontado. Porque, como le hubiera pasado algo malo, que era una posibilidad que nunca descartábamos, iba a ser un palo enorme para todos.

Incluida yo misma.

Porque habrían pasado muchos años y Jake podía haberse vuelto un completo gilipollas, al igual que hizo su hermano. Porque esa era la verdad: que Jake, siguiendo los pasos de su hermano mayor, había jodido su vida y su relación con Rachel igual que Cassian lo hizo con la nuestra.

Demasiado había aguantado mi amiga. Mucho más de lo que yo aguanté.

Yo me largué el mismo día que lo vi siéndome infiel. El mismo día que rompió mi corazón y mi confianza. Pero ella llevaba mucho tiempo soportando algo parecido.

Rachel, por suerte, no lo había visto ni le había encontrado en una situación como la que yo viví, pero ella sabía que la engañaba a menudo con otras mujeres.

Había aguantado por Andrew, había aguantado porque lo quería. Pero, como hizo su hermano conmigo, Jake se había encargado él solito de matar ese amor.

Por eso Rachel, cansada de todo, ya me había dicho que hasta ahí habíamos llegado. Que no le pasaba una más. Que no se quedaría a su lado sufriendo a diario esas humillaciones solo por Andrew.

Y hacía bien.

Porque nadie se merece vivir una vida así.

Cogí aire por última vez y empujé la puerta.

Ya sabía, incluso antes de entrar, quiénes estaban dentro. Rachel me lo había contado un rato antes por teléfono.

En el salón me esperaban Cassian, porque al fin y al cabo seguía siendo su casa; Tyler, Sarah, destrozada pensando que a su hijo podía haberle pasado algo malo; y también Sullivan, que como siempre no se separaba de ellos.

Además, estaba Rachel y, casi seguro, el ligue del momento de Cassian y el de Sullivan.

Puse mi cara más profesional y entré con Knox pisándome los talones.

—Buenas tardes.

Solo con esas dos palabras que salieron de mi boca, todas las cabezas de los que estaban allí se giraron sincronizadas para mirarme, haciendo a la vez que las voces que segundos antes habíamos oído desde fuera se apagaran en el acto.

Se impuso un silencio totalmente sepulcral.

Un silencio que a todos nos pesó. Un silencio que nadie se atrevía a romper.

Yo no iba a ser la que lo hiciera, eso lo tenía claro, así que esperé unos segundos para saber quién sería de todos los presentes el que reaccionaría primero al verme.

Sonreí al ver que no me había equivocado al pensar quién sería la primera persona en hacerlo.

Rachel.

Ella fue la que rompió el silencio del salón con un grito, acompañado de levantarse de un salto del sofá y correr hacia mí.

—¡Yelina!

Abrí los brazos antes de que llegara a mí y la envolví con ellos para sostenerla. Nada más entrar nuestros cuerpos en contacto, estalló en lágrimas.

—Tranquila. Ya estoy aquí, cariño. Todo irá bien.

Se separó de mí unos segundos después, pero no se fue. Se quedó allí, a mi lado.

La siguiente en reaccionar fue Sarah. También me lo esperaba.

—Niña… Pero… ¿qué haces aquí? Dios… estás preciosa —dijo, acercándose, llorando para abrazarme.

Con Sarah, aunque había mantenido el contacto los últimos años, no tenía ni idea de a qué me dedicaba. Ella pensaba que al acabar Psicología habría encontrado trabajo de lo mío y nunca la saqué de su error.

Cuando se separó, después de susurrarle que ya hablaríamos más tarde, miré al resto de los presentes uno a uno.

Tyler me observaba con la boca abierta, totalmente alucinado. En sus ojos había cariño, mucho cariño. Ese cariño que nos habíamos tenido siempre.

Siendo sincera, era una de las personas a las que más me dolió dejar atrás, porque había sido mi amigo incondicionalmente. Y también mi paño de lágrimas, igual que Rachel, en el último año que estuve con Cassian.

Llegó incluso a enfrentarse a él y a recriminarle cómo se comportaba conmigo.

De Tyler pasé la mirada a Sullivan.

Entre él y yo nunca hubo *feeling*, nunca nos llevamos especialmente bien. Nos soportábamos por el resto y hasta ahí llegaba nuestra relación.

Él no me miraba con cariño. Sorprendido, sí, pero además en su mirada había fastidio. Como si con haberme presentado en la casa ya hubiera montado un problema y solo viniera a perturbar la paz.

Gilipollas, pensé mientras pasaba mi mirada a las dos mujeres que estaban sentadas juntas.

Por Rachel ya sabía que la morena era el ligue de Cassian y la rubia el de Sullivan.

Me contuve de negar con la cabeza, por pena más que por otra cosa, al ver que eran dos mujeres que tenían unas pintas que daban ganas de llamarles la atención como si fueran dos niñas pequeñas.

La ropa que llevaban dejaba poco a la imaginación.

La morena llevaba una camiseta del grupo y un tanga rojo, que no es que yo tuviera rayos X y pudiera verlo, no. Es que, en la postura en la que estaba sentada en el sofá, o más bien repantigada, se le veía claramente.

Y la rubia estaba de forma parecida. Con la diferencia de que iba en bikini, uno con el que se le veía media teta y todo el culo al ser de tanga.

Con la situación que tenían encima, qué poca vergüenza. Y estando allí todos, qué menos que vestirse con un poco de decencia. Pues al parecer las «señoritas» no tenían ni decencia ni educación.

Pasé de ellas y llevé mi mirada hacia la única persona a la que me quedaba por mirar, a la que llevaba siete años evitando.

Cassian.

Mis ojos se clavaron en los suyos y los de él en los míos.

Nos sostuvimos la mirada, nos medimos, nos dijimos muchas cosas sin hablar.

En sus ojos había confusión, sorpresa, dolor, nostalgia, mucho cabreo y algo más que no quise pararme a pensar en ese momento.

Tyler, al que había visto por el rabillo del ojo levantarse de la silla en la que estaba y acercarse a mí con cautela, como si temiera que, al hacerlo, yo fuera a desaparecer, fue el que hizo que retirara la mirada de Cassian y me centrara en él.

Se puso delante de mí y me miró de arriba abajo. Estudiándome. Repasándome una y otra vez como si no acabara de creerse que fuera real y no una aparición.

—¿Quieres dejar de mirarme? Me vas a desgastar —dije riéndome.

—Joder, Yelina, es que no me creo que seas tú. Estás… estás…

Ni las palabras le salían al pobrecillo.

—Estoy más vieja, sí. ¿Me vas a dar un abrazo o voy a tener que obligarte? —dije abriendo los brazos.

Ni se lo pensó un segundo. Dio el paso que nos separaba y me dio un auténtico abrazo de oso.

Los abrazos de Sarah y Rachel me habían gustado, me habían encantado, porque las había echado muchísimo de menos. Pero, al haber mantenido el contacto con ellas, el abrazo de Tyler fue completamente diferente.

Fue un abrazo de reencuentro, de cariño, de todo lo que nos habíamos echado de menos.

—Joder, ni te imaginas lo que te he echado de menos, pequeña —me susurró.

Me hizo sonreír al oírle llamarme así. Me llamó como siempre había hecho en el pasado, y eso me encantó.

—Seguro que no tanto como yo a ti.

Tyler iba a decirme algo más, pero la voz de Cassian, esa voz que no oía en persona desde hacía siete años se impuso en el salón, haciendo que todos nos giráramos para mirarle.

Bueno, todos no. Porque Knox no lo había perdido de vista en ningún momento.

—¿Qué cojones haces en mi casa? Ya te estás largando por donde has venido. Aquí no eres bienvenida. Y llévate a tu amiguito contigo.

Capítulo 14



Sonreí cuando Cassian terminó de hablar.

Sonreí porque, si en el momento en que entré se había quedado impactado mirándome y haciéndose mil preguntas sobre qué hacía yo allí, en cuanto se enterara de la verdad, su cara sería un poema. En ese momento se me vino a la cabeza la petición que Joy le había hecho a Knox de que le grabara y tuve que contenerme para no echarme a reír.

—Ni me voy a ir, ni me voy a llevar a nadie conmigo. O puede que sí, si se pone tonto, ¿verdad, Knox?

—Cierto —contestó Knox.

Tyler, que aún seguía abrazándome, se separó, pero se quedó también a mi lado, como habían hecho Sarah y Rachel.

Cassian se levantó del sofá donde estaba sentado al lado de su chica y, con pasos rápidos, vino a enfrentarse a mí.

Mala decisión, cariño, le dije mentalmente.

—Lárgate de mi casa. Aquí no pintas nada —dijo apretando los dientes, cerca de mí, muy cerca.

—No.

Dio un paso más, poniéndose aún más cerca. Tan cerca que podía distinguir los puntitos marrones que salpicaban el azul de sus ojos.

—O te vas o llamaré a la policía para que te eche.

A Rachel se le escapó una risita. Sarah jadeó llevándose la mano al pecho. Tyler gruñó y Sullivan, que se había acercado también para cerrar el círculo en el que estábamos, sonrió satisfecho.

—No será necesario que los llames.

—Perfecto. Veo que has captado el mensaje.

Me eché a reír y Knox soltó una risita baja que se juntó con la de Rachel, que estaba a su lado. Los miré de reojo y vi que se estaban mirando. Se miraban, señoras, pero no de una manera casual por haberse reído a la vez, sino que se miraban de verdad.

Bueno, bueno, bueno… Mira tú por dónde, que lo mismo de esta visita hasta podían salir más cosas de las que yo esperaba, pensé durante un par de segundos. Solo un par, porque tuve que dejarlo aparte por el momento y centrarme en lo que tenía entre manos, que era bajarle los humos a Cassian, que se estaba poniendo muy tonto.

—No me has entendido. No hará falta que llames a la policía. Nosotros, por el momento, nos bastamos.

Me miró confuso.

—¿Nosotros?

Miré a Knox y me sonrió. Había llegado el momento.

—Knox, ¿quieres hacer los honores de presentarnos?

—¿Qué cojones vas a presentarte? Aquí todos te conocemos de sobra —dijo Cassian, enfadado.

—Será un placer —dijo Knox a la vez.

—No conoces a la nueva Yelina —añadió Rachel, cruzándose de brazos.

Cassian iba a decirle algo a Rachel, pero Knox no le dejó. Dio un paso hacia él, puso esa mirada intimidante con la que muchos detenidos temblaban cuando los interrogaba, porque era fiera y aplastante, y le habló directamente.

—Soy el agente Knox Ashford y ella es mi compañera, Yelina Prescott, también agente del FBI.

Lo último, lo de FBI, lo recalcó un poco más alto para que no solo a Cassian le quedara claro, sino a todos los que estaban en el salón.

Me mordí los labios para no echarme a reír a carcajadas al ver la cara de Cassian, que, como mi padre había predicho, era no solo para grabarla, sino para enmarcarla y colgarla en la pared del salón para el resto de su vida. No habló. Bueno, ni hablar, ni pestañear, y creo que ni respirar podía, porque se quedó completamente congelado.

La verdad es que, quitando a Rachel, que era la única que ya lo sabía, los demás estaban parecidos.

—¿Del FBI? ¿Eres una jodida agente del puto FBI? —me preguntó Tyler, que me miraba maravillado.

—Lo soy.

—¿Desde cuándo?

—Siendo agente, desde hace más de tres años. Trabajando en el FBI llevo unos seis.

—Me *caguen la puta*, Yelina, pero… pero… joder, ¿cómo ha pasado esto?

—Es una larga historia que te contaré con calma en otro momento, si quieres.

—Claro que quiero.

Cassian, que al parecer había vuelto al mundo real y se había recuperado un poco del impacto, gruñó y volvió a mirarme para seguir con su enfrentamiento.

—Me importan tres cojones que seas agente o Miss Universo. No te quiero en mi casa. ¡Fuera!

Cerré los ojos y me contuve. De verdad que me estaba poniendo de muy mala hostia con su chulería.

—Es que me da igual lo que tú quieras. No estás en posición de decir nada. Así que cállate y escucha.

Se lo dije controlándome y de forma calmada. Pero nada, que lo que quería era sacarme de mis casillas.

—Estoy en mi casa, no me pienso callar y no te voy a repetir ni una vez más que te largues, que os larguéis —dijo mirando también a Knox.

—Qué pesado eres, hijo. Los años no han hecho que se te pasara la tontería que tienes; la han agravado, por lo que veo.

Le sentó mal mi comentario y le dolió también. Lo vi. Lo vi clarísimo. Como también vi que se iba a atrever a hacer algo que no pensó demasiado y que era un error descomunal. Knox también lo vio, pero no se movió. Sabía de sobra que yo sola era muy capaz de enfrentarme a la situación y que, además, necesitaba hacerlo.

Cassian alargó el brazo para agarrar el mío, seguramente con la intención de sacarme él mismo de su casa a rastras.

Ese fue su error.

Con un movimiento que no vio venir, en tres segundos estaba de espaldas a mí, con su pecho pegado al mío, mientras que con mi brazo lo tenía agarrado por el cuello y con mi mano libre, con la que había sacado el arma, lo tenía encañonado por debajo de la barbilla.

Sullivan reaccionó al vernos así y dio dos pasos rápidos.

—Ni se te ocurra —le dijo Knox, haciendo que se frenara en seco.

—Ahora me vas a escuchar y a dejar de comportarte como el gilipollas que eres. Y, por favor, no me des un motivo de peso para pegarte un tiro porque, de verdad, que lo estoy deseando.

Intentó moverse, pero no le dejé. Seguí hablándole muy cerca del oído.

—Vas a sentarte en el sofá como un buen chico y vas a colaborar en todo lo que te pidamos y a contestar a todas las preguntas que tenemos. Porque no estoy aquí para aguantar tus tonterías; de esas ya aguanté muchas en el pasado. Estoy aquí para encontrar cuanto antes a Jake.

—¿A Jake? —susurró.

—Sí. Knox y yo hemos venido desde Washington para ocuparnos del caso y para encontrarle lo antes posible.

Saber que estaba allí para buscar a Jake fue lo único que hizo que se relajara un poco.

—Puedes soltarme, Linny.

Dios… Linny. Me había llamado Linny. Llevaba siete putos años sin oír a nadie llamarme así. Que, por otra parte, era imposible, porque solo él me llamaba de esa forma. Era algo suyo y de nadie más.

—No vuelvas a llamarme así —susurré entre dientes mientras le soltaba el cuello.

Se dio la vuelta para mirarme a los ojos.

—Pero eres… para mí eres…

—No. Ya no lo soy. Tú te encargaste de que Linny desapareciera.

Los demás aún nos estaban rodeando y nos miraban preocupados, sabiendo que entre nosotros había mucho que resolver o cerrar de una vez por todas.

—Te largaste, joder —dijo reflejando mucho dolor en la mirada.

—No quiero hablar de eso ahora. Como te he dicho, estoy aquí por Jake. El tiempo corre y cada minuto que pasa es primordial para encontrarle.

—Cuando vuelva —dijo muy serio, dándome a entender que, cuando Jake volviera, sería momento de hablar de lo nuestro.

Asentí.

—Sentaos, por favor. Es necesario que empecemos cuanto antes —les pidió Knox a todos.

Todos, en silencio, fueron ocupando los sitios en los que estaban sentados antes de que llegáramos.

Tyler se quedó un poco rezagado, a mi lado. Giré la cara y nuestras miradas se encontraron.

Su mirada había cambiado en apenas unos pocos minutos. En ella ya no había la misma alegría que tenía nada más verme. La tristeza se había apoderado de sus ojos. Una tristeza que ya había visto en ellos en el pasado. Una tristeza mezclada con anhelo que yo sabía de dónde venía.

Venía de lo que sentía por mí.

Porque sí, durante toda nuestra niñez, nuestra adolescencia y los pocos años de adultos que compartimos, siempre lo supe. Siempre supe que estaba enamorado de mí. No porque él jamás dijera nada, eso no. Porque se cuidó mucho de ocultarlo, o al menos de intentarlo, para que nadie lo supiera. Pero Rachel y yo lo sabíamos. Siempre lo supimos.

—Aún te quiere, pequeña. Acabo de ver en sus ojos que no te dejará marchar, no otra vez —dijo sonriendo con tristeza.

—Tyler…

Me agarró de la mano sin que nadie lo viera y me la apretó.

—Yo estaré aquí, como siempre. Para lo que necesites.

Cerró los ojos un segundo, como si necesitara valor para decir las siguientes palabras y que no le dolieran tanto.

—Sé que le quieres y, si vuelves con él, las cosas ya no serán iguales. Ya no es el crío que se dejó deslumbrar por la fama. Ha cambiado. Ahora sí podéis ser felices.

En las palabras que me dijo estaba la clave de por qué eso que él me proponía no podía pasar. Porque Cassian había cambiado, sí. Pero yo también lo había hecho. Ya no éramos los mismos. Por eso lo nuestro nunca podría ser lo que fue. Porque lo nuestro empezó siendo dos personas que ya no existían.

—Prescott, ¿empezamos?

La voz de Knox hizo que Tyler me soltara de inmediato y que retirara la mirada, como tantas veces había hecho en el pasado.

—Tyler, ya hablaremos.

Asintió sin mirarme y se dio la vuelta para ocupar su sitio.

Suspiré y sacudí la cabeza.

En toda la historia de Cassian había algo que nadie sabía. Ni mis padres, ni Rachel, ni tampoco a Knox se lo había contado esa tarde. Nunca hablé de ello porque pensé que era algo que sentía por lo confusa que estaba, por la frustración que tenía y por lo sola que me sentía.

Pero estaba equivocada.

Porque eso había vuelto.

O quizá nunca se fue.

Capítulo 15



Eran pasadas las doce de la noche cuando Knox y yo entramos en la habitación del hotel.

A los dos se nos notaba el cansancio en la cara.

Las horas en coche para llegar hasta Nueva York, el madrugón que nos habíamos pegado cuando Sterling nos despertó cuando apenas había amanecido y la tarde movidita que habíamos tenido pesaban, y todo eso junto había hecho que estuviéramos exhaustos.

Después de mi entrada triunfal, como Knox la había llamado, los abrazos de reencuentro, el enfrentamiento con Cassian y la presentación de quiénes éramos y qué hacíamos allí, empezamos con las preguntas y la observación.

Fue tedioso, como siempre lo era el primer contacto con las personas cercanas a una víctima.

Muchas preguntas que o no sabían o no querían contestar. Gestos que decían más que cualquier palabra. Silencios y miradas retiradas que decían todavía más.

En las horas que habíamos pasado en la casa había habido de todo eso.

Ese solía ser nuestro proceder.

Primero hacíamos las preguntas en grupo, pillándolos por sorpresa. Después les dábamos unas horas para que pensaran, tramaran o se pusieran de acuerdo en lo que dirían en el siguiente interrogatorio, en el que ya les advertíamos de que sería al día siguiente y de manera individual.

Cuando les preguntábamos a solas, era ahí donde demostrábamos por qué a Knox y a mí nos daban los casos más complejos y difíciles de desapariciones, sobre todo.

Porque teníamos la capacidad de leer muy bien a la gente.

Éramos muy buenos con el lenguaje no verbal y pillando mentiras, pero sobre todo dándonos cuenta de cuándo alguien respondía algo que había preparado, bien solo o con otra persona, y su respuesta era automática o demasiado estudiada.

Y, por lo que había podido comprobar en ese salón, al día siguiente tendríamos trabajo de ese tipo.

Tendríamos el reto de descubrir qué escondían, porque escondían algo. No todos, pero sí algunos.

Aparte de eso, antes de acostarnos haríamos otras cosas, así que lo de irnos a dormir o descansar unas horas aún quedaba lejos.

En cuanto nos diéramos una ducha y nos pusiéramos cómodos, Knox sacaría el portátil con el que nos conectaríamos a la central y empezaríamos a hacer nuestra magia.

Revisaríamos el teléfono de la víctima, en este caso el de Jake. Las llamadas, los mensajes, las últimas ubicaciones, los correos electrónicos… En fin, todo lo que tuviera allí y guardado en la nube.

Eso siempre nos ayudaba y muchas veces había sido clave para encontrar a los desaparecidos.

También revisaríamos su cuenta bancaria, las propiedades que estaban a su nombre y muchas cosas más.

Vamos, resumiendo, que nos colaríamos en su vida todo lo posible. Porque siempre, siempre, cuando el secuestro o la desaparición no habían sido por sorpresa, sino preparados, en todos esos datos que mirábamos encontrábamos algo.

De momento, el caso lo estábamos tratando como una desaparición, porque nadie se había puesto en contacto con sus allegados para pedir un rescate.

Cosa que no descartábamos que pasara en las próximas horas. Pero, habiendo pasado ya tres días, casi cuatro, desde que ninguno tenía noticias de Jake, era algo que casi teníamos descartado.

Knox salió del baño, donde, al igual que había hecho por la tarde, entró el último de los dos, y se sentó con el portátil en las piernas.

Me senté a su lado con mi tableta en la mano, en la que iría apuntando lo que fuéramos viendo que nos llamara la atención y haciendo un croquis.

—Antes de empezar, dime tu primera impresión —le pedí.

Knox pensó unos segundos antes de hablar.

—Están implicados. No sé si todos, pero sí algunos.

—Yo pienso lo mismo.

—No voy a descartar a nadie, al menos hasta mañana. Pero podría hacerlo. No tengo claro quiénes sí, pero sí quiénes no.

—He visto lo mismo. Pero seremos prudentes. Por mi implicación, no descartaré a nadie por la relación que me une o me unía con ellos. Prefiero esperar.

Knox carraspeó y sonrió de medio lado.

Le miré con la ceja alzada.

—¿Qué?

—Nada.

—No me jodas, Knox. ¿Qué coño significa esa sonrisita?

—No solo me he fijado en las reacciones para el caso; esta tarde he visto mucho más.

—¿Qué has visto? ¿Cómo Cassian me fulminaba con la mirada varias veces o cómo Sullivan me miraba con asco y tocaba los cojones cada dos por tres?

—Sí, he visto eso. Pero también he visto algo más. Algo que sé que tú también has visto, porque creo que no es nuevo. Y no solo en Cassian.

—A ver, listo, ¿qué has visto? —dije dándole con una almohada en la cabeza.

—Pues…

Sería capullo. Se llevó la mano a la barbilla como si estuviera pensando para hacerse el interesante.

—Deja de hacer el tonto y habla ya, joder, que tenemos mucho que hacer.

—Cassian sigue sintiendo algo por ti. Lo que no tengo claro es si es amor o nostalgia por lo que fuisteis.

—Tyler me ha dicho que sigue queriéndome.

—Entonces, como él.

Le miré con los ojos como platos. Porque, coño, sí que le había observado bien, porque Tyler solía esconder de todos muy bien no solo lo que sentía por mí, sino todos sus sentimientos.

Knox, al ver mi cara, levantó una ceja, sorprendido.

—Lo sabes.

Asentí.

—Siempre lo he sabido.

—Ese hombre está enamorado de ti. Lo disimula muy bien delante de todos. Pero cuando cree que nadie le ve, te mira de una manera que le delata.

—Lo sé. Como te he dicho, lo sé desde que éramos apenas unos niños. Y Rachel también lo sabe. Muchas veces me ha dicho que, si me hubiera enamorado de él y no de Cassian, las cosas me habrían ido mejor.

—Pues probablemente tenga razón. A él no parece que la fama le haya echado a perder como sí les ha pasado a los hermanos.

Asentí.

—Así es. Tyler siempre fue el más sensato de los tres. El más prudente, el que siempre tenía los pies en la tierra. Y también el más maduro.

—Y también el que estuvo siempre para ti cuando las cosas se torcieron, ¿no?

Sonreí con tristeza.

—Sí. Fue mi paño de lágrimas. Fue el que estaba cuando Cassian no lo hacía. Fue el único que se enfrentaba a él cuando me hacía desplantes o me alzaba la voz. Aun sintiendo lo que sentía, siempre se comportó como un verdadero amigo.

—¿Sentiste alguna vez algo más que amistad por él?

Suspiré y cerré los ojos unos segundos.

—No lo sé, Knox. Me hice esa pregunta muchas veces en el último año que estuve aquí.

—¿No encontraste respuesta?

—No. Con el panorama que tenía, había veces que creía que sí, otras que no. Y otras, pensaba que estaba confundiendo las cosas. Que solo era amistad y que, al estar siempre para mí, confundía esa atención que me daba y que Cassian me negaba con sentir algo más.

—¿Sigues enamorada de Cassian?

Volví a sonreír con tristeza.

—Pues no sabría decirte. Al verle hoy algo se me ha removido dentro, pero no sé si son esos sentimientos que tenía u otra cosa.

Paré para pensar y Knox esperó a que siguiera.

—Tengo ahora mismo un subidón de sentimientos dentro por todos que ni sé qué siento por cada uno. Y no solo por ellos dos, sino por todos los demás. Incluso por Jake, aunque no estuviera.

—Ha pasado mucho tiempo. Es normal estar confusa.

—Lo sé. Hace siete años no habría dudado en contestarte que los quería a todos con locura, a cada uno de una manera u otra, pero los quería, al fin y al cabo.

—¿Con Rachel y Sarah lo tienes claro?

—Con ellas sí. Porque no han salido de mi vida. Han seguido siendo una constante. Pero a los demás no los veo ni hablo con ellos desde que me fui.

—¿Por qué dejaste de hablar con los demás? Me refiero a que Tyler, Jake y Sullivan no tenían la culpa de lo que pasó.

—No lo sé. Pensé que se pondrían de su parte, que no entenderían por qué necesitaba romper con todo.

—Pues creo que al menos Tyler sí te habría entendido. Es más, creo que se habría puesto de tu lado a riesgo de acabar mal con Cassian.

—Lo sé, y ese fue el motivo por el que nunca le llamé. Sabía de sobra de parte de quién se pondría sin pararse a pensar en las consecuencias siquiera. Eso habría hecho que el grupo peligrara. Por eso no lo hice.

—Eso no eras tú la que tenías que decidirlo, Yelina. Tyler estuvo para ti en todo momento. Tenía derecho a decidir qué hacer y no que tú lo hicieras por él.

—También lo sé. Pero me di cuenta tarde y, cuando lo hice, había pasado tanto tiempo que pensé que estaría muy enfadado por sacarle de mi vida por algo que él no hizo.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

Tuve que tragar saliva varias veces para intentar que el nudo que se me estaba formando en la garganta al hablar de todo eso desapareciera. Pero nada, ni por esas lo hizo.

—Yelina.

—Dime.

—No quiero que me respondas, ¿vale? Solo que pienses en lo que te voy a decir.

—Vale, a ver qué es.

—Piensa qué has sentido hoy al ver a Cassian y también en lo que has sentido al ver a Tyler. Cuando lo pienses en profundidad, lo analices y pongas todo en orden, encontrarás las respuestas que necesitas para saber qué sientes por ellos.

Resoplé.

—Primero me centraré en Jake. Que lo encontremos es prioritario. Pero te prometo que pensaré en ello, ¿vale?

Asintió.

—Ahora vamos a ponernos a trabajar; la noche va a ser larga.

—Vale. Pero antes una última cosa —añadí.

—¿Qué?

—Esas miraditas que os habéis lanzado tú y Rachel toda la tarde, ¿qué me dices de ellas?

Ahí fue él el que abrió los ojos como platos.

—¿De qué coño hablas? No ha habido miraditas de nada.

Solté una carcajada.

—Knox, te recuerdo que estás hablando conmigo. Te recuerdo que soy igual de buena que tú analizando a la gente, su lenguaje no verbal y sus miradas.

—Te repito que no ha habido miraditas. Has debido de ver mal.

—¿Quieres que te apunte con mi arma hasta que digas la verdad?

—Deja el arma, anda, que ya bastante la has sacado hoy.

Los dos nos miramos, acordándonos de la cara de todos cuando encañoné a Cassian, y nos echamos a reír a carcajadas.

—Knox, sí que os habéis mirado.

—Déjalo, ¿quieres? Te recuerdo que Rachel es la mujer del desaparecido.

—Solo hasta que aparezca.

—¿Qué?

—Rachel va a dejar a Jake. Ya lo tenía decidido antes de que esto pasara.

—¿Por qué, si es que puede saberse?

No dudé en contárselo. Confiaba ciegamente en Knox y, además, sabía de sobra que Rachel no se enfadaría ni le parecería mal que se lo contara a él.

—Pues porque lleva años aguantando por su hijo lo mismo que yo aguanté. Incluidas las infidelidades. Y ya no puede más.

Vi cómo Knox apretaba los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos al saber lo mal que lo había pasado Rachel aguantando lo inaguantable por su hijo.

—Cabrón…

—Lo es. Jake se perdió incluso más que Cassian. Y al parecer, y por lo que dice Tyler, mi marido ha cambiado, ha dejado toda esa mierda atrás, pero Jake sigue igual.

Los dos nos miramos y supimos que debíamos dejar ahí la conversación personal o no avanzaríamos en el caso. Así que, sin decirnos nada y solo con una mirada, nos entendimos.

Él abrió el portátil y yo la tableta.

Y nos pusimos a trabajar.

Capítulo 16



A las seis de la mañana me levanté de la silla en la que estaba sentada en la habitación del hotel y di varios paseos, moviendo el cuello y los brazos.

Tenía el cuerpo totalmente agarrotado.

Knox y yo nos habíamos pasado toda la noche enganchados al ordenador.

Repasamos cientos de llamadas, mensajes y correos electrónicos del teléfono de Jake.

No lo teníamos físicamente porque, según dijeron los demás el día anterior, debía de habérselo llevado con él, ya que en su casa, en el estudio en el que grababan, ni en la casa de Cassian, donde se pasaba muchas horas, no estaba.

Lo tenía apagado, claro. Eso fue lo primero que comprobamos.

Pero, desde los medios de los que disponíamos, habíamos visto todo lo que contenía de los tres últimos meses. Más que suficiente, aunque no habíamos descartado tener que ir un poco más allá y revisar meses anteriores.

Habíamos visto cosas normales y otras no tanto.

Había llamadas normales. Llamadas a Rachel, aunque no muchas. A Cassian, casi a diario, lo cual sería lo normal siendo lo que eran y trabajando juntos. Pero no lo era tanto que muchas de esas llamadas fueran a unas horas poco normales.

Porque había llamadas a altas horas de la madrugada. Llamadas que no duraban ni treinta segundos.

Y eso era raro. Nos lo decía la experiencia.

Porque esas llamadas debían tener un trasfondo, un motivo. Algo inusual. Porque, si hubieran sido un par de ellas, no nos habrían llamado la atención. Pero no había ni una ni dos, sino una veintena de ellas, y siempre siguiendo esa misma línea.

Llamada nocturna, poca duración y luego, a la mañana siguiente, un mensaje de Jake a Cassian que decía simplemente: «Gracias».

Pero, respecto a las llamadas, había algo todavía más chocante. Si las llamadas a Cassian eran muchas y raras, a Sullivan había todavía más. A todas horas.

Que, siendo su representante, podría parecer normal. Pero nuestro instinto nos decía que no. Que ahí había algo importante.

Y, si lo de las llamadas nos tenía alerta, más nos tenía la situación financiera de todos, o casi todos.

Porque sí, al ver el estado financiero de Jake, que era para echarse a llorar, seguimos tirando del hilo y quisimos saber si los demás se encontraban en apuros económicos igual que él.

Ahí nos llevamos una sorpresa. Una para bien y otra para mal.

Jake estaba en la puta ruina. Tenía las tres cuentas bancarias que poseía prácticamente en números rojos.

¿Cómo podía ser eso posible con el dineral que ganaban y que llevaban años ganando?

Pues muy sencillo. Eso no había sido algo que hubiera pasado de repente. Era algo que había ido ocurriendo con el paso del tiempo. El gasto excesivo en fiestas, droga y viajes totalmente insultantes por la cantidad de dinero que se había dejado en ellos.

También se había gastado cantidades indecentes de dinero en caprichos innecesarios que ni siquiera fueron para él.

Regalos a unos y a otros. Regalos a amigos o supuestos amigos y amigas, o más que amigas, seguramente amantes.

Y no, no eran un bolso o un reloj. Eran coches carísimos, joyas con precios insultantes y viajes a los que invitaba a ir con él, llevándolos a gastos pagados.

¿Amigos? Ja, ja y ja.

Eso no eran amigos, eso eran garrapatas que se acercan a una persona que no tiene ni medida ni control y se aprovechan de él, dorándole la píldora. Y él, al sentirse querido o admirado, se gastaba su dinero a espuertas con ellos, creyendo que así estarían a su lado siempre.

Pero es bien sabido por todos que ese tipo de gente, que de amigos no tienen nada porque los verdaderos son los que están en las duras y en las maduras, en cuanto el dinero desciende y ya no puedes seguir pagándoles todo al mismo ritmo, se esfuman como el viento y se largan a buscar a otro tonto del culo que les costee una vida de lujos que no se merecen.

A todo ese derroche había que sumarle la mala gestión que había hecho de todo el dinero que había ganado.

Había estado años haciendo inversiones que no sabíamos quién cojones le había aconsejado hacer, pero vamos, ni yo, que no tenía ni idea de invertir, lo habría hecho tan mal, porque había perdido millones, muchos millones, invirtiendo en mierdas que no valían para nada.

Lo que más me dolió cuando vimos el desastre que tenía montado y que estaba en la ruina fue descubrir que había puesto la casa en la que vivían en venta para poder subsanar un poco los gastos pendientes que tenía.

Estaba segura de que Rachel no tenía ni idea de nada de lo que habíamos descubierto y me jodía pensar que, en nada de tiempo, ella y Andrew se iban a ver en la calle y sin un duro.

Porque sí, Jake seguía siendo el mismo puto egoísta de siempre y no había pensado en ellos ni una sola vez, porque, desde luego, si lo hubiera hecho, no habría acabado así.

Por lo que, viendo el desastre que tenía formado, quisimos saber si los demás integrantes de KayJax estaban en la misma situación o en una parecida, porque eso podría ser la clave de su desaparición.

Primero miramos las cuentas de Cassian.

No estaban en un estado pésimo como las de su hermano, pero tampoco estaban como deberían para el pastón que llevaba ganando años.

Tenía dinero, sí.

Pero no tanto como para mantener el ritmo de vida que ellos solían llevar.

También había hecho malas inversiones, justo en los mismos sitios que su hermano. También había regalado muchos caprichos a ciertas personas y también se había gastado cantidades insultantes y aberrantes de dinero en viajes, supusimos que en droga, y en comprarle a su nueva chica un coche que a la señorita se le había antojado.

Vamos, otro que o espabilaba o en nada estaría en la misma ruina que su hermano.

Sullivan, por su parte, sí que ganó mucho dinero al ser su representante, pero ni por asomo se acercaba a las cantidades que habían ganado los otros tres. Aun así, también tenía las cuentas temblando, seguramente por haber querido seguirles el ritmo a los demás.

Al último que investigamos fue a Tyler y, si con los otros nos habíamos sorprendido al ver la situación que tenían, con él lo hicimos mucho más.

Pero por todo lo contrario.

Al ver todo lo que tenía y que llevaba años amasando, nos demostró que, como yo siempre había dicho, había sido el más centrado y sensato de los tres.

Tenía cinco cuentas bancarias con tal cantidad de dinero que no podría gastárselo él, ni sus tataranietos si llegaba a tenerlos, ni aunque todos vivieran tres vidas.

Pero no se quedaba ahí la cosa. Porque habíamos visto que, aparte del dinero que ganaba con la música, que ya era bastante, casi ganaba más con las propiedades que tenía por toda Nueva York alquiladas.

Tenía un total de treinta y siete edificios, todos de pisos u oficinas, que había ido comprando desde que empezaron con el grupo.

Los había comprado, reformado y, en la actualidad, ni uno solo de los pisos u oficinas estaba sin alquilar, y eso todos los meses le proporcionaba una cantidad enorme, o más bien gigantesca, de dinero, ya que no eran edificios pequeños, sino todos de más de veinte plantas.

Además de todo eso, durante los años en los que hacía que no nos veíamos, Jake y Cassian no, porque no volvieron a tocar un libro desde que terminaron el instituto y se dedicaron de lleno a la música, pero Tyler había aprovechado el tiempo.

Había tardado, sí, porque con el ritmo de vida que llevaban entre conciertos, giras, galas y demás historias no había podido hacerlo de otra manera.

Pero lo hizo. Tardó mucho más que una persona que solo se hubiera dedicado a ello al cien por cien, pero lo hizo.

Había estudiado de forma *online* Administración de Empresas y Economía y, al saber eso, fue cuando nos dimos cuenta de por qué le había ido tan bien en sus inversiones.

Había sido el más previsor de los tres y se había formado para tener un futuro fuera de la música, por si algún día venían mal dadas, por si el grupo se acababa o, simplemente, porque quería construir algo más en su vida.

Sonreí al pensar que en solo tres días terminaría por fin esos estudios en los que tanto se había volcado y que llegaría el momento de su graduación.

Pero sonreí todavía más al caer en la cuenta de que los demás no tenían ni puñetera idea de todo lo que había hecho ni de todo lo que tenía. Y apostaba a que seguía siendo así, porque le conocía… o al menos había conocido muy bien al Tyler de antes.

Siempre fue reservado, hermético incluso, y tremendamente celoso de sus cosas y de su intimidad. Guardaba lo importante muy dentro, como si enseñarlo demasiado pudiera restarle valor. Y estaba segura de que eso no había cambiado. Por eso los demás seguían completamente a ciegas con todo lo que nosotros acabábamos de descubrir.

—Yelina, no puedo más. Se me van a caer los ojos si sigo mirando cinco minutos más el ordenador —dijo Knox desde la cama, quejándose.

Miré el reloj. Marcaba las seis y diez de la mañana.

Ni me lo pensé. Me acerqué a él, le quité el portátil de las manos y lo dejé en la mesa junto a mi tableta. Después cerré las persianas de golpe.

—Hasta las diez no tenemos que ir a hacer los interrogatorios individuales. Vamos a dormir, aunque sean tres horas. Necesitamos la mente despejada.

—Joder, sí —me contestó mientras se deslizaba por la cama para acomodarse.

—Pondré la alarma en el móvil a las nueve y media.

—Perfecto.

—Knox, piensas lo mismo que yo —le dije mientras me tumbaba en la cama.

—Sí.

—La desaparición es una farsa.

—Lo sé. Lo han preparado ellos. Ahora nos queda saber por qué.

—Creo saber el porqué.

—Pues madura la idea mientras duermes y, cuando me levante y sea persona de nuevo, me la cuentas.

Me eché a reír porque eso ya me lo dijo con los ojos cerrados y soltando un suspiro al final.

Cinco minutos después, los dos caímos rendidos por el sueño y el cansancio.

Capítulo 17



El sonido de mi móvil nos despertó a los dos a la vez.

E hicimos lo mismo: soltar una queja con una palabrota entre dientes.

—Joder, si hace cinco minutos que he apoyado la cabeza en la almohada. Es imposible que hayan pasado tres horas.

—Pues han pasado —dije mientras me sentaba en la cama con los ojos aún entrecerrados.

—Cuando volvamos a Washington, voy a pedirle a Sterling que las horas de no sueño nos las pague como extras.

La carcajada llenó la habitación.

—Estás tú apañado. Sí que te va a pagar, pero en chapas de chorizo.

—Por intentarlo no pierdo nada.

—Suerte, campeón —dije lanzándole una almohada.

—Joder, qué agresiva. ¿Te has levantado guerrera hoy o qué?

—Me he levantado con ganas de patear un par de culos. Porque, como nuestras sospechas se confirmen hoy y esos gilipollas hayan preparado todo esto, haciéndonos venir hasta aquí a hacernos perder el tiempo, no se van a poder sentar en una buena temporada, eso te lo juro.

—Pues ya puedes ir preparando la pierna porque…

Dejó la frase en el aire porque los dos sabíamos lo que había y teníamos ya bastantes sospechas y algunos indicios de lo que había pasado.

Pensábamos, y por el bien de Cassian, Jake y Sullivan esperaba estar equivocada, que hubieran preparado la desaparición para estar en el ojo del huracán unos días y que todo el mundo hablara de ellos.

Eso podía hacer que las ventas de sus discos subieran, que las entradas de los conciertos se agotaran en cuestión de minutos y que todo el *merchandising* que tenían a la venta en todo el mundo, tanto en tiendas como de manera *online*, se disparara.

Vamos, que pensábamos que habían preparado todo eso para que se hablara de ellos, para que su fama subiera, para que sus cuentas bancarias aumentaran y poder así arreglar la cagada que habían hecho administrando su capital.

Ahora solo faltaba pillarles en alguna mentira, hacer que cometieran un renuncio. En definitiva, dejarles con el culo al aire y que acabaran confesando lo que habían preparado.

Iba a ser difícil, muy difícil, porque ya habíamos visto el día anterior que estaban totalmente cerrados en banda.

Habían contestado preguntas, sí. Pero de una manera escueta y evitando decir más de la cuenta.

Sonreí para mis adentros mientras dejaba que el agua de la ducha me cayera por la cabeza y me acabara de despejar del todo, porque ellos no sabían una cosa que yo sí.

Ellos eran buenos, o creían serlo. Se creían buenos mentirosos y manipuladores, que ciertamente lo eran.

Pero lo que no sabían era que, gracias a haber crecido entre ellos y verlos mil veces, sobre todo a Sullivan y a Cassian, mentir y manipular sin medir las consecuencias, sin importarles el resultado mientras se salieran con la suya, sí habían llegado a todo lo alto, eso no lo podía negar.

Pero tampoco sabían que ver ese comportamiento durante años, que no vi claro, no entendí o no quise entender, había hecho en mí algo muy bueno.

Habían hecho que fuera muy buena detectando mentiras, viendo lo que la gente normal no veía y descubriendo, casi sin tener que esforzarme apenas, una mentira de lejos.

Y hasta pensé que, cuando todo terminara, a lo mejor tenía que darles las gracias, porque gracias a haber vivido con ellos esos años, desde que todo se descontroló y empezaron a cambiar y a comportarse como unos cabrones sin escrúpulos, había acabado en un trabajo que me encantaba y que, aunque estuviera mal que yo lo dijera, se me daba de puta madre.

Mientras me secaba y me vestía, no pude evitar pensar en esos años en los que yo veía lo que pasaba y, por lo ciega que estaba con Cassian o por la todavía inocencia que corría por mis venas en aquel entonces, no vi o no quise ver todo lo que pasaba.

Pero, navegando en mis recuerdos y recordando muchas conversaciones, muchas cosas que vieron mis ojos y muchas cosas que hicieron pensando que nadie los observaba o se enteraba de lo que hacían para subir más y más, ahora lo veía todo de otra manera.

Cómo Sullivan había amenazado a los dueños de los locales, no con claridad, pero sí sutilmente, con frases que parecían inocentes, para que les dejaran tocar tal o cual día, que era en el que más gente iba.

O, cómo otras veces, en fiestas o galas, siempre pasaba algo inesperado, algo que hacía que destacaran más que el resto para ser el centro de atención y la portada de las revistas al día siguiente.

Una caída de una mujer y Cassian o Jake de salvadores, cogiéndola al vuelo.

Una caricia a un niño o un abrazo que enternecía el corazón de la gente en un concierto y luego pagar entre bastidores a la madre, con amenaza incluida, para que cerrara la boca por haberles dejado usar a su hijo.

El quitarme a mí del medio, obligándome a alejarme para que las fans pensaran que Cassian estaba disponible y era accesible.

Eso fue algo que decidieron desde el principio. Porque el cantante que empezaba a despuntar no podía decir que estaba casado. Porque eso haría que muchas fans se decepcionaran y significaba menos dinero.

Por eso a mí no me conocía nadie. Siempre fui una novia y una mujer en las sombras y, si por cualquier circunstancia la prensa nos pillaba juntos, siempre declaraban que yo era una amiga de la infancia.

Que eso pasara tenía que admitir, y lo hacía, que fue culpa mía.

Me conformé porque lo quería, me conformé y tragué con ello porque, con palabras bonitas, me convenció de que era lo mejor para todos.

Que era lo mejor para el grupo, para mí y para llevar nuestra relación sin que nadie nos molestara y poder disfrutar de nuestro amor sin que nadie pusiera nada en duda o inventara mentiras.

Además de que a él, como tantas veces me había repetido hasta el cansancio, tenían que conocerlo por Cassian el cantante, no por nada relacionado conmigo, nuestro matrimonio o nada personal.

No debí consentirlo. No debí permitírselo. Debí plantarme, como tantas veces me aconsejaron mi padre y Joy, pero no lo hice y quizá por eso las cosas acabaron como lo hicieron.

Pero ya era tarde para lamentaciones.

El destino, su manera de hacer las cosas y la falta de firmeza de la mía así lo habían querido y ya no había marcha atrás.

Salí a la habitación y allí estaba ya Knox esperándome.

Con cara de sueño, concentración y, por qué no decirlo, un cabreo contenido por la situación que se asemejaba mucho al que yo sentía.

—¿Nos vamos?

—Sí, aunque ya te aviso que, aun sabiendo que vamos, no creo que estén levantados, al menos no todos. Lo suyo no es madrugar.

Gruñó mientras salíamos por la puerta y yo contuve la risa. Porque, si a Knox había algo que le jodía más que nada, era la impuntualidad y tener que esperar por alguien con quien tuviera una cita o hubiera quedado para algo.

—Tranquilo, que algo se me ocurrirá para despertarlos.

Me miró de medio lado y, al ver mi sonrisilla, su cara seria mutó a una sonrisa también.

—Vas a disfrutar haciéndolo, ¿no?

—Ni te imaginas cuánto.

Nos miramos y soltamos una carcajada a la vez.

Llegamos a la casa de Cassian en nada de tiempo y, para no variar, fue Jenny quien nos abrió la puerta.

El día anterior ya nos había contado que no vivía interna, pero poco le faltaba, porque se pasaba allí más horas que un sereno.

Era soltera, no tenía familia y apenas amistades, así que, aunque el trabajo era constante porque la casa casi siempre estaba llena de gente, prefería estar ocupada allí antes que sola en la suya.

—Buenos días, Jenny.

—Buenos días, señores.

—Por favor, ya te dije ayer que no nos llamaras señores.

Sonrió de medio lado.

—Es que no me sale hacerlo de otra manera.

—Pues practica —dijo Knox, haciéndola reír.

—Pasen. Acabo de servir el desayuno en el salón para los que están levantados. ¿A un café al menos no me dirán que no?

—Ni a un desayuno tampoco, venimos con un café aguado en el estómago —dijo Knox poniendo cara de cachorrillo.

—Jenny, si has puesto dulces en ese desayuno, ya le tienes ganado para toda la vida —dije mientras pasábamos al vestíbulo.

—Hice tortitas porque sé que al señor Holloway le encantan y un bizcocho de mármol que le gusta a todos.

Knox soltó una risita mientras se relamía pensando en las tortitas.

—Cada vez me cae mejor Tyler —dijo, haciéndonos reír a las dos.

En eso era en algo que Knox y Tyler se parecían: los dos eran unos golosos a los que les pirraban los dulces.

Sonreí con tristeza por todas las veces que Joy había dicho durante los últimos años cuánto echaba de menos ver a Tyler disfrutar de sus dulces y lo agradecido que era por simple que fuera lo que hacía y que él se comía como si fuera el mejor manjar del mundo.

—Les digo como ayer: si necesitan algo, no duden en pedírmelo.

Asentimos a la vez y contestamos a la vez también.

—Gracias, Jenny.

Ella se fue de camino a la cocina y nosotros hacia el salón.

Como me esperaba y ya le había avisado a Knox, allí en el salón estaban las personas que yo sabía que estarían.

Las responsables y las más sensatas.

Capítulo 18



En el salón, hablando en voz baja, estaban Tyler, Sarah y Rachel. De los demás, ni rastro.

—Buenos días —dijimos Knox y yo a la vez al entrar.

—Buenos días —contestaron todos.

—Chicos, sentaos. Os pondré algo de desayuno, seguro que venís solo con un café —nos pidió Sarah, levantándose.

—Sarah, tenemos manos. Siéntate, por favor.

—Hay tortitas. Sin que me oiga Jenny, no son como las de tu madre, pero no están mal —dijo Tyler en voz baja cuando me senté a su lado.

—Las tortitas de Joy son insuperables. Y todo lo demás también, tiene unas manos… —le contestó Knox.

—A ti todo te viene bien, hijo, eres un pozo sin fondo. El último día que dormiste en mi casa te desayunaste las seis magdalenas que me dio mi madre —dije quejándome.

Al oírme decir que Knox dormía en mi casa, vi cómo la sonrisa que tenía Tyler en la cara se le borró en el acto, pensando seguramente lo que no era.

No sabía por qué, pero algo dentro de mí necesitaba aclararle que entre Knox y yo no había nada. Pero no era plan de soltarlo así sin más.

Al parecer, la suerte estaba de mi lado porque Sarah preguntó por ello y me dio la opción de dejarlo claro.

—¿Al final habéis acabado siendo pareja?

Tyler se tensó todavía más, esperando nuestra respuesta, y el capullo de Knox, que se había dado cuenta de todo, me miró sonriendo de medio lado.

Le puse los ojos en blanco antes de contestar.

—En la vida podríamos ser pareja.

—¿Por qué? —preguntó Tyler.

—Porque sería incesto. Los dos nos consideramos hermanos de corazón —contestó Knox.

—Pues Yelina tiene mucha suerte. No se encuentran así como así amigos que sean como hermanos. Y ella tiene al menos a tres. Justo los que están sentados en esta mesa.

—Sí, eso somos, o al menos lo éramos en el pasado —dijo Tyler sonriendo.

Pero una sonrisa que no llegó a sus ojos y que hizo que Knox, Rachel y yo cruzáramos una mirada entendiéndonos a la perfección.

Todos, en esa mirada, pensamos lo mismo: que Tyler había sido mi amigo, el mejor, pero siempre quiso ser algo más.

Era mejor no meterse en esos jardines. En esos momentos teníamos cosas más urgentes que resolver, así que cambié de tema de forma radical.

—¿Dónde están los demás?

Rachel gruñó, Tyler hizo lo mismo y Sarah suspiró a la vez que negaba con la cabeza.

—Aquí no se perdona el trasnochar ni aunque no se salga de casa. Los cuatro se montaron en la piscina y en el jardín su fiestita particular —dijo Rachel de mala leche.

—No esperéis que se levanten antes del mediodía; se han acostado casi al amanecer —nos informó Tyler.

—No se lo creen ni ellos. En cinco minutos estarán aquí.

Tyler soltó una risita.

—¿Y qué vas a hacer, levantarlos a tiros?

—No le des ideas, que la tientan demasiado, te lo pido por favor —le dijo Knox.

—¿A Cassian le sigue entusiasmando la música clásica?

Esa pregunta venía a cuento de que a Cassian le horrorizaba la música clásica. Siempre la había odiado y solo con oírla se ponía de los nervios.

Tyler me miró con una ceja alzada y, al ver mis intenciones solo por la sonrisa traviesa que tenía, soltó una carcajada.

—¿No serás capaz?

—Vaya que sí. Espera y verás —dije levantándome de la silla.

Rachel, al entender también lo que iba a hacer, se echó a reír.

—La mañana se va a animar en breve. ¿Puedo grabarlo? —dijo sin dejar de reír.

Knox se inclinó hacia ella y le preguntó, demasiado cerca de la cara, qué era lo que pasaba. Ella se lo explicó en dos frases y Knox se unió a sus risas y a las de Tyler mientras yo me acercaba al equipo de música que había en el salón.

No era el mismo equipo de música que había cuando yo vivía allí, algo lógico teniendo en cuenta los años que habían pasado. Este era mucho más moderno y carísimo, de esos que solo con verlos ya intimidan. Aun así, no me costó nada encenderlo y conectar mi móvil para que la canción que ya tenía en mente sonara por los altavoces de toda la casa.

Sonreí de forma diabólica en cuanto la busqué en mi teléfono.

Conocer a Cassian y saber cómo sacarle de sus casillas era un punto extra para mí.

Miré a los cuatro, que seguían sentados en la mesa expectantes, aunque seguramente Tyler y Rachel sabían qué canción iba a elegir, y les guiñé un ojo.

—Que empiece el baile —dije a la vez que pulsaba el botón del equipo de música.

Un segundo después, no solo el salón se llenó de las primeras notas de una canción conocida en el mundo entero y que cualquiera reconocía, aunque no le gustara la música clásica, porque era de uno de los mejores compositores que había existido de todos los tiempos.

Ni las risas altas de todos los que estábamos en el salón se podían oír porque el volumen no lo puse precisamente bajo, sino a todo lo que daba el equipo.

Vamos, que, si me apuraban un poco, lo podrían oír casi mis padres desde Washington.

Conté mentalmente lo que tardó Cassian en aparecer en el salón seguido de Sullivan y sus dos chicas.

Exactamente un minuto y medio.

Ahora, por la salud ocular y mental de los que estábamos en el salón, mejor que hubieran tardado cinco y se hubieran presentado al menos ellas un poco más decentes.

Cassian, con una cara entre sueño y furia, entró corriendo en el salón en calzoncillos, un bóxer muy mono de dibujos animados, por cierto, que me hizo contener la risa.

Sullivan llegó con cara de susto de la misma guisa, pero sus calzoncillos eran un slip negro que me hizo apartar la mirada del asco que me dio. Desde luego que derrochaba erotismo por los cuatro costados con eso puesto; la panza que parecía que estuviera embarazado de nueve meses y sus patas de alambre eran para poner a tono a cualquiera.

Y las dos «señoritas», por llamarlas de alguna manera, habían llegado con cara de sorpresa, desconcierto y también algo de miedo, pero de una manera que daba pena verlas.

Las dos tenían el pelo que parecía un nido de pájaros, el maquillaje corrido que las hacía parecer que se habían rebozado en betún y, como única prenda, llevaban un tanga, si es que a ese cacho de tela se le podía llamar así.

En definitiva, que venían luciendo tetas sin importarles quién estuviera en la casa. Había que tener poca vergüenza, de verdad.

Y que no lo decía por mí, de verdad que no.

Porque, al fin y al cabo, a mí me daba completamente igual. Después de haber visto varios muertos, o más bien bastantes, en todos los años que llevaba en el FBI, mis ojos y mi mente estaban acostumbrados a ver de todo.

Pero me daba rabia por Sarah, que al verlas entrar así apartó la mirada, apurada, y pasando ella la vergüenza que esas marranas no tenían.

—¡Estás loca! —gritó Cassian acercándose a toda prisa al equipo para apagarlo.

Me puse delante con los brazos cruzados para no dejarle acceder al botón.

—¡Linny, joder, apártate o apaga eso de una puta vez!

—¡Si es preciosa! ¿No te gusta?

—¡Me *caguen la puta*! ¡Sabes que la odio, joder!

No me pude aguantar más y estallé en carcajadas, tantas que hasta me tuve que doblar.

Al levantar la cabeza, vi que parte del enfado que tenía al principio se le había pasado y hasta sonreía al verme así.

Pensé que no solo a él, sino que ya nos había castigado a todos bastante con el sonido que retumbaba tan alto que hasta llegaba a hacer daño en los oídos.

Que la canción en sí era bonita, una obra maestra la consideraban muchos, pero para disfrutarla a un volumen normal, claro.

Así que me di la vuelta y apagué el equipo.

Dios… hasta me zumbaban los oídos al hacerse el silencio.

Cassian soltó el aire que estaba conteniendo y murmuró un «gracias» apenas perceptible entre dientes.

—Pensé que con el paso de los años tus gustos musicales se habrían afinado y habrías empezado a amar esa música.

—Muy graciosa.

—Y tú sigues teniendo el mismo mal humor cuando te levantas.

—Es que no tendría que haberme levantado, joder. Apenas hace un par de horas que me he acostado.

—Eso no es mi problema. Sabías de sobra que íbamos a venir a hablar temprano, haberte ido a la cama antes. Yo tampoco he dormido y no vengo a contarte mis penas.

—¿Por qué no has dormido?

—Pues mira, porque hacía tanto que no venía a Nueva York que me he dicho: voy a hacer turismo para ver lo que ha cambiado la ciudad —dije poniendo los ojos en blanco.

Vi por el rabillo del ojo cómo su chica se acercaba a nosotros. También vi cómo Knox me miraba conteniendo la risa porque sabía que la Barbie morena iba a salir escaldada.

—Cassian, cariño, vamos a la cama. Y haz el favor de decirle a esta loca que no moleste y ya de paso que no toque nada de la casa.

Cerré un segundo los ojos para intentar controlarme y no arrastrarla hasta la calle y tirarla, sin despeinarme, no como estaba ella, al contenedor de la basura más cercano.

—Cassian, cariño, dile a tu chica que, si quiere conservar todos los dientes antes de que acabe el día, salga fuera de mi vista —dije poniendo la misma voz de tonta que tenía ella.

Vi cómo la morena se envalentonaba al ver que Cassian se había quedado conteniendo la respiración y se encaró conmigo, poniéndose recta y marcando más esas tetas operadas que tenía.

Verás tú que al final sí que la tengo que arrastrar. Joder, no puede ser que me lo ponga tan fácil, pensé mientras me cruzaba de brazos para poder contenerme un poco más.

—¿Con qué derecho te crees para llamarle cariño?

Acabáramos. Que era eso lo que más le había molestado.

—Pues mira, algo más de derecho que tú sí que tengo, guapa.

—¿Por qué?

Vi cómo Cassian me rogaba con la mirada que no lo hiciera, que no dijera la verdad.

Pues vas a joderte, porque voy a hacerlo, le dije con la mirada, sonriendo.

—Porque soy su mujer.

Cassian se llevó la mano a la cara y se la pasó por ella, nervioso. Sullivan resopló tan alto que, aun estando en la otra punta del salón, lo oí. Como también oí el jadeo de su chica, que estaba a su ladito agarrándose a su brazo.

—Eso no es posible. Cassian no está casado.

—Sí lo está, concretamente desde hace nueve años. Al menos hasta que firmemos el divorcio.

La chica giró la cabeza tan rápido para mirar a Cassian que pensé que se le partiría el cuello.

—¿Es cierto? ¿Es cierto lo que dice?

Cassian seguía mudo, sin saber qué coño contestar.

—Lo es —dijo Rachel, que estaba disfrutando con la escena como si estuviera en el cine. Solo le faltaban las palomitas.

—No me lo puedo creer. Llevamos dos meses juntos y no me has dicho que estás casado.

Solté una carcajada sin poder evitarlo.

Dos meses, había dicho. Dos putos meses llevaba con Cassian y pretendía saber todo de su vida. Pues vas apañada, hija. Ni en dos vidas te contaría ni la mitad de lo que hace ni de lo que ha hecho. Pues no era cuco el mozo como para contarte a ti ni a nadie nada que no le interesara que se supiera.

Negué con la cabeza y no quise seguir oyendo más tonterías. Había mucho que hacer y hacerlo cuanto antes para poder saber dónde narices estaba Jake y poder volverme a mi casa.

—Mira, no tengo tiempo para esta mierda. Como os dije ayer, estoy aquí por un motivo en concreto. Los problemillas de pareja no son mi especialidad, aunque sea psicóloga. Pero, si queréis el número de un colega muy bueno, os lo daré encantada.

—Yelina —dijo Knox y yo asentí.

—¿Con quién empiezas?

—Yo me llevo a Cassian. Tú empieza con Sullivan. Así después los señores pueden volver a la cama hasta mañana si así lo desean.

—¿Empezar con qué?

—Con las clases de baile, no te jode —le contesté a Cassian, que me miraba sin entender.

—¿Qué clases? —preguntó su chica.

Señor, dame paciencia, le rogué mentalmente. Porque, de verdad, estaba al límite de terminar la mía y cuando eso pasaba, pasaban cosas.

Y cosas no muy buenas para los que estaban a mi alrededor.

Como que se tropezaran o se les cayera una teja en la cabeza, por ejemplo.

—Vale, voy a explicar lo que vamos a hacer hoy para que a todos os quede claro y luego no venga nadie a preguntar chorradas.

Cogí aire y les dije que yo hablaría con Cassian en el jardín. Knox lo haría con Sullivan en el despacho que había en la casa. Que al acabar los siguientes serían Tyler conmigo y Rachel con él. Y por último, yo hablaría con Sarah y Knox con Jenny.

—¿Y nosotras? —preguntó la chica de Sullivan.

—Vosotras hoy quedáis exentas de preguntas. Mañana ya veremos. Así que, si queréis, podéis iros a la cama a seguir durmiendo —le respondió Knox.

Sin decir ni una palabra, las dos salieron del salón y, moviendo bien sus generosas curvas, se fueron, supusimos que a la cama.

—Cassian, vamos —le pedí sin esperarle, mientras salía del salón.

Capítulo 19



Tyler

Intenté evitar mirar cómo Cassian y Yelina se marchaban juntos y sonrientes del salón. Lo intenté, de verdad que sí. Pero no lo conseguí.

Desde el día anterior, desde que ella había vuelto a aparecer, en cuanto entraba en mi campo de visión, me era imposible apartar los ojos de ella.

Aunque había intentado disimular todo lo posible para que nadie se diera cuenta. Eso no me suponía mucha dificultad, ya que lo había hecho tantas veces en el pasado que lo tenía totalmente controlado. O eso creía yo.

Me removí en la silla y me pasé las manos por la cara.

Estaba agotado.

Cassian, Sullivan y las chicas apenas habían dormido.

Pero es que yo lo había hecho mucho menos.

Bueno, ni menos ni nada. Es que directamente no había dormido. Ni siquiera me había acostado, pues mucho menos dormir.

Aunque yo por motivos muy diferentes a los de los demás.

No, yo no había estado de fiesta como ellos. Había estado pensando.

Sí, pensando toda la noche.

Pensé en muchas cosas.

En Yelina, sobre todo. En lo bonita que estaba, en la mujer admirable en la que se había convertido, en lo mucho que la seguía queriendo.

Cosa de la que ni ella ni nadie tenía ni idea.

La quería desde que éramos apenas unos niños. Desde esos años en los que te das cuenta de que lo que sientes por otra persona es distinto a lo que sientes por el resto.

Porque sí, siempre fue distinto a lo que podía sentir por Rachel, por ejemplo, o por alguno de los chicos.

Me di cuenta pronto de que estaba enamorado de ella, al igual que también me di cuenta de que jamás tendría una posibilidad de que ella pudiera llegar a sentir por mí nada que no fuera amistad.

Porque, desde que era una niña, todos vimos claro en quién había posado sus ojos y a quién había entregado su corazón.

Sonreí con tristeza, esa tristeza con la que llevaba conviviendo media vida, mientras me tomaba el último sorbo de café que me quedaba, que me supo tan amargo como me supo el momento, hacía ya siete años, cuando una mañana cualquiera Cassian nos dijo a Sullivan, a Jake y a mí que Yelina se había largado.

Cómo no iba a largarse, pensé mientras nos lo decía.

Harta y con el corazón roto. Así terminó, y era normal que rompiera con todo y se largara para no seguir sufriendo al lado del que era su marido.

Un marido que no la valoraba, uno que la mantenía oculta para el resto del mundo.

Uno que la perdió por dejarse deslumbrar por la fama y perderse él por el camino, dejándose seducir por un mundo que aparentemente lucía muy bien, pero en el que solo había excesos dañinos, hipocresía y amistades falsas que solo querían estar a tu lado por interés.

Era horrible oírla llorar día sí y día también por los desplantes que le hacía Cassian.

Y por las contestaciones dañinas y subidas de tono con las que se dirigía a ella y por lo de lado que la dejaba para todo.

Cómo no iba a dejarla de lado, si a él no le interesaba que supiera nada de lo que hacía.

Los demás lo sabíamos todo y eso era lo que más pesaba: saberlo y no poder contárselo porque Cassian nos amenazaba si le insinuábamos que, si no quería seguir con ella, la dejara, pero que no la tratara así.

Pero él, como el egoísta que era, nunca lo hizo.

Para él era perfecto tener en casa a una mujer que le quería, que se aseguraba de que todo marchara bien y que seguía ahí, esperándole. Y, por mucho que doliera admitirlo, a esas alturas ya no creo que ni ella misma pudiera ignorar lo evidente: también la quería disponible para acostarse con ella cuando le apetecía, siempre que antes no lo hubiera hecho con la primera cría que se le pusiera a tiro.

Eso fue su rutina durante el último año, hasta que Yelina dijo basta y se marchó.

Cada vez consumía más drogas, bebía sin medida y se acostaba con cualquier mujer que se le acercara.

Llegó un momento en el que le daba igual una que dos, o incluso tres en el mismo día… o a la vez.

En el fondo, cuando se fue, me alegré, aunque yo también la perdí.

Me alegré porque sabía que, con la ayuda de sus padres, allá donde se la llevaran, que ahora sabía que había sido a Washington, conseguiría seguir adelante y ser feliz.

¿Me dolió que a mí también me dejara atrás?

Pues sí, en eso no voy a mentir. Más que dolerme, me destrozó.

Porque pensé que, pese a todo, me consideraba un buen amigo y, si había estado a su lado apoyándola el último año, pensé que podría haber seguido haciéndolo en la distancia.

Esperé días, semanas e incluso meses a que llegara una llamada, un mensaje, un correo, algo con lo que me hiciera saber que al menos estaba bien y que pudiéramos hablar, aunque fuera a espaldas de Cassian si ella así lo quería.

Pero eso nunca llegó y, después del primer año, perdí la esperanza de volver a verla, al igual que de que ella se pusiera en contacto conmigo.

Esperanza que no perdí en vano, porque ahí teníamos el resultado.

No volví a saber nada de ella en los siguientes siete años y, si no fuera porque Jake había desaparecido, estaba más que seguro de que nunca más la habría vuelto a ver.

Con el paso de los años pensé que ese enamoramiento que tenía por ella, al no verla, se me había ido pasando.

Qué idiota e iluso había sido.

Porque nada más verla el día anterior, cuando entró en el salón dejándonos a todos con la boca abierta, solo me hicieron falta dos segundos para darme cuenta de que mis sentimientos por ella seguían intactos.

Cerré los ojos un segundo para que el escozor que tenía por haberme pasado la noche en vela desapareciera. Al abrirlos, nada, ahí seguía.

Pensé que no solo me había pasado toda la noche pensando en Yelina y en cómo había vuelto, y al parecer, aunque nadie lo sospechara todavía, yo sí lo hacía; lo había hecho para quedarse.

Porque había visto muy bien cómo la había mirado Cassian, cómo la miró siempre, como si fuera suya, como si fuera una propiedad y no una persona.

Y esta vez estaba seguro de que haría lo que hiciera falta para retenerla a su lado.

Pero, aparte de todo eso que me destrozó pensarlo durante horas, también había pensado en Jake.

¿En dónde coño estaría?

¿En si le habría pasado algo?

Que, con la vida que llevaba, no sería nada raro. Porque, si Cassian se desfasó y aún lo seguía haciendo, aunque a un ritmo muchísimo más bajo que no tenía nada que ver con el del principio, Jake había sido lo contrario.

El pequeño de los Whitaker estaba en esos momentos totalmente desfasado y perdidísimo.

Había intentado ayudarles a ambos, Dios sabe cuánto lo había intentado, pero es imposible luchar con alguien que no quiere ayuda y que, por más que insistas, no te escucha ni una sola palabra ni acepta ni uno solo de tus consejos.

Así que, como de todo se cansa uno, ya hacía al menos tres años que yo estaba totalmente desvinculado de ellos y de sus mierdas.

Seguía tocando con ellos, sí.

Pero hasta ahí.

Esa era toda la relación que nos unía. Hasta nuestra amistad, que parecía ser irrompible, había desaparecido.

—¿Tyler?

La voz de Rachel me sacó de la burbuja en la que había vuelto a meterme, pensando otra vez en lo mismo que había hecho durante toda la noche. Levanté la vista y vi que nos habíamos quedado los dos solos en el salón.

—Dime.

—Te preguntaba si quieres otro café.

—Sí, por favor. Estoy un poco adormilado todavía.

—Soy yo, ¿vale?

—¿Qué?

—Que no hace falta que me mientas o te excuses. Sé que no has dormido en toda la noche. Mi habitación está pegada a la tuya y te he oído deambular por ella todo el tiempo.

Sonreí. Porque qué remedio me quedaba. Rachel tenía toda la razón y a ella, como había dicho, no le daba excusas.

Al menos no las mismas que al resto.

Rachel y yo siempre nos llevamos bien. No era esa amistad demoledora que tenía con Yelina, pero era una amistad construida con los años y que, además, en los últimos se había vuelto más fuerte porque al parecer éramos los dos que íbamos aparte del resto.

Ella confiaba en mí y yo en ella. Sabía cosas de mí que casi nadie sabía.

Como, por ejemplo, que había estudiado Gestión de Empresas y Economía sin que los chicos lo supieran.

Al igual que yo sabía, por su boca, que ya no podía más y que iba a dejar a Jake. Y bendita la hora en la que por fin había decidido dar el paso porque, joder, si Cassian fue un cabrón con Yelina, Jake lo era mucho más con Rachel.

—Tienes razón, no he pegado ojo. He estado toda la noche dando vueltas a muchas cosas.

Miré el reloj y comprobé que ya había pasado más de media hora desde que Cassian y Yelina se habían ido. Sin poder evitarlo, volví la vista hacia la puerta del jardín con la absurda esperanza de verlos regresar de un momento a otro.

Pero no. No se les veía por ninguna parte y la mesa, que desde donde estábamos sentados se veía perfectamente, seguía vacía.

—En el pasado disimulabas mejor —me dijo antes de soltar una risilla.

—No sé de qué me hablas.

—Sabes de sobra de qué te hablo, Tyler.

—No.

Mentí, sí, lo hice. Porque, por la manera en la que me estaba mirando Rachel, se me estaba encogiendo el estómago al pensar que podía saber lo que sentía por Yelina.

—Lo he sabido siempre.

Mi corazón se aceleró.

No, no, no podía ser cierto, grité en mi cabeza.

—¿El qué? —me atreví a preguntar para salir de dudas.

—Que la quieres. Que llevas enamorado de ella desde que eras un crío.

Pues sí, sí que lo sabía y, total, ya qué más daba. Sabía que ella no le diría nada a Yelina, así que me rendí.

—Da igual.

—No da igual. Quizá las cosas ahora puedan ser diferentes.

Solté una risa amarga.

—¿Diferentes? No, Rachel, nada va a ser diferente. Será igual que siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Van a volver a estar juntos.

Ahí fue ella la que se echó a reír.

—Ni de coña va a pasar eso.

—Sí pasará. He visto cómo la mira Cassian. No la dejará marchar y sé que ella aún le quiere. Su amor solo ha estado apartado unos años, pero sigue ahí, al igual que el mío por ella seguirá dentro de mí toda la vida.

Rachel iba a decirme algo más, pero dos risas que los dos conocíamos muy bien nos hicieron girar la cabeza hacia el jardín, que era de donde venían.

Andando uno al lado del otro venían Cassian y Yelina riéndose.

Verlos así fue como un mazazo enorme. Porque daban la razón a las palabras que acababa de decirle a Rachel. Era como verlos juntos diez años atrás, cuando la fama aún no había jodido lo suyo.

Y, si eso fuera poco para confirmar mis pensamientos, los dos nos dimos cuenta de que Yelina venía un poco despeinada y con los labios algo hinchados.

Se habían besado.

—Ahí tienes la confirmación —dije con amargura señalándoles con la cabeza.

—Tyler… —susurró Rachel con la voz llena de pena.

—Tranquila. Siempre he sabido que nunca me miraría. Que yo nunca podría ser nada más que su amigo, si me dejaba. Ahora ni eso soy. Lo tengo asumido. Nunca tuve la esperanza de que algo pasara.

—No puede ser verdad. No puede volver con él… Yo sé que…

Su frase se quedó a medias porque los dos entraron en el salón, partiéndome el alma al verlos otra vez juntos.

—Tyler, vamos fuera, eres el siguiente —me dijo nada más llegar a la mesa.

Me levanté sin decir nada y evitando la mirada de todos para ir al jardín.

Capítulo 20



Salí al jardín con Cassian pisándome los talones, pero mientras caminaba no iba pensando ni en él ni en Jake.

Mi cabeza estaba en Tyler, en la mirada desolada con la que se nos había quedado mirando al vernos marcharnos juntos. Una mirada que ya le había visto demasiadas veces en el pasado, cuando Cassian y yo aún estábamos juntos.

Ya sabía, por lo que me había dicho el día anterior, que daba por hecho que iba a volver con Cassian.

Y sí, como le había confesado a Knox unas horas antes, al verle de nuevo, algo se me removió por dentro. Pero en ese momento, mientras avanzábamos hacia los balancines junto a la piscina, ya tenía clarísimo qué era exactamente lo que había sentido al tenerle delante otra vez.

Lo entendí porque, al verle por segunda vez, todo dentro de mí se colocó de golpe. Todas esas dudas y emociones confusas encajaron con una precisión casi dolorosa, como las últimas piezas de un puzle que por fin termina de completarse.

Había sentido nostalgia por lo que fuimos.

Había sentido cariño por los momentos buenos, porque esos no podía borrarlos. Habían formado parte de nuestra vida durante años.

También rabia. Por cómo dejó que todo se fuera al traste. Por cómo permitió que el amor que nos teníamos quedara relegado al último rincón de su vida, por detrás de los excesos, la fama y el desfase.

Había sentido muchas cosas.

Deseo y atracción también, no iba a negarlo. Porque, joder, Cassian seguía siendo un hombre capaz de quitarle el hipo a cualquiera de lo guapo, atractivo y bueno que estaba.

Pero ese deseo y esa atracción los había sentido también con algunos de los hombres con los que me había acostado durante los últimos años en Washington.

Y eso era todo. Deseo. Atracción. Nada más.

Pero, desde luego, lo que no había sentido al verle era amor.

Ese murió cuando me marché.

O quizá, siendo sincera conmigo misma, había muerto mucho antes, aunque yo, por cabezota, ilusa e inmadura, me hubiera empeñado en aferrarme a la idea de que todavía le quería.

Pero no.

Me había dado cuenta unos minutos antes de que, cuando me marché, ya no le quería. Ya no estaba enamorada de él.

Y no solo por todo lo que me había hecho, matando ese amor poco a poco, sino porque hacía tiempo, aunque me lo quise negar a mí misma, principalmente por miedo, que mi corazón era desde hacía tiempo de otra persona.

De Tyler, concretamente.

No había sido un amor que apareciera de repente ni porque yo estuviera dolida o despechada a todas horas por todo lo que me hacía Cassian, no.

Había sido un amor que llegó poco a poco, que se coció dentro de mí a fuego lento, mientras compartíamos risas, confidencias, lágrimas también, las mías, no las suyas. Mientras compartíamos salidas, cenas y comidas. Vamos, que hacía con él todo lo que debería haber hecho con mi marido.

Pues todo ese tiempo juntos hizo que, de quererle como a un amigo, pasara a verle y a quererle de otra manera.

Sonreí antes de sentarme.

Pero sonreí con amargura.

Porque, si no hubiera estado tan cegada en aquel momento por el daño que me hacía Cassian, quizá las cosas ahora serían muy diferentes. Porque estaba segura de que a Tyler y a mí nos habría ido muy bien juntos.

Pero ya no valía la pena pensar en lo que pudo ser y no fue.

Lo único que podía hacer era conseguir que Jake volviera, cerrar mi capítulo con Cassian y después, solo después, ver si lo mío con Tyler podía tener algún futuro.

—Estás muy pensativa —dijo Cassian sentándose a mi lado.

Cerca. Se sentó cerca.

Demasiado para alguien a quien, el día anterior, al verme, al parecer no le había hecho la más mínima gracia.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En muchas cosas.

—Yo también estoy pensando. ¿Quieres saber qué pienso en estos momentos?

—Sí, si no hay más remedio —dije poniendo los ojos en blanco.

—Antes no eras así de irónica. Antes no eras tan fuerte ni tan echada para adelante.

—He cambiado.

Giré la cabeza y le miré directamente a los ojos y lo que vi en ellos no me gustó nada de nada.

Lo que vi en ellos lo reconocí perfectamente, porque lo había visto mil veces en el pasado.

Posesión.

Esa posesión hacia mí que siempre había tenido. Esa posesión que tanto Rachel como mis padres me habían repetido infinidad de veces a lo largo de los años que no era sana. Que era una manera de querer, sí, pero no una forma sana de hacerlo.

Pues vas listo si piensas que voy a dejarme manipular otra vez, vas listo si piensas que voy a volver a aferrarme a ti, pensé mientras seguía mirándole, intentando adivinar qué intenciones tenía.

Y lo vi.

Lo vi claramente un segundo después.

Vi el deseo en sus ojos, al igual que vi que haría lo que fuera por volver a tenerme.

Y me dio pena ver eso.

Porque ahí vi claramente lo que nunca había querido ni admitirme a mí misma porque dolía saber la verdad.

Esa verdad demoledora, esa verdad horrible, pero muy reveladora.

Esa verdad que me decía que nunca me había querido, al menos no como yo a él. Que por su parte solo hubo siempre deseo, atracción y posesión, pero no ese amor limpio con el que se quiere a otra persona por encima de todo.

—Pues yo te sigo viendo preciosa. Como siempre.

Y ahí estaba su manera de querer engancharme. Primero con palabras bonitas, después llegarían los gestos y, después, la manipulación para que me hiciera dependiente de él, como me había pasado siendo una cría.

Pero es que eso ya no le iba a funcionar, porque ya no era una cría enamorada que se dejaba engatusar por la labia que tenía, por esos ojos que hipnotizaban y por ese carisma arrollador que siempre había tenido.

—Lo importante no es cómo siga siendo por fuera, sino por dentro, y ahí te aseguro que no soy la misma.

—La esencia de una persona no se pierde. Yo sé que tienes una fachada que te has puesto para protegerte. Pero mi Linny sigue ahí.

Se acercó y me agarró la mano, entrelazando nuestros dedos.

¿Me aparté?

Pues no. Quería saber hasta dónde era capaz de llegar por salirse con la suya. Además, dejarle hacer eso y dejarle creer que me iba a ganar de nuevo me daba una ventaja.

La ventaja de hacerle preguntas sobre lo de Jake es que contestaría sin pararse a pensarlas, arriesgándose a hablar más de la cuenta o a meter la pata por descentrarse y pensar en cómo manipularme.

—Cassian…

—Dime, preciosa.

—Tenemos que hablar de Jake.

Bufó.

—Estoy seguro de que no le han secuestrado; si no, nos habrían pedido un rescate. Como también estoy seguro de que aparecerá pronto. Tiene que aparecer, todos estamos muy preocupados.

¿Preocupado?

Mentira.

Pero una mentira como una casa de grande. No estaba ni un poco preocupado. Una cosa era lo que dijera su boca y otra muy distinta lo que me decían sus ojos.

Esos ojos a los que yo había mirado miles de veces en el pasado y que conocía de sobra cuando mentían. Habían sido tantas las mentiras que me contó que, sin apenas esforzarme, sabía distinguir perfectamente cuándo lo hacía.

Y en esos momentos lo estaba haciendo.

Los siguientes diez minutos le hice algunas preguntas más. Todas, a simple vista, de lo más inofensivas, que contestó como si fuera un robot. Señal de que las respuestas no le salían solas en ese momento, sino de que las tenía pensadas de antes.

Le pregunté si tenía problemas con alguien, bien de dinero o por alguna pelea.

Me contestó que no. Que a Jake le adoraba todo el mundo y que nunca había tenido problemas con nadie. Así como también me dijo que problemas de dinero tampoco tenía, ni con nadie ni él mismo.

Desde luego, no tenía por qué saber cómo trabajábamos en el FBI. No tenía por qué saber que investigábamos muy a fondo en la vida de la víctima, tanto que algunas veces hasta acabábamos sabiendo el día que se le cayó su primer diente.

Pero, joder, qué menos que pensar que, si la cosa se alargaba, podríamos querer saber su situación financiera, por ejemplo, y eso con una autorización en el banco nos lo dirían todo sin poder negarse.

Pues, al parecer, Cassian sabría mucho de letras de canciones, de mentir y de manipular, pero no tenía ni puta idea de hasta dónde podríamos llegar para encontrar a alguien.

Solo necesité esa media hora que estuvimos en el jardín, las respuestas que me dio y leer su lenguaje corporal, ese que me dijo que estaba incómodo contestando, además de intentar retirarme la mirada cuando hablaba, para saber y confirmar que estaba implicado en la desaparición, como Knox y yo habíamos pensado.

—Ya hemos terminado.

—Aún no.

Al decir eso y por cómo me miró, supe lo que iba a hacer y le dejé hacer.

Me agarró la cara y, sin dudar ni un segundo, se lanzó a mis labios.

El beso, por su parte, fue hambriento, fue posesivo, fue como sabía que tenía que ser para que me derritiera en sus brazos, como tantas veces había hecho en el pasado.

Le correspondí como esperaba.

Le correspondí para que no sospechara que era yo la que le tenía donde quería y no al revés, como él pensaba.

Cuando quiso ir más allá, le frené con sutileza. Ni de coña iba a dejar que se metiera entre mis piernas y mucho menos ahí, en el jardín, a la vista de cualquiera.

Yo no era una de sus fulanas, que no tenían decencia.

Así que, manipulándole yo en esa ocasión y diciéndole que más tarde, conseguí que claudicara y volviéramos al salón.

Capítulo 21



En el camino hasta el salón le dejé que se confiara. Bromeó. Reí e hice de tripas corazón, conteniéndome para no darle una hostia y partirle los dientes o, si me calentaba un poco más, pegarle un tiro.

Porque, aunque iba riéndole las gracias y fingiendo estar encantada por nuestro reencuentro, por dentro la sangre me hervía.

Había que ser cabrón —por decirlo de una manera suave— para haber sido partícipe, o incluso pudiera ser que lo de la desaparición de Jake hubiera sido idea suya; eso aún me quedaba por descubrirlo, y estar tan tranquilo.

Sí, había que ser un desalmado, como Sullivan, de quien estaba segura de que también estaba metido en el ajo, igual que el descerebrado de Jake, para hacer algo así por dinero.

Por dinero, por egoísmo y por seguir aferrados a una vida de lujos y excesos que, sinceramente, no les había hecho ningún bien a ninguno. Más bien al contrario: los había echado a perder por completo.

Aquellos críos llenos de vida, de sueños y de amor por la música ya no existían.

De todo eso no quedaba nada. Estaban podridos por dentro.

Porque sí, como he dicho, había que ser desalmados para hacer lo que habían hecho y no pararse a pensar ni siquiera un segundo en cómo podrían sentirse Rachel y Sarah.

Porque Rachel, aunque tuviera claro que quería dejar a Jake, lo estaba pasando fatal. Que ya no estuviera enamorada de él no significaba que le deseara ningún mal, y mucho menos siendo el padre de Andrew. No quería que su hijo creciera sin él.

Además, por mucho daño que le hubiera hecho, estaba segura de que aún le quedaba cariño por todo lo bueno que habían vivido, aunque eso perteneciera ya a un pasado muy lejano.

Y luego estaba Sarah. Joder, Sarah… ¿Cómo podían seguir tan tranquilos, pensando solo en sí mismos, viéndola destrozada de esa manera?

Con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, imaginando a cada minuto que a su hijo pudiera haberle ocurrido algo terrible.

Con unas ojeras que asustaban, de tantos días sin dormir. Y con la cara consumida por el dolor, como si el sufrimiento le hubiera echado diez años encima de golpe.

—Voy a subir a dormir unas horas. Quiero estar al cien por cien descansado para cuando te haga mía de nuevo. No voy a dejarte salir de la cama en horas.

Sigue soñando, gilipollas, pensé mientras le sonreía para que viera que estaba encantada con su proposición.

—¿Y tu chica?

No es que me importara una mierda ni él ni la mujer del tanga, cuyo nombre ni me había molestado en aprenderme. Pero tuve que hacer esa pregunta porque era lo que se esperaba que hiciera.

—Se largará hoy mismo de aquí. Ella no es nadie para mí.

Ni yo tampoco, pensé con amargura.

Pero ni lo soy hoy ni nunca lo fui. Porque cada segundo que pasaba, una certeza dolorosa se hacía más real.

Cassian no quería ni había querido nunca a nadie, solo a él mismo, como el buen puto egoísta que era.

—Vale —contesté sonriéndole.

—Linny, me tendrás que contar por qué te fuiste.

Lo llevaba claro. No tenía yo otra cosa mejor que hacer que ponerme a contarle que me marché porque le vi follándose a dos mujeres en nuestra cama. Y ni siquiera fue solo por eso, aunque aquello terminara de reventarlo todo, sino porque ya estaba harta de él y de toda la mierda que nos envolvía.

—El pasado es mejor dejarlo en el pasado.

—¿Me dejaste por otro?

¿En serio había tenido la poca vergüenza de preguntarme eso, después de saber y ver con mis propios ojos que se tiraba a todo bicho viviente?

Pues sí, al parecer la había tenido. Y encima me lo había preguntado mientras apretaba los puños, enfadado, pensando que ese podía ser el verdadero motivo por el que me había ido.

—¿Eres idiota? Yo jamás te habría dejado ni engañado con otro.

—Entonces, ¿qué pasó? Me mataste, Linny, morí sin ti.

Tuve que contener la carcajada que me subió por la garganta para no descojonarme en su cara.

Es que de verdad, no se podía ser más cabrón y más cínico.

Que se murió, decía.

Pues se moriría él, porque su polla siguió muy viva metiéndose en todos los agujeros que encontró los meses siguientes a mi marcha, porque fue su peor temporada. Esa en la que, al verse libre, su casa se convirtió en un lugar en el que no había día en que no se celebraran orgías.

Todo eso lo sabía porque, tiempo después, cuando ya estuve mejor, Rachel me lo contó un día, desesperada y llorando, porque se había enterado de que Jake le decía que se iba a ensayar con la guitarra al estudio y a donde iba era a casa de su hermano, a pasárselo de puta madre allí dentro como hacían los demás.

Bueno, los demás no, porque Rachel me aseguró que Tyler nunca estuvo de acuerdo con esas fiestecitas y que nunca participó en ellas.

—Todo me superó, Cassian. Pero ya lo hablaremos con calma otro día. Ahora tengo que seguir trabajando. Mi jefe llamará pronto y algo tendré que contarle.

—Vale, cariño, pues ya lo hablaremos.

Bromeó con algo más, a lo que solo contesté riéndome, y así entramos en el salón.

Cassian con el pecho hinchado por creerse vencedor y yo sonriendo como él esperaba.

Pero mi sonrisa se me borró de golpe al ver la cara de asombro y un poco de consternación de Rachel y la de auténtica desolación de Tyler al vernos así.

Vi en los ojos de los dos que se habían dado cuenta de que entre Cassian y yo había pasado algo.

Me llevé las manos al pelo y vi que lo tenía un poco revuelto. Por eso y, seguramente, al ver mis labios, que sabía que estaban un poco hinchados por la manera salvaje en la que me había besado, fue por lo que supieron lo que había pasado.

—Me voy a descansar. Luego nos vemos, preciosa —me susurró Cassian antes de desaparecer por la puerta que daba a los dormitorios sin despedirse de ellos.

Me acerqué a la mesa.

Rachel seguía mirándome fijamente, esperando una explicación.

La miré directamente a los ojos y le dije con la mirada que se quedara tranquila, que todo estaba bien. Le pedí que confiara en mí.

Sonrió y soltó de golpe el aire que estaba conteniendo.

Busqué también la mirada de Tyler, pero se le veía tan abatido y dolido que no me dejó encontrarla. No era capaz ni de mirarme.

Y eso me dolió, porque con lo que había hecho le había hecho daño, aunque él jamás dejaría ver que había sido así.

Seguiría escondiendo sus sentimientos por mí y lo mucho que le dolía verme con Cassian, como había hecho en el pasado. Pero esta vez no dejaría que pasara lo mismo.

—Tyler, vamos fuera, eres el siguiente.

Se levantó de la silla con un movimiento lento, como si en vez de ir a hablar conmigo le hubieran propuesto ir al matadero.

Sin decir nada, empezó a caminar hacia la salida del salón, pero antes de salir pareció pensárselo mejor y se giró, aunque no para hablarme a mí, sino a Rachel.

—Rachel, luego, cuando llames a Andrew, avísame. Quiero hablar con él un rato. Le tengo una sorpresa.

Vi cómo Rachel sonreía a la vez que asentía.

Y no era para menos, porque Tyler se preocupaba más por su hijo que su propio padre.

Es más, sabía por boca de Rachel que Andrew le adoraba y cada vez más. Ya que no había heredado el talento ni el gusto por la guitarra como su padre, pero sí le encantaba tocar el teclado como a Tyler.

Aunque eso a Jake le tenía muy cabreado y, por más que el niño había insistido en que le comprara un teclado para tocar como el tío Tyler, como le llamaba desde siempre, aunque no lo fuera realmente, ni se lo había comprado ni había dejado que nadie lo hiciera.

—¿No te habrás atrevido? Sabes que Jake se enfadará.

Tyler soltó una risa seca.

—¿Y te crees que me importa? Cuando vuelva, si quiere, que tenga los cojones suficientes para venir a preguntarme por qué le he regalado un teclado a su hijo.

Rachel negó con la cabeza.

—Se va a liar…

—Pues que se líe —contestó muy serio—. Que venga. Lo voy a estar esperando para recordarle los meses que se pasó, teniendo más o menos su edad, pidiéndole a su madre día y noche la guitarra.

—Fue pesado hasta el aburrimiento —dije riéndome.

—Por eso mismo. Él fue pesado y lo consiguió, pues Andrew no tendrá que llegar a esos extremos.

—Lo que le jode es que no le guste tocar la guitarra como a él —dijo Rachel, negando con la cabeza.

—Y a mí me llevan jodiendo muchas cosas años y me callo, así que me tome de ejemplo y cierre la boca.

Rachel y yo nos miramos y supimos enseguida cuáles eran esas cosas de las que hablaba.

—Está bien. Cuando le llame luego, te aviso. Se va a poner como loco de contento.

—Eso es lo único que importa, que el niño sea feliz. Lo demás da igual.

—Gracias, Tyler. Gracias por estar —dijo Rachel emocionada.

—No me des las gracias. Lo hago porque así me nace. Además, tú también has estado para mí. Así que estamos a la par.

La conversación tuvo que quedarse ahí porque Knox entró en el salón. De Sullivan no había ni rastro, así que supuse que se habría ido a dormir, al igual que había hecho Cassian.

—Ya he terminado.

—¿Y?

No me contestó con palabras. Solo con mirarnos a los ojos nos lo dijimos todo. Teníamos razón. Estaban implicados.

—Al acabar con ellos —dije señalando con la cabeza a Tyler y Rachel—, nos vamos, tenemos mucho que hablar.

Knox asintió.

Los cuatro nos pusimos en marcha. Knox se fue con Rachel al despacho y yo con Tyler al jardín.

Podíamos habernos quedado en el salón, pero necesitaba la privacidad necesaria y estar lejos de donde alguien pudiera oírnos para todo lo que quería hablar con él.

Capítulo 22



Caminé hasta el mismo sitio en el que había estado minutos antes hablando con Cassian.

El sitio no estaba escogido al azar, sino con toda la intención del mundo.

Desde esos balancines que estaban cerca de la piscina, nadie desde la casa podía verte ni escuchar lo que hablabas, a no ser que se acercaran y, siendo así, tendrían que quedarse al descubierto y yo los vería.

En todo el camino ninguno de los dos dijo nada.

Noté lo tenso que Tyler estaba, como también noté que no tenía ni pizca de ganas de hablar conmigo. Si había accedido a hacerlo, no era porque lo hiciera como un amigo, sino obligado por las circunstancias y atendiendo a mi petición como agente.

Me senté en el balancín y me crucé de piernas.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

—Tyler…

—Yelina, tengo mucho que hacer. Si no te importa, podemos empezar ya con las preguntas, por favor.

Suspiré.

—¿Y a ti te importaría mirarme a la cara mientras hablamos?

Suspiró también, pero accedió a mi petición.

—Ya. Puedes empezar cuando quieras.

—¿Qué es eso que tienes que hacer?

Frunció el ceño porque no entendió mi pregunta.

—¿Qué?

—Has dicho que tienes muchas cosas que hacer. ¿Qué cosas son esas?

—Practicar con el teclado —dijo, retirándome la mirada a un lado.

Sonreí a la vez que negaba con la cabeza.

—Prueba otra vez. Pero esta vez con la verdad. Para mí eres un libro abierto, Tyler, siempre he sabido cuándo mientes.

Soltó una risita.

—¿Un libro abierto? No lo creo.

—Pues créetelo. Pero dejemos eso aparte un momento. ¿Qué tienes que hacer?

—Cosas. Cosas de trabajo.

—¿Cosas del trabajo de teclista o cosas con todos los edificios que tienes alquilados? Porque eso también es un trabajo, ¿no?

Abrió los ojos como platos.

—¿Cómo sabes…?

—Sé muchas cosas.

—Nadie lo sabe.

—Pues yo sí. Sé eso. Sé que te gradúas en dos días. Y muchas cosas más.

Vi dolor en sus ojos, un dolor que no pudo esconder.

—Me has investigado —dijo afirmando.

—A todos. Es mi trabajo.

Soltó una risa seca.

—Crees que tengo algo que ver con lo que le ha pasado a Jake, ¿no es cierto? Tus preguntas no son para ayudarte a encontrarlo, son porque somos sospechosos. No son preguntas, son un interrogatorio.

—Has acertado la mitad.

Se cruzó de brazos y dio un paso más para acercarse.

—Explícate —me pidió.

—No puedo contarte nada del caso, Tyler. Lo único que voy a hacer, y saltándome las normas, cosa que, para desgracia de mi jefe, hago más a menudo de lo que a él le gustaría, es decirte que tú estabas descartado desde el primer momento.

—¿Y eso por qué?

—Porque te conozco.

Volvió a reír con amargura.

—No creas que tanto. Hace muchos años que no nos vemos. Ya no soy aquel chico al que ni le dijiste adiós cuando te fuiste.

Había dolor en sus palabras, mucho dolor. Siempre había sabido que le hice daño dejándole atrás, que le hice daño no poniéndome en contacto con él, pensando, erróneamente, eso lo veía ahora, que era lo mejor.

—Me equivoqué.

—¿En qué?

—En dejarte atrás. En no decirte que me iba. En no ponerme en contacto contigo. En no decirte muchas cosas que callé.

—¿Por qué…?

—Porque pensé que era lo mejor. Porque pensé que te pondrías de mi parte y eso habría hecho peligrar el grupo.

—No me habría puesto de tu parte, Yelina. Ya estaba de tu parte, siempre lo estuve —dijo con amargura.

Cerré los ojos un par de segundos para que las lágrimas que se estaban formando en ellos desaparecieran. No quería llorar, no quería que me viera débil como tantas veces me había visto en el pasado.

—¿Qué pasó?

—Eso ya da igual. Ha pasado mucho tiempo.

—Pues a mí no me da igual. Quiero saber qué fue lo que hizo que perdiera a mi mejor amiga.

—Estaba asqueada de esa vida, lo sabes. Cada día llevaba peor todo. No pude soportarlo más.

—Claro que lo sabía, lo viví contigo cada día. Pero sé que algo gordo pasó el día de tu cumpleaños. Los días anteriores parecía que estabais mejor. Ese día estabas algo más contenta porque ibais a cenar los dos solos. ¿Qué pasó en la cena? ¿Discutisteis?

Me eché a reír y Tyler me miró con una ceja alzada.

—No hubo cena.

—¿Cómo que no hubo cena?

—Pues eso, que no la hubo. Esperé dos horas en el restaurante, pero no se presentó.

Frunció el ceño a la vez que sus ojos se llenaban de enfado.

—¿Y dónde cojones estaba o qué estuvo haciendo para no ir después de haber sido él el que lo preparó?

—En casa. Estaba en casa. En nuestra habitación, drogado, hasta las cejas de alcohol y follando con dos mujeres.

Se me quedó mirando horrorizado unos segundos antes de conseguir hablar.

—No… Dime que no es verdad.

—Lo es. Y tampoco sé por qué te sorprendes tanto. Sabes igual que yo que aquello no fue algo casual, era algo habitual, pero que la tonta de Yelina no supo hasta tiempo después.

Se pasó las manos por el pelo, nervioso, y empezó a caminar delante de mí, arriba y abajo por el jardín.

—Yelina, yo…

No le dejé seguir porque sabía que en ese momento se estaba torturando al saber que yo sabía que él estaba al tanto de las andanzas de Cassian y que nunca me lo dijo.

—No estoy enfadada porque no me lo dijeras. Ni siquiera lo estuve cuando me enteré. Entendí tus motivos.

—Joder…

—Tyler, déjalo, ¿vale? Eso es pasado. Es un pasado muerto y enterrado.

Se paró y me miró fijamente a los ojos y se echó a reír. Pero una risa amarga.

—Y bien enterrado y olvidado que lo tienes. Porque, si no fuera así, no le habrías perdonado. No habrías vuelto con él.

—No…

Ahí fue él el que no me dejó contestar.

—Ahora no seas tú la que mienta. Tú también eres un libro abierto. Y, si no tuviera bastante con lo que he visto en tus ojos y en los suyos, al entrar en el salón, tus pelos y tus labios lo han confirmado.

Había tanta amargura en su voz que se me encogió el corazón. Y tuve que hacer un esfuerzo titánico para no contarle la verdad. Para no decirle que me había dejado besar para descubrir una mentira.

—Tyler.

—¿Qué?

—Quiero pedirte algo.

Era la única manera que tenía de que nuestra puerta no se cerrara del todo. Y no estaba segura de si funcionaría, pero al menos tenía que intentarlo.

—Sabes que puedes pedirme lo que quieras. Nunca pude negarte nada.

—Pues esta vez quiero que lo hagas con más fuerzas y más ganas que nunca.

—¿El qué?

—Confía en mí.

—¿Qué?

—Esa es mi petición. Confía en mí y no en lo que veas y oigas. Solo confía en mí.

—No entiendo nada.

—Cuando llegue el momento, lo entenderás. Pero hasta entonces confía en mí, por favor.

Cerró los ojos y suspiró. Al abrirlos vi que lo haría, o al menos lo intentaría. Solo esperaba que de verdad me hiciera caso y no se fiara de lo que viera u oyera.

—Vale.

—Bien. Pues esta conversación no se acaba aquí, solo vamos a dejarla en pausa hasta que pueda decirte más.

—Vale —repitió.

—Ahora necesito que me cuentes cuál es la rutina que llevan los chicos. No te incluyo porque sé que tú vas aparte. Necesito saber con quién van, con quién vienen y todo lo que puedas contarme.

La siguiente media hora me contó lo que sabía con sinceridad, que realmente no era mucho porque, como bien había dicho, él iba a lo suyo y, aparte de tocar y ensayar, no tenía relación con los demás más allá de eso.

Contestó todo lo que le pedí hasta que nos despedimos con un ya hablaremos.

Capítulo 23



Nada más terminar de hablar con Sarah y Jenny, nos marchamos de la casa.

Necesitábamos, primero, despejarnos; segundo, poner en conocimiento del otro todo lo que habíamos averiguado; y tercero, yo por mi parte, contarle a Knox lo que estaba pasando con Cassian.

Nos montamos en el coche y Knox arrancó, pero antes de salir se giró hacia mí y pensó dos segundos.

—Necesito aire un rato. No quiero meterme en la habitación del hotel. ¿Dónde podemos ir?

—Yo necesito lo mismo.

—Pues guíame, neoyorquina, que estoy seguro de que conoces el sitio perfecto para que estemos bien, comamos algo rico al aire libre y podamos hablar tranquilos.

Pensé unos segundos dónde podríamos ir.

Tenía que ser un sitio que no estuviera muy lejos, que cerca hubiera algún lugar donde pudiéramos comprar comida para llevar y que no estuviera muy concurrido de gente.

Sonreí porque no necesité ni cinco segundos para saber cuál era el sitio ideal.

Mi antiguo barrio. Ese en el que me crie desde que nací hasta que acabé mudándome, tiempo después de casarme, a la casa actual de Cassian.

Alargué la mano y metí en el navegador mi antigua dirección.

—¿Qué sitio es?

—Un sitio de recuerdos, paz y donde está el bar en el que hacen las mejores hamburguesas de Nueva York.

—Joder, tú sí que sabes. Una hamburguesa… justo lo que necesitaba para que el mal cuerpo que tengo se me recupere.

—¿Te ha dicho Sullivan muchas mentiras?

—Pregúntame mejor si me ha dicho alguna verdad. Tardo menos en contestarte porque la respuesta es ninguna.

—Pues cuando te cuente lo de Cassian, como no estés sentado, te vas a caer de culo.

—¿Tan mal ha ido?

—Mal no sería la palabra que yo escogería. Pero, cuando lo sepas todo, te dejo elegir si quieres seguir usando esa o buscar otra.

—¿Y con Tyler?

Resoplé.

—Eso ha sido todavía peor.

—Pues estamos de cojones.

—No lo sabes bien —dije mientras giraba la cara hacia la ventanilla para ver el paisaje de Nueva York.

Los siguientes minutos los dos nos quedamos en silencio.

Knox, concentrado en la conducción, mientras seguía el camino que el GPS le marcaba y sorteaba el tráfico odioso que había a esas horas en Nueva York.

Bueno, siendo sincera, el tráfico no era algo puntual de ese momento, sino algo habitual y rutinario que, para los que vivían allí, sobre todo a las horas punta, como lo era en la que estábamos en esos momentos, formaba parte del día a día.

Era la hora en la que los niños salían de los colegios y muchos adultos de sus trabajos.

Así que en cualquier calle te podías meter en un embotellamiento que podía durar cinco minutos, eso con mucha suerte, o una hora si la calle era grande y de las más transitadas.

Mientras Knox resoplaba, paraba varias veces en semáforos, en pasos de cebra que se hacían eternos hasta que la gente pasaba, pitaba y soltaba algún improperio; yo miré por la ventanilla las calles.

Calles que reconocía.

Calles por las que había pasado miles de veces.

Y calles que no había olvidado aun habiendo pasado tantos años desde que me fui.

Reconocí establecimientos, edificios en los que lucían carteles de empresas importantes, parques, bares y muchas más cosas que seguían en mi memoria.

Cuando entramos en el que había sido mi antiguo barrio, la sonrisa me salió sola porque miles de recuerdos de esas calles vinieron a mi mente a toda velocidad.

Todos recuerdos buenos, gracias a Dios.

Bueno, alguno malo también llegó, pero fueron los menos.

—Aparca ahí —dije señalándole un sitio en la puerta de un edificio que yo conocía muy bien.

Aparcó y, sin que hubiera apagado el motor, me bajé a toda leche del coche y, dando varias vueltas sobre mí misma, miré todo lo que había en la calle.

Todo seguía igual.

Todo.

El mismo edificio en el que crecí, aunque, mirándolo bien, estaba mucho mejor de lo que había estado nunca, ya que parecía que la fachada estaba rehabilitada y pintada recientemente.

El local en el que tantas horas los chicos habían pasado ensayando mientras Rachel y yo los escuchábamos embobadas, mientras bebíamos refrescos sentadas en un sofá que se caía a cachos, también seguía allí. Cerrado, pero allí estaba.

El bar de la esquina en el que nos habíamos comido cientos de hamburguesas. La pastelería de la que salía un olor a dulce cada mañana que se olía en toda la calle y te sacaba una sonrisa y un par de babas de la boca al pasar por su escaparate.

El enorme parque al fondo, con cuatro columpios y seis bancos, ni uno más ni uno menos.

Todo seguía allí. Todo tal cual lo tenía grabado en mi memoria.

—¿Es tu casa?

—Era mi casa —contesté sonriendo.

—Tus padres la vendieron.

Asentí.

—Así es. No al principio. Pero hace tres años Rachel nos llamó para decirnos que un tío había ofrecido mucha pasta a los vecinos por los pisos y mis padres, después de pensarlo mucho, a través de abogados la vendieron.

Knox soltó una risita.

—Pues ese tío, al que conoces muy bien, estoy seguro de que pagó de más a todos los vecinos.

—¿Qué?

—Que este edificio estaba en la lista de propiedades de Tyler. Que es suyo.

Le miré con la boca abierta.

Sabía por Knox que Tyler tenía muchos edificios repartidos por toda la ciudad. De mirar eso se encargó él, por eso yo, al no ver la lista, no sabía que la antigua casa de todos era uno de ellos.

—¿Te ha sorprendido?

—Pues sí. Pensé que todos los edificios serían en el centro y en barrios mejores, no en este, tan humilde.

—Y lo son. Todos menos este. Por eso se me quedó en la cabeza la dirección. No me cuadraba este edificio con los demás.

Sonreí.

—Lo compró por nostalgia.

—No. Lo compró por ti.

—¿Qué?

—Que creo que lo compró por ti. Por si algún día volvías y podías entrar en la que había sido tu casa. Estoy seguro de que pagó un precio alto porque otro quería comprarlo y él superó la oferta, aun perdiendo dinero, para quedárselo.

—Joder…

—Aquí tiene sus mejores recuerdos con los chicos antes de que se echaran a perder y, por supuesto, contigo.

Una sensación extraña me recorrió todo el cuerpo porque, si Knox tenía razón, que casi seguro que sí, lo que había hecho Tyler era un gesto precioso.

—Yelina, si eso no es amor, que baje Dios y lo vea.

Solté una risita.

No por lo que dijo, sino por la vocecita melosa con la que lo hizo.

—Es un buen hombre, siempre fue el mejor de todos.

—Pues no creo que haga falta que te diga que esta vez no le dejes escapar, porque como lo hagas, yo mismo te pegaré un tiro.

—Pues creo que deberías ir quitando el seguro porque las cosas no van muy bien.

Frunció el ceño.

—¿Qué coño ha pasado?

—Cassian de nuevo, eso es lo que ha pasado.

—Ya estás cantando. Y no como él, que mira que me gustaba su música, pero después de conocerle hasta se me está atragantando.

—Vamos primero a por las hamburguesas y a buscar el mejor banco del parque, y allí te lo cuento.

—Vamos, sufridora —dijo echándome la mano al hombro antes de empezar a andar calle abajo hasta el bar.

Lo único que había cambiado del bar era que el hombre que atendía no era el mismo. Según me dijo el chico que nos atendió, que por cierto era su hijo, su padre se había jubilado dos años atrás. Por lo demás, todo seguía igual.

Mismas mesas, mismas sillas, misma barra y la misma carta.

Con la comida en una bolsa, fuimos al parque, que en esos momentos, y al ser la hora de comer, estaba desierto, y nos sentamos en el banco con mesa que mejor estaba.

Sacamos todo de las bolsas y lo colocamos.

Una hamburguesa completa con beicon y extra de queso para cada uno, dos refrescos, el de Knox de cola y el mío de naranja, y una ración doble de patatas que pusimos en el centro para compartir.

Esperé a que fuera Knox el primero en hincarle el diente a la hamburguesa para que me diera su veredicto. Y ya cuando le vi cerrar los ojos y soltar un pequeño gemido, sonreí.

—Joder, está cojonuda.

—Te lo dije. Yo nunca te llevo a sitios malos.

—Bueno, eso es discutible. Porque me has metido en una casa que parece un nido de víboras.

—Más bien de parásitos o de bacterias que me hacen ponerme más enferma a cada minuto que pasa y de más cosas nos enteramos.

—Venga, empieza a hablar tú primero. ¿Qué pasa con Cassian?

—Que quiere que volvamos juntos o ha dado por hecho que ya lo estamos. Y que me ha besado.

Capítulo 24



Lo que pasó en el siguiente minuto casi hizo que se me saliera el corazón por la boca del susto que me llevé.

Nada más decirle a Knox que Cassian me había besado, de la impresión el trozo de hamburguesa, que no era pequeño precisamente, se le fue por donde no debía y se atragantó.

Empezó a toser de tal manera que me asustó muchísimo.

Dejé mi hamburguesa tirada en el papel que había puesto a modo de mantel y me levanté a toda velocidad para ponerme a su lado y darle unas palmadas en la espalda.

Solo pude respirar tranquila cuando le vi tragar por fin y coger una bocanada de aire.

—Joder, casi me da un infarto. No se te ocurra volver a querer morirte en mi presencia —le dije llevándome la mano al pecho de forma dramática.

—Tócate los cojones. Casi la diño por su culpa y encima es ella la que se queja.

—¿Por mi culpa? ¿Y qué culpa tengo yo de que te comas la hamburguesa como un ansioso?

—Claro que es por tu culpa. No me la estaba comiendo como un animal. Ha sido por el impacto de lo que has dicho por lo que casi me ahogo.

—Hombre, impactante es, pero tanto como para ahogarse, pues no sé yo.

Knox me miró con una ceja alzada mientras cogía su refresco y daba un gran trago para hidratarse la garganta, que seguramente la debía de tener irritada de toser tan fuerte.

—¿Impactante? No, hija, impactante es que te rapes el pelo al cero, por ejemplo. Esto de Cassian no tiene catalogación.

Volví a sentarme en mi sitio y yo también bebí de mi refresco porque del susto se me había quedado la garganta seca.

—Entonces, ¿te cuento lo que ha pasado o no?

—Sí, sí, claro que sí. Quiero saberlo todo y con los detalles más escabrosos incluidos. Pero la próxima vez que me vayas a decir una cosa tan fuerte, avísame antes. No quiero morir. Soy joven todavía.

—¿Joven? De eso nada. Tú lo que eres es una vieja cotilla —dije apuntándole con el dedo, riéndome.

—Lo que sea. Pero venga, cuéntamelo todo, que estoy en un sinvivir. Esto, más que un caso, parece una telenovela.

Solté una carcajada a la vez que negaba con la cabeza.

Knox tenía muchas cosas buenas, pero la paciencia no era una de ellas. Sobre todo, si era para enterarse de un cotilleo. Le iba más el chisme que a una panda de quince marujas juntas en un corrillo.

—¿A qué esperas?

—Leches, que ya voy. Estaba cogiendo dos patatas.

—Pues o hablas mientras comes o pasas hambre. Así que habla ya.

Me eché a reír sin poder evitarlo porque, de verdad, su cara de «vamos, habla, hija, que del chisme depende si dormiré hoy o no» era increíble.

Cogí dos patatas más, bebí otro trago de refresco y le di otro mordisco a la hamburguesa. Todo con mucha parsimonia para hacerle rabiar.

En el tercer resoplido seguido decidí apiadarme de él y empecé a contárselo todo: la conversación que había tenido con Cassian en el jardín, cómo había intentado desviar en todo momento el tema de Jake hacia nosotros y cómo vi en su mirada que me deseaba, no que me quería, que eso era muy distinto.

También le conté que reconocí enseguida lo que intentaba hacer conmigo, cómo quería enredarme otra vez para que volviera a ser dependiente de él y cómo había vuelto a sacar ese lado posesivo suyo, porque sí, seguía considerándome suya.

Le hablé también de cómo me dijo, y yo aguanté como una campeona con una sonrisa en la cara, que se iba a descansar para estar bien recuperado para cuando me metiera en su cama.

Y, por último, le conté que tuve que dejarme besar para que se confiara.

Knox se quedó unos segundos pensativo, analizando y desmenuzando en su cabeza todo lo que acababa de contarle antes de darme su opinión.

—¿Entonces tienes claro que no volverías nunca con él?

—Sí.

Mi respuesta fue rápida. Ni siquiera tuve que pensarla. Me salió sola y de muy dentro. Porque sí, puede que tuviera dudas en otras muchas cosas, pero eso lo tenía clarísimo.

Por nada del mundo volvería con Cassian.

Pero ni aunque siguiera enamorada de él, que no lo estaba, lo haría. Porque él estaba claro que no iba a cambiar y ganas de volver a sufrir a su lado no tenía ninguna, de eso ya tuve bastante en el pasado.

Y aunque dicen que los humanos son los únicos animales que tropiezan dos veces con la misma piedra, en mi caso no sería así. Esa piedra ya la había mandado muy lejos de una patada.

—Sabes que respetaría siempre tu decisión, hicieras lo que hicieras, aunque no estuviera de acuerdo o aunque pensara que te estás equivocando. Pero en este caso creo que es la mejor decisión que has podido tomar. Cassian puede que te quiera, que no digo que no, pero no te quiere bien.

—Creo que lo que siente por mí y lo que ha sentido siempre es más posesión que amor.

—Yo también lo creo. Lo he visto en sus ojos, en cómo te mira. Lo hace como si fueras suya, como si, pase lo que pase, tuvieras la obligación de estar por y para él.

—Pues que se siente a esperar, porque eso no va a volver a pasar.

Knox asintió satisfecho.

—¿Y con Tyler qué ha pasado? Porque tenía una cara de cachorro apaleado cuando nos hemos ido que daba miedo.

—Ay… Tyler… —dije suspirando.

Knox soltó una risita.

—¿Qué te hace gracia?

—Ese tío será tu todo para el resto. Os queréis.

Fruncí el ceño, porque, según estaban las cosas, no tenía yo eso muy claro.

—No lo creo. Las cosas están difíciles, cada vez más.

—Pues hazlas fáciles.

—Sabe que Cassian y yo nos hemos besado y ya ha dado todo por hecho. Está convencido de que estamos juntos otra vez.

—Cuéntame por qué lo sabe y por qué piensa eso.

Me comí el último trozo de hamburguesa que me quedaba y di el último sorbo de refresco antes de contarle todo lo que había pasado con Tyler desde que volví con Cassian del jardín y él y Rachel se dieron cuenta de que había pasado algo entre nosotros.

No me dejé ni una coma de toda nuestra conversación.

Con Knox siempre me había resultado fácil hablar de todo. Era una persona que escuchaba, que no se callaba lo que pensaba y que nunca te decía lo que querías oír, sino la verdad, por muy dolorosa que esta pudiera resultar.

—Está dolido.

—Lo sé.

—Eso hace más difícil que confíe en ti como le has pedido. Son muchos años viendo cómo la mujer a la que quiere no le ha mirado y ha querido a un hombre que no se la merece. Y todo acaba pesando. No quiere volver a pasar por lo mismo otra vez.

—Es que no va a pasar lo mismo.

—Pero eso él no lo sabe. Él solo sabe lo que ha visto. Solo sabe cómo te mira Cassian y cómo, a pesar de lo que pasó, te has dejado besar.

—Qué mierda todo, joder.

—Pues sí, un poco mierda sí que es.

—No quiero hacerle más daño.

—Pues eso va a ser inevitable, al menos hasta que cerremos el caso y le puedas explicar por qué has hecho lo que has hecho.

—Espero que no sea tarde, yo le…

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. No porque no las sintiera, sino porque allí, en ese banco y hablando con Knox, mi corazón y mi mente se habían aclarado como cuando a las nubes de una tormenta se las lleva el aire.

Lo vi y lo sentí con claridad.

Le quería.

Le quería, joder, y no solo como a un amigo.

Le quería y supe también que me marché de allí queriéndole, aunque en ese momento la situación de mierda que tenía no me dejara verlo.

—Lo sé. Solo hay que ver cómo se te iluminan los ojos cuando dices su nombre.

Asentí.

Porque sí, con un asentimiento por mi parte era más que suficiente. Ya estaba todo claro.

Ahora solo quedaba que todo el asunto de Jake se resolviera y, cuando eso por fin pasara, la vida me diera una segunda oportunidad de compartir mi vida con un hombre que siempre me había querido y que era al que mi corazón también quería a su lado.

Esa tarde ya no volvimos a la casa.

Nos encerramos en la habitación y durante horas repasamos toda la información que teníamos.

Volvimos a mirar todas las llamadas, todos los mensajes y correos de todos. También repasamos las conversaciones que habíamos tenido con Sullivan, Cassian y los demás.

De las que menos información habíamos sacado fue de las preguntas que les hicimos a Jenny y Sarah, ya que las dos no supieron respondernos ni la mitad de ellas porque no tenían ni idea de lo que hacían los chicos.

También volvimos a mirar toda la información que teníamos a nuestro alcance.

Contratos con la discográfica, sus cuentas bancarias, entrevistas en la tele, en las revistas o en las redes.

Todo. Lo revisamos todo.

Teníamos claro que Sullivan y Cassian estaban implicados en la desaparición de Jake.

Y el motivo también lo teníamos: el dinero.

De lo que no teníamos ni idea era de dónde narices podría estar.

Repasamos todas las propiedades que los tres tenían a su nombre, que no eran muchas.

Cassian tenía la casa donde vivía y el ático donde vivía Sarah, que también estaba a su nombre. Jake solo la casa donde vivían Rachel y su hijo. Y Sullivan un ático gigante en el que apenas pasaba tiempo, ya que parecía que vivía con Cassian por las horas que pasaba en su casa.

En esas propiedades no estaba, así que tenía que ser en otro sitio.

¿Pero dónde?

Esa era la pregunta que más nos hicimos durante la tarde.

Y con esa pregunta en la cabeza fue con la que nos fuimos los dos, agotados, a la cama a dormir un poco para poder seguir a la mañana siguiente investigándolo todo otra vez para dar con él.

Capítulo 25



Otra vez nos levantamos temprano. No al alba, pero sí temprano para las costumbres de otros.

Cuando estábamos inmersos en un caso, siempre nos pasaba lo mismo.

Dormíamos poco, y no solo por las horas que dedicábamos a repasar una y otra vez todos los indicios y pruebas que teníamos, o a patearnos la ciudad hablando con chivatos, contactos y demás gente que siempre estaba dispuesta a colaborar, sino porque nuestra mente estaba siempre alerta y en modo trabajo y no desconectaba ni cuando dormíamos.

Nos levantamos los dos con los ojos pegados por el sueño y, mientras Knox pasaba al baño primero, yo aproveché y pedí dos desayunos completos al servicio de habitaciones.

Ya que no habíamos dormido más de tres horas, qué menos que meternos entre pecho y espalda un desayuno bien completito.

Nos lo merecíamos.

Knox salió del baño con la toalla enroscada en la cintura y se sentó en la cama para empezar a vestirse.

Había sacado de la maleta ropa cómoda, pantalones de deporte y una camiseta, ya que no teníamos intención de salir a ningún sitio, al menos de momento. Queríamos repasar algunas cosas que nos quedaron pendientes el día anterior.

Ya tenía otra cara totalmente diferente a la que traía al entrar en el baño. La ducha le había despejado por completo y ya estaba a medias entre el modo agente y la concentración total. Solo le faltaba llenar el buche.

—Voy a darme una ducha. El desayuno estará al llegar.

—Espero que no hayas pedido solo café y una tostada que ni me llene una muela, porque estoy famélico.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, porque ayer ni comiste ni cenaste, tienes que estar a punto del desmayo —dije con ironía.

—Otros desgastan lo que comen haciendo ejercicio físico. A mí me hace desgastarlo la mente de tanto pensar.

Solté una carcajada.

—No se puede tener más geta que tú.

—Eh… que es cierto, pensar desgasta mucho.

—Que sí, hijo, que sí. Lo que tú digas.

—Joder, a ver si acabamos pronto y nos vamos a casa. Necesito alimento de la marca Joy. He descubierto que soy adicto a su comida. Es estar tres días sin comer algo suyo y se me pone mal cuerpo.

El muy capullo se estaba aguantando la risa mientras me decía eso, pero yo no me pude contener. Tuve que echarme a reír. Cómo se notaba que estaba totalmente espabilado, porque esas chorradas que estaba diciendo a esas horas de la mañana no las podía decir una persona que aún estuviera en modo *off*.

—Mira, voy a ducharme. Necesito estar igual de despejada que tú para aguantar las tonterías que dices.

Me di la vuelta para entrar en el baño, pero por el reflejo del espejo vi cómo hacía muecas con la cara a modo de burla.

Entré en la ducha y di al grifo. Por las mañanas, para activarme del todo, me gustaba hacerlo con agua fría. No todo el mundo era capaz de aguantar una cosa así, pero yo lo llevaba haciendo tantos años que estaba más que acostumbrada.

Apoyé la cabeza en la pared de azulejos y cerré los ojos.

Dejé la mente en blanco y durante unos minutos disfruté de esa sensación de paz y frescor que necesitaba para empezar el día totalmente activada.

Pero no llevaba ni tres minutos escasos en esa posición cuando un grito desde fuera por parte de Knox me hizo abrir los ojos de golpe y sobresaltarme.

—¡Yelina! ¡Si no estuvieras casada con el tarado y en poco te fueras a divorciar para enganchar al teclista, te pediría matrimonio! ¡Joder, qué desayuno! ¡Te amoooo!

Del ataque de risa que me dio, hasta estuve a punto de resbalarme en la ducha al doblarme sobre mí misma.

Ya sabía antes de entrar que, en cuanto Knox viera la cantidad indecente de comida que había pedido para desayunar, me soltaría alguna de las suyas.

Pero, leches, no me esperaba que me lo soltara justo en mi momento de paz y que casi me diera un chungo del susto que me dio.

—¡Deja de recrearte en el agua o no te espero! ¡Dos cruasanes llevan mi nombre y me están rogando que los coma!

Negué con la cabeza, riéndome todavía, mientras me enroscaba la toalla al cuerpo para salir cuanto antes. Le conocía tan bien que empezar sin mí no iba a hacerlo, pero entrar y sacarme a hombros del baño, eso sí sabía que lo haría si tardaba más de la cuenta.

—Ya estoy aquí, pesado —dije sentándome en la silla libre.

—Pesado, no; hambriento.

—Pues venga, ataca. No quiero que luego, si sufres mareos por la falta de alimento, me eches a mí la culpa.

Me sonrió como si le acabara de decir que era ganador de un premio de lotería y, sin ni siquiera parpadear una vez más, atacó el desayuno.

Mientras desayunábamos, no hablamos de nada del caso. Ese momento era el de los amigos Yelina y Knox y el trabajo se quedaba fuera. Ya al terminar nos pondríamos en modo agentes, pero ese rato quisimos disfrutarlo sin calentarnos la cabeza ni empezar a enfadarnos.

Veinte minutos después y sin pretenderlo, o sí, para qué vamos a engañarnos, entre los dos, porque no voy a cargarle solo a Knox para que quede de ansias, ya que yo también era de buen comer, no dejamos en los platos ni las migas.

—Nos ponemos al lío.

—Vamos a ello. Pero antes voy a mandar un mensaje a Rachel para que sepa que hoy no vamos a aparecer.

Esa decisión la tomamos porque, aparte de no tener apenas preguntas para nadie, queríamos darles unas horas a Sullivan y a Cassian para ver si, a través de sus teléfonos, los que teníamos controlados, se ponían en contacto con Jake.

—A ver si hay suerte y los pájaros pían hoy.

—Eso espero.

Mientras Knox colocaba todo el material que estábamos usando encima de la mesa, yo cogí mi móvil y abrí el chat de Rachel.

Yelina: *Buenos días, hermosa.*

Esperé unos segundos a ver si me contestaba. Si no era así, le dejaría otro mensaje y ya hablaría con ella cuando me respondiera más tarde.

No tuve que hacerlo, ya que me contestó casi al momento de recibirlo.

Rachel: *Buenos días.*

Yelina: *Rachel, hoy no iremos por allí. No te puedo decir por qué. Si alguien pregunta, tú di que no tienes ni idea de cuándo volveremos.*

Rachel: *Lo haré, ya sabes que podéis contar con mi ayuda para lo que haga falta. Sé que no me puedes decir nada, pero dime al menos si todo va bien.*

Pobrecilla…

El día anterior por la tarde me llamó llorando porque, cuando habló con Andrew, el niño no dejó de preguntarle cuándo podía volver a casa y por qué papá llevaba tantos días sin llamarle.

Estaba desesperada porque no sabía ya qué excusas darle al niño. Aunque también me contó que Tyler estaba con ella en ese momento y, al verla tan afectada, le quitó el móvil y le dijo a Andrew lo del teclado que le había comprado para que el crío pensara en otra cosa que no fuera en su padre y en volver.

Yelina: *Todo va bien, en menos de lo que piensas, Jake volverá.*

Rachel: *¿De verdad?*

Yelina: *De verdad, quédate tranquila.*

Rachel: *Yelina, no hemos podido hablar estos días, pero cuando todo acabe tengo que decirte algo importante.*

Yelina: *Joder, dímelo ya, no me dejes así o me preocuparé mucho.*

Rachel: *No es nada malo, tranquila. Pero he decidido, si es que Jake no me lo pone muy difícil cuando le diga que quiero el divorcio, que Andrew y yo nos iremos a vivir a Washington. Mis padres están de acuerdo y también vendrían.*

Yelina: *¡Qué alegría, tía! Jo, no sabes lo feliz que me hace saberlo. Será estupendo estar cerca.*

Rachel: *Lo he pensado mucho y alejarnos de aquí y de todo, como hiciste tú, es lo mejor para el niño y para mí.*

Yelina: *Ya… y también que cierto agente al que miras con ojillos viva en la ciudad a la que te vas a ir es un punto más a favor, ¿no?*

Tardó unos segundos de más en contestar.

No me hacía falta verle la cara para saber que se había puesto nerviosa y seguramente roja como un tomate. Rachel no era de las que podían ocultar sus reacciones, al menos no conmigo.

Rachel: *No sé de qué hablas, yo no miro a nadie de ninguna manera.*

Yelina: *No cuela, guapa. Pero esta conversación, que tiene mucho de lo que tirar, prefiero tenerla cara a cara.*

Rachel: *No hay nada de lo que hablar. No estoy para pensar en hombres. Además, no estoy yo sola, él tendría que decir algo, vamos, digo yo.*

Yelina: *Rachel, te mereces ser feliz y estar con alguien que te cuide y te quiera bien.*

Rachel: *Consejos vendo que para mí no tengo. Aplícate el cuento, maja.*

Yelina: *Me lo aplicaré.*

Rachel: *¿En serio? ¿En serio me estás diciendo que Tyler…?*

Yelina: *Tenemos mucho de lo que hablar; las cosas están complicadas y puede que se compliquen más. Así que ya veremos cómo acaba todo.*

Rachel: *Ojalá la vida nos sonría, Yeli…*

Yelina: *Ojalá…*

Yelina: *Te tengo que dejar. Tenemos mucho trabajo y poco tiempo.*

Rachel: *Yo también te dejo. Sarah y Tyler me esperan para desayunar. No sé dónde se tiene que ir él, pero nos ha dicho que va con prisas, así que no quiero hacerlos esperar.*

Yo sí sabía dónde iría el teclista, pero si él no había querido decirle nada a nadie, no sería yo la que lo hiciera. A recoger su título universitario en su graduación, ahí es donde tenía que ir.

Yelina: *Nos vemos mañana. Te quiero, amiga.*

Rachel: *Yo también te quiero. Hasta mañana.*

Las siguientes dos horas nos pusimos a repasar todo lo que nos quedaba del día anterior, además de mirar otra vez algunas cosas que, aunque ya lo habíamos hecho el día anterior, quisimos revisar más a fondo.

—¿No piensas ir a verle graduarse?

—¿Qué?

—A Tyler, que si no vas a ir a verle graduarse.

—Knox, estamos trabajando.

—Aquí poco nos queda ya por mirar. Puedo hacerlo solo.

—No se lo ha dicho a nadie.

—Por eso mismo. ¿No crees que es triste que esté allí él solo?

Pues sí, sí que lo había pensado.

—Sí.

—Pues levanta el culo de esa silla, quítate esa camiseta piojosa, péinate y vete a ver a tu futuro chico cómo se gradúa.

—Mandas más que una madre, ¿sabes? —dije levantándome de la silla.

—Y tú te haces mucho de rogar.

—Cuando vuelva, tenemos que decidir qué hacer.

—Lo haremos. Una idea se está fraguando en mi cabeza. Cuando vuelvas, que espero que sea al anochecer, ya la tendré madura del todo.

—No pienso tardar tanto —dije mientras sacaba un jersey de la maleta.

—Serías tonta si no aprovecharas el día. Ve y haz lo que te pida el cuerpo.

Capítulo 26



Cuando llegué, el campus estaba lleno de gente.

Yo no tenía que ocultarme, allí no me conocía nadie, pero estaba segura de que Tyler, si es que había venido, no iría a cara descubierta.

Seguro que se habría cuidado mucho de que nadie le reconociera. Su rostro era mundialmente conocido, aunque a él eso nunca le había gustado.

Nunca fue como Jake y Cassian.

A Tyler la fama siempre le dio igual. Él amaba la música y le habría dado lo mismo si nunca hubieran llegado a llenar estadios o vender millones de discos. Lo único que quiso siempre fue tocar.

Tocar con sus amigos, disfrutar de la música y, si tenían público, con que estuviéramos Rachel y yo siempre le pareció suficiente.

Paseé entre la gente, atenta a todos con los que me cruzaba.

Todo en ellos eran sonrisas.

Miradas de orgullo.

Abrazos de madres que estaban con la lagrimilla suelta y padres que tenían el pecho hinchado como los pavos.

Todos los chavales que estaban allí lucían su beca en el pecho con orgullo.

Todos estaban esperando a que dijeran su nombre para cerrar esa etapa de su vida y entrar en la siguiente.

Eso no era el caso de Tyler, ya que entrar en una vida de adulto lo hizo hacía muchos años y quizá en él no fue un problema porque, por su manera de ser, había sabido asumir la situación. Pero en los demás, ahora echando la vista atrás, había visto que sí lo fue.

Fueron niños jugando a ser mayores que se vieron con las manos llenas de dinero y envueltos en un mundo lleno de hienas en el que no todo el mundo es capaz de sobrevivir.

Di tres vueltas más y, cuando me fijé en el lugar más apartado, lo vi.

Estaba de espaldas a mí, pero aun así lo reconocí al instante.

Ni la gorra negra que llevaba, que le tapaba parte del pelo, ese que tenía largo hasta los hombros y que, como tantas veces, seguro que lo llevaba escondido debajo de ella, recogido en un moñete.

Ni tampoco fueron un problema para mí las gafas de sol grandes y negras que le tapaban esos ojos verdes tan bonitos que tenía.

Sonreí al pensar en cómo tantas veces les habían llamado, tanto en la prensa como en muchos de sus conciertos.

Los tres dioses griegos.

Y toda la gente tenía razón, porque era cierto que los tres eran guapísimos.

Cada uno tenía algo que llamaba la atención.

Cassian tenía un cuerpo de infarto y una cara con las facciones muy marcadas. Eso, sumado a su pelo negro y despeinado, como lo llevaba siempre, le daba ese aspecto de malote que atraía a las mujeres sin remedio.

Y si no, que me lo dijeran a mí, que me había tenido enganchada a él tantos años.

Jake, en cambio, era el lado opuesto a su hermano.

Él había heredado todo de Sarah y Cassian de su padre.

Era rubio, con los ojos azules y con una cara de niño a la que, aun con el paso de los años, no se le había quitado ese aspecto de querubín que tanto les gustaba a las fans.

Y por último estaba Tyler.

Era el más serio, eso solo en apariencia con los que no le conocían y con los que no tenía confianza, porque con los que sí, era sin lugar a duda el más divertido de todos.

Su aspecto no tenía nada que ver con el de los otros dos. Podía parecer que era el más simple.

Pero eso no era cierto.

Era el más guapo. Lo que pasaba era que, al no mostrarse tanto y por elección propia, siempre había pasado más desapercibido.

Su pelo castaño claro, ese que desde que tenía memoria llevaba largo, y los ojos verde esmeralda que tenía eran el conjunto perfecto para ser guapísimo. Pero no solo lo era por fuera; por dentro siempre lo había sido también y lo seguía siendo, ya que la fama no pudo con él ni le perdió.

Me acerqué con pasos lentos hasta llegar a su lado.

—Espero que cuando digan tu nombre y subas a la tarima sonrías, porque quiero tener la mejor foto de todas las que nadie te haya hecho nunca.

Al oírme hablarle, o mejor dicho, susurrarle al oído esas palabras, su cuerpo se tensó entero.

Se dio la vuelta con lentitud y me miró de arriba abajo como si necesitara cerciorarse de que era yo de verdad la que estaba allí.

—Cada vez que aparezco sin que te lo esperes, me miras como si fuera un fantasma. Voy a tener que empezar a cobrarte por desgastarme.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó muy serio, demasiado.

—He venido a pedirte un autógrafo —contesté con ironía.

—Yelina, ¿qué haces aquí? —repitió con la voz aún más seria.

Suspiré.

—¿Tú qué crees? He venido a verte graduarte.

—¿Por qué?

—Porque estoy muy orgullosa de ti. Porque quería venir. Porque no me parece bien que estés aquí solo. Y por varias razones más que no es el momento de explicarte.

—Pues no hacía falta que vinieras. Seguro que tenías muchas cosas más importantes que hacer, como ir a ver a Cassian, por ejemplo. Lleva desde ayer preguntando y mareándonos a todos con si sabemos dónde estás o cuándo ibas a volver.

Cerré los ojos y volví a suspirar.

—Para mí no hay nada en este momento más importante que estar aquí. Pero, si quieres que me vaya, me iré.

No me contestó al momento y eso me hizo pensar que haber ido había sido una mala idea.

Tragué saliva y forcé una sonrisa antes de dar un paso atrás.

—Siento haberte molestado. Enhorabuena por tus títulos —dije antes de darme la vuelta para marcharme.

Con un nudo en la garganta di un paso, dos, pero no llegué a dar el tercero porque una mano agarró la mía desde atrás y me frenó para que no siguiera.

Me paré, imposible no hacerlo.

Pero no me giré. No pude hacerlo.

—No te vayas —dijo en voz baja.

—Tyler…

—Quédate, por favor.

Me giré.

Me seguía mirando muy serio, pero también tenía algo en su mirada, algo que en todos los años en los que nos conocíamos nunca había visto.

Era una mezcla de tristeza y rendición.

Abrimos la boca a la vez para hablar, pero a ninguno nos dio tiempo a decir nada. Un hombre, supuse que sería un profesor, el rector o alguien relacionado con la universidad, que estaba en la tarima, pidió a los chicos que se acercaran porque el acto iba a empezar.

Forcé una sonrisa a la vez que bajaba la mirada para ver su mano, que seguía apretando la mía con fuerza.

—¿Esperarás?

Asentí.

Él también asintió y después se fue con el resto de compañeros a esperar a que le nombraran uno a uno para subir a dar la mano al hombre que les entregaba sus títulos.

El acto no duró ni quince minutos.

Y conseguí la foto. Esa que guardaría en mi teléfono como oro en paño.

Esperé a que Tyler bajara un poco apartada del resto de la gente. Sonreí al ver cómo varios profesores y compañeros se acercaban a él para darle la enhorabuena, creo que sin saber realmente ni quién era.

Unos le dieron la mano, otros unas palmadas en la espalda y los más prudentes le dedicaron una sonrisa y un asentimiento de cabeza.

Cuando llegó hasta mí, los dos nos quedamos cortados sin saber qué hacer.

—Enhorabuena —susurré después de varios segundos mirándonos.

—Gra… gracias.

Nos miramos varios segundos más, unos que parecieron interminables.

Y no lo pensé, porque si lo hubiera hecho, más seguramente no lo habría hecho. Sin darle oportunidad a que se apartara, hice lo que me pedía el cuerpo y el corazón en esos momentos.

Lo abracé.

Se quedó rígido los dos primeros segundos, pero él, o su cuerpo, se rindieron y al final me devolvió el abrazo.

—Estabas guapísimo ahí arriba, estoy muy orgullosa —susurré contra su cuello.

—Te he visto hacerme la foto.

—Ya te he dicho que te la iba a hacer —dije riendo.

—Siempre me gustó tu risa.

—A mí también la tuya. Deberías dejar que la gente la oyera más a menudo. Yo hace mucho que no la oía, la de verdad, y la he echado mucho de menos.

—No he tenido muchos motivos para reír.

Me separé un poco de su cuerpo, pero no le solté. Solo lo hice para poder mirarnos a los ojos.

—¿Y eso por qué?

Se encogió de hombros, pero no me contestó.

Seguimos mirándonos.

Ninguno de los dos pudo, o no quiso, retirar la mirada.

Nos quedamos enganchados el uno al otro. El resto de la gente que nos rodeaba desapareció.

Y hasta todos los sonidos de risas, conversaciones y coches también desaparecieron. Solo estábamos los dos.

No sabría decir quién de los dos fue el valiente que dio el primer paso. Probablemente fui yo, porque Tyler jamás se habría atrevido.

Lo que sí sé es que un segundo después nuestros labios estaban unidos.

Nos dimos allí, rodeados de gente, nuestro primer beso, uno que fue el más especial que me habían dado nunca.

No fue un beso salvaje ni desesperado. Fue un beso tímido, un beso de exploración. Un beso con el que por fin supimos cómo sería besar al otro después de tantos años pensándolo.

Un beso que duró hasta que tuvimos que separarnos por la falta de aire, no porque ninguno quisiera hacerlo.

Capítulo 27



Al separarnos, los dos estábamos exactamente en el mismo estado.

Nuestras respiraciones estaban aceleradas. Y nuestros corazones latían desbocados.

El mío me lo notaba latir en el pecho y en el cuello, y el suyo sabía que estaba igual porque mi mano estaba apoyada en su pecho y notaba cómo los latidos iban a toda velocidad.

Apoyó su frente en la mía y apretó su cuerpo un poco más contra el mío, como si no quisiera que me separara, como si tuviera miedo a soltarme y perder no solo mi contacto, sino también a mí.

—Yelina…

—Tyler…

Los dos, a la vez, susurramos nuestros nombres sin saber qué más decir.

Los siguientes minutos nos quedamos así, en esa posición, respirando boca contra boca. Sintiendo cómo nuestros cuerpos se iban calmando poco a poco.

Tyler fue el primero en retirarse hacia atrás. Me miró a los ojos y después cerró los suyos, como si necesitara, haciendo eso, coger valor para hablar.

—¿Esto? No… Cassian…

—Esto… Solo tú y yo. Hoy lo demás se queda todo fuera. Hoy no existe ni KayJax, ni Cassian, ni la fama, ni el FBI. Hoy y ahora solo somos Yelina y Tyler.

Asintió.

Pero no solo asintió, sino que además sonrió. Sonrió de verdad.

—¿Y quiere solo Yelina ir a comer con solo Tyler?

Solté una risita.

—Sí, claro que sí.

—Bien, pues vamos.

Nos separamos del todo, o casi, porque Tyler entrelazó nuestros dedos y así caminamos entre la gente hasta que nos alejamos lo suficiente para poder hablar sin que el bullicio de las voces nos hiciera tener que alzar la voz para entendernos.

—¿Viniste en coche?

Negué.

—Vine en taxi. El coche que usamos es el de Knox.

—Bien, pues nos vamos en mi moto.

Alcé una ceja. ¿Su moto? Eso era nuevo, por eso me sorprendió. Porque, en el pasado, habíamos hablado muchas veces de motos. Es más, era uno de nuestros temas favoritos.

Tema en el que, cuando hablábamos, los demás nunca participaban porque solo a Tyler y a mí nos gustaban.

Bueno, más que gustarnos, nos encantaban. En el pasado, siendo críos, siempre fantaseamos con tener una moto, en concreto una Harley, que era la que más nos gustaba a ambos.

Pero, por circunstancias de la vida, yo nunca tuve el dinero suficiente para comprármela.

Sí, no os sorprendáis, porque podía tener un marido rico, pero eso nunca hizo que el dinero que ganara fuera de los dos. El dinero era suyo. A mí solo, hasta que pudiera trabajar de lo mío, me dio una tarjeta con límite para que viviera.

Y Tyler, aunque sí tenía dinero, pues no se la compró tampoco.

Me paré un segundo para mirarle y, al verme hacer eso, frunció el ceño extrañado.

—No me digas que tienes esa moto.

Soltó una risita.

—Si no quieres, no te lo digo. Pero mira al frente, allí la tienes y la puedes ver por ti misma.

Miré donde me estaba señalando y casi me caigo muerta allí mismo.

Sí que era una Harley, pero la más bonita que yo había visto en mi vida. Y no solo eso. Era exactamente como tantas veces habíamos hablado en el pasado.

Sin poder evitarlo, se me llenaron los ojos de lágrimas. Leches, que al final sí que se compró la moto de nuestros sueños y yo sin saberlo.

—Dios… es preciosa, Tyler.

—No tanto como tú, pero no está mal.

—Vamos —dije tirándole de la mano y echando a correr.

Mientras corríamos, él no dejaba de reírse al ver mi impaciencia y casi se queda sin respiración.

Cuando llegamos a la moto, la admiré, la acaricié y hasta dos lagrimones se me escaparon de la emoción.

Tyler sacó dos cascos de las maletas que llevaba. Uno suyo, totalmente personalizado, y el otro básico que, según me dijo, lo llevaba por si tenía que llevar a alguien así de improviso.

—¿Desde cuándo la tienes?

Carraspeó y me retiró la mirada.

—¿Tyler?

Resopló.

—Desde hace siete años. No me fui dos días a desconectar cuando fue tu cumpleaños, me fui a recogerla. Se pasaron cuatro meses montándola exactamente como yo quería, hasta dejarla tal y como está.

—Joder…

Mientras miraba la moto, una idea loca se me cruzó por la cabeza y no quise quedarme con la duda.

—¿Tu regalo iba a ser darme una vuelta en la moto?

Sonrió con tristeza en la mirada.

—No.

—Pero tenía que ver con ella, ¿verdad?

Asintió.

—¿Qué era?

—Qué más da, Yelina. Han pasado muchos años.

—A mí no me da igual, quiero saberlo.

Se lo pensó unos segundos, pero finalmente contestó la verdad.

—Te compré un casco personalizado como el mío y te iba a pedir que me acompañaras a hacer una ruta que me habían recomendado de dos días.

Dios mío, poco más y se me sale el corazón por la boca de la impresión.

—¿En serio? —dije con los ojos aguados.

—Sí. Pero, como he dicho, ya no importa. ¿Qué te apetece comer?

Suspiré mientras me aguantaba las lágrimas a la vez que decidía dejar el tema. A Tyler se le veía muy incómodo hablando de ello y no quise hacerle sentir peor de lo que debió de sentirse cuando vio que no iba a poder darme mi regalo porque me había largado.

—Me crie con Joy, ¿recuerdas? No hay nada que no me guste. Así que lo que quieras.

Sabía desde siempre que Tyler odiaba ir a restaurantes. Eso de que la gente le reconociera y no le dejaran comer tranquilo porque se acercaban a su mesa a pedir autógrafos, fotos o a cotillear, lo llevaba fatal.

Le vi pensar.

—¿Dónde ibas a comer tú?

—Solo en mi casa. Hoy no tenía ganas de estar con todos.

—Pues si quieres, y sé que estarás más a gusto allí, por mí está bien.

—¿No te importa?

Alcé una ceja.

—¿Qué pregunta es esa? Sabes de sobra que no me importa. He cambiado en algunas cosas. Pero en otras sigo siendo la misma Yelina de siempre. Esa a la que le gusta charlar mientras come y que prefiere, igual que tú, que desconocidos no la molesten.

—Perfecto. Pues vamos a mi casa. Sube.

Esperé a que montara él y me subí detrás. Me agarré a su cintura.

Arrancó y cerré los ojos para empaparme bien del sonido inconfundible que tenía la moto.

—Negaré esto si ciertas personas me preguntan, más que nada para no crear un conflicto en el que tendré que acabar sacando mi arma. Pero este sonido supera cualquier canción vuestra.

Soltó una carcajada.

—Sí, mejor guárdate ese comentario para ti. Si te oye alguien, puedes crear hasta un conflicto internacional.

—Vale, pero sabes que tengo razón.

—Luego, en casa, te toco una canción que he compuesto yo solo y comparamos.

—Perfecto. Venga, sal ya —dije impaciente.

Mientras duró el trayecto hasta su casa, ninguno de los dos dijo ni una sola palabra. Solo disfrutamos del aire que nos acariciaba la cara, del sonido de la moto al acelerar y de ese momento compartido que para nosotros tenía mucho significado y era especial.

Cuando tomó el camino hacia nuestro antiguo barrio, fruncí el ceño, extrañada, y me pregunté por qué estaríamos yendo allí. Pensé que lo mismo había tenido la misma idea que yo el día anterior e iba a coger unas hamburguesas.

Llegamos hasta el antiguo local en el que ensayaban y dio a un mando desde la moto para que se abriera la puerta.

Entró dentro con la moto y, cuando vi cómo estaba aquello, me quedé en *shock*.

Toda la pared estaba cubierta de fotos del grupo en conciertos, en el estudio grabando y también de todos juntos en casa, de aquella época en la que la fama aún no los había separado.

Pero no eran solo imágenes de ellos. También había fotos mías, de Rachel e incluso algunas de Andrew.

Y, además de todo aquello, había un teclado enorme que llamaba la atención nada más entrar.

—Aquí ensayas tú solo —dije afirmando.

—Así es. Deja el casco encima de la mesa. Vamos a casa.

—¿A casa?

—Yelina, hace años que vendí el piso que tú conocías. Ese que me compré cuando todo empezó y me mudé aquí.

—¿Aquí dónde?

—A nuestro edificio.

Por un momento creí que se me desencajaba la mandíbula de la sorpresa y que los ojos se me salían de las órbitas.

—No te sorprendas tanto. Sabes que nunca quise marcharme de este barrio. Ni de nuestra casa.

Eso era verdad. Le costó muchísimo marcharse de allí cuando todos lo hicieron. Eso fue justo un año después de morir sus padres en un accidente de coche.

No quería irse de la que había sido siempre su casa y en la que tenía sus recuerdos con sus padres. Pero Cassian, Jake y Sullivan, después de insistir hasta el aburrimiento, consiguieron que cediera.

Pero, al parecer, se arrepintió de haberlo hecho y, en cuanto había tenido la oportunidad, había comprado el edificio y había vuelto.

Cuando abrió la puerta de la que siempre había sido su casa, en la que yo había entrado mil veces en el pasado, me quedé pasmada porque apenas la reconocí.

Y no solo porque la decoración y la distribución eran totalmente distintas, sino porque había unido el piso de al lado y era el doble de grande de lo que era en el pasado.

La leche, si hasta tenía un *jacuzzi* en el baño principal de su habitación.

—Es una pasada, Tyler.

—Lo sé —contestó sonriendo—. Vamos a comer, anda —añadió tirando de mi mano hasta la cocina.

—¿Vas a pedir comida a domicilio?

—Oye, que tengo dos manos que saben hacer más cosas que tocar el teclado. Antes de ir a la graduación, cuando he venido esta mañana, he dejado hecha una lasaña que solo tenemos que calentar.

—¿Has hecho una lasaña? ¿Pero tú desde cuándo cocinas? Si no sabías ni freír un huevo.

—Desde que la mejor cocinera del mundo se marchó a otro estado y echaba tanto de menos sus comidas que hice varios cursos *online* a ver si era capaz de hacer algo decente.

—Cuando se lo cuente a Joy va a flipar. Siempre dijo que, si no existiera la comida a domicilio, morirías.

—Pues primero prueba la lasaña y luego, si eso, ya le cuentas qué tal se me da eso de cocinar.

Mientras calentaba la lasaña, hablamos de cosas neutrales, sin meternos en ningún charco que nos pudiera salpicar. No era el momento para hablar de ciertas cosas.

Hablamos de Joy, de mi padre. De cómo había llegado a ser agente del FBI y también de Andrew y de lo encantado que estaba con su teclado nuevo.

Capítulo 28



Antes de abrir los ojos siquiera, lo primero que pasó fue que sonreí.

Sí, sonreí como hacía tiempo que no lo hacía, porque no solo sonreí con la boca, sino también con el corazón.

Giré un poco la cabeza y vi la penumbra que aún estaba instalada en la habitación. Solo había un poco de iluminación por el reflejo de la luna, que todavía estaba en todo lo alto.

Todo estaba en silencio.

Un silencio maravilloso que solo rompía el sonido de la respiración de Tyler, que estaba dormido a mi lado mientras me agarraba por la cintura con un brazo, a la vez que me tenía encajada contra su cuerpo.

Como si ese hubiera sido siempre mi lugar, como si hubiéramos nacido para encajar.

Me quedé mirándole unos segundos y mi sonrisa se hizo más amplia al ver lo tranquilo que parecía así dormido. Tenía el rostro totalmente relajado y, aun estando dormido, en la boca se le veía una pequeña sonrisa.

Miré el reloj de mi muñeca.

Las cinco de la mañana. Tarde para unas cosas, pero muy temprano para otras. Para mí había de las dos.

Tarde para volver a dormirme, ya que el trabajo me esperaba y ya no podía demorar más mi vuelta al hotel. Y pronto para levantarme sin cerrar los ojos unos minutos y recordar, antes de irme, cómo se habían dado las cosas para haber acabado en la cama de Tyler durmiendo a su lado.

Después de comer la lasaña, que por cierto estaba deliciosa, sacó también un tarro de helado del congelador, de chocolate con menta, que era el favorito de los dos, y nos sentamos en el sofá del salón a comerlo.

Entre cucharada y cucharada hubo muchas risas.

—Deja de reírte mientras comes, pequeña, que te estás poniendo perdida.

—No es verdad, no me he manchado —dije mirándome la camiseta.

—Aquí sí que tienes helado.

Alargó la mano para limpiarme una gota de helado que tenía en la barbilla y demostrarme que tenía razón.

—No soy la única que se mancha, tú también tienes helado fuera de la boca.

—Mentira.

Lo miré con una ceja alzada.

—Sí tienes.

Y para demostrárselo, alargué la mano y pasé dos de mis dedos por sus labios. No vi venir lo que hizo a continuación, que, lejos de no gustarme, me encantó y me hizo removerme en el sofá de lo caliente que me puse con ese gesto.

Abrió los labios y atrapó mis dedos entre ellos y chupó el helado que había recogido con ellos.

Lo siguiente que pasó fue inevitable.

Dejó el tarro de helado, que él mismo estaba sosteniendo, y las dos cucharas que estaban dentro encima de la mesa.

—Necesito saber a qué sabe el helado en tu boca además de en tus dedos —me susurró mientras acercaba su cara a la mía.

La contestación por mi parte fue acercarme todavía más y pasar mi lengua por sus labios.

—En tus labios sabe de maravilla.

No hubo más palabras. Un segundo después de eso nos estábamos besando.

Pero ese beso ya no fue como el primero. Ese ya fue hambriento; en ese nuestras bocas ya se conocían y no necesitaron la calma de la primera vez ni apareció la timidez.

En pocos segundos, el beso se volvió salvaje, pasional e hizo que los dos necesitáramos ir más allá.

Tyler me quitó la camiseta, yo a él la camisa. Después voló el resto de la ropa.

Necesitábamos conocer el cuerpo del otro. Nos acariciamos el uno al otro hasta que el deseo se hizo tan grande que ya no nos valió solo con eso.

—Agárrate. No consentiré que la primera vez que te haga mía sea en un sofá. Será en mi cama, esa en la que llevo años soñando tenerte.

No le contesté. No pude hacerlo. Entre lo ciega de deseo que estaba y lo abrumada que me dejó con esa confesión, que yo ya sabía que era así, pero una cosa era saberlo y otra oírselo decir, solo pude enroscar mis piernas a su cintura y dejarme llevar.

La delicadeza con la que me tumbó en la cama y la manera en la que me miró segundos después, como si fuera única en el mundo, me desarmó totalmente.

No hubo prisas por parte de ninguno de los dos.

Nos tomamos todo el tiempo necesario para besar, lamer y explorar nuestros cuerpos, grabando en nuestras memorias todos y cada uno de nuestros pliegues.

Tres orgasmos y decenas de jadeos después de eso, se tumbó encima de mí y con la rodilla me pidió que me abriera para recibirle.

—¿Estás segura? —me preguntó con miedo en la mirada.

No miedo a que le dijera que no, porque los dos sabíamos en ese momento que eso no podría pasar por el estado de excitación que teníamos, sino a que después me arrepintiera.

—Nunca he estado más segura en mi vida de nada. Hazlo. Hazme tuya.

Me sonrió.

Y esa sonrisa no se le borró de la cara mientras entraba en mi interior, lentamente, de una forma tan delicada que era casi hasta agónica, ya que tenerle dentro no era solo porque le deseara más de lo que había deseado nunca a ningún hombre, sino que era necesidad.

Necesidad de unirme al hombre del que estaba enamorada, por fin.

Porque sí, puede que hubiera tenido alguna duda, pero desde que nos habíamos besado cuando bajó de esa tarima, lo tuve clarísimo.

Estaba enamorada de él.

Y lo mejor o lo peor es que no era algo que hubiera surgido de repente, es que cuando me fui ya lo estaba, pero no supe o no quise verlo.

Después de esa primera vez, una maravillosa que se me quedaría grabada en la memoria para toda la vida, vinieron unas cuantas más.

No salimos de la cama desde que me llevó allí.

Pasamos la tarde entera enredados entre las sábanas. Besándonos, riéndonos, haciendo el amor lentamente y también, por qué no decirlo, follando salvajemente.

Porque sí, los dos teníamos ese lado tierno en el que sabíamos disfrutar con lentitud del otro, pero también ese lado más salvaje en el que lo dimos todo. En el que probamos posturas imposibles, en el que lo hicimos contra la pared, contra los azulejos de la ducha, por la que pasamos al menos tres veces, y hasta en el suelo.

Ni siquiera cenamos, nos alimentamos el uno al otro durante horas.

Y no paramos hasta que, ya entrada la madrugada, el cansancio nos venció y nos quedamos dormidos uno en los brazos del otro.

Abrí los ojos y volví al presente. Miré el reloj.

Las cinco y cuarto.

Hora de irse, Yelina. El trabajo y el cotilla de Knox te esperan, me dije mientras, con mucha lentitud, intenté quitar la mano de Tyler de mi cintura.

—¿Dónde vas? —dijo sobresaltándome, porque no me esperaba que estuviera despierto.

—Tengo que trabajar.

Abrió los ojos un poco y giró la cabeza para mirar hacia la ventana.

—Pero si aún no ha amanecido.

Solté una risita.

—Pues ya llego tarde. Knox me esperaba ayer.

Alargó la mano y me apretó un poco más contra su cuerpo.

—Dame un beso de buenos días o no dejo que te levantes. Te secuestraré aquí todo el día.

—¿Me secuestrarás?

—Ajá…

—No puedo dejar que hagas eso —dije antes de lanzarme a sus labios.

Que por supuesto no se quedó solo en un beso.

Sino que fueron muchos más mientras hicimos el amor de nuevo.

Ya amanecía cuando salí del portal del edificio que había sido mi casa muchos años atrás.

Me monté en el taxi que había pedido nada más salir de la ducha mientras medio discutía con Tyler porque quería ser él quien me llevara al hotel.

Discusión que al final gané yo porque conseguí que se quedara en la cama descansando un rato más.

Nos despedimos en la puerta de su casa entre besos.

Ahí le pregunté si luego iría a casa de Cassian y me dijo que sí, que quería estar un rato con Rachel, porque los dos sabíamos que toda aquella situación la tenía al límite y llevaba días sin casi dormir.

Le dije entonces que allí nos veríamos, porque seguramente Knox y yo volveríamos a pasarnos para seguir preguntando algunas cosas.

Me bajé del taxi cansada, pero muy feliz.

Cuando entré en la habitación, como me esperaba, Knox ya estaba despierto, aunque no se había levantado de la cama, sino que estaba tumbado con un brazo detrás de la cabeza mirando al techo.

—No necesito preguntar qué tal te ha ido. Porque traes una cara de recién follada que te delata.

Puse los ojos en blanco y le lancé un cojín, que fue lo primero que pillé.

—Buenos días para ti también.

—Sí, buenos días y lo que tú quieras. Pero cuéntame qué tal. Porque no es solo la cara que traes, de que el teclista tiene manos de oro, es también esa sonrisa tuya de mujer más que satisfecha.

—Eres un cotilla.

—Eso no es nuevo.

—Pues no pienso contarte nada.

Soltó una carcajada.

—¿Quieres que te obligue?

—Inténtalo si puedes, valiente.

Se levantó de la cama de un salto y vino hacia mí con pasos rápidos.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que me has pedido. Obligarte —contestó riéndose.

—Knox…

No me dio tiempo a decir nada más. Se agachó y me cargó al hombro como si fuera un saco de patatas.

—Suéltame, gilipollas —dije riéndome cabeza abajo.

—¿Vas a hablar?

—No.

Me lanzó en la cama y se sentó a horcajadas encima de mí para impedirme moverme.

Lo vi. Vi en su mirada lo que pretendía hacer.

—No se te ocurra —le advertí.

—¿Vas a hablar?

—Que no, jodido maruja, no voy a contarte nada.

—Respuesta equivocada —dijo antes de empezar a hacerme cosquillas.

Era un capullo de manual. Sabía que no soportaba las cosquillas, sabía de sobra que con esa artimaña conseguiría hacer que me rindiera.

Y me rendí. Solo un minuto después, muerta de la risa, me rendí y le conté todo mientras nos quedamos tumbados en la cama.

—¿Y tú qué? ¿Has averiguado algo más?

—De hecho, sí, pero te lo cuento mientras desayunamos. Si no has cenado, estarás famélica. Voy a pedir un desayuno de campeones —dijo antes de que los dos nos levantáramos de la cama.

Capítulo 29



Quince minutos después, los dos ya vestidos, nos sentamos a la mesa para dar buena cuenta del grandioso desayuno que Knox había pedido, que era incluso más exagerado de lo que fue el mío la mañana anterior.

Nos servimos varias cosas en los platos, un zumo de naranja y una buena taza de café.

—Venga, cuéntame qué has averiguado.

—Estuve revisando otra vez las cuentas bancarias.

—¿Por qué? Si ya habíamos visto que, quitando la de Tyler, que es el único que tiene un pastón, los demás tienen unas telarañas que ni las que lanza Spiderman.

—Pensé que, si Jake está en algún sitio escondido y desde sus teléfonos no se están comunicando con él, tienen que estar haciéndolo de otro modo.

Me quedé pensando unos segundos y enseguida vi hasta dónde quería llegar.

—¿Pensaste que podían tener otro teléfono para comunicarse con él? ¿Que compraron unos nuevos?

—Eso mismo.

—¿Los hay? —pregunté ansiosa.

—Efectivamente.

—¡Sí, joder, sí! ¡Los tenemos!

—No corras tanto, que todavía no tenemos una mierda.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que no? Has dicho que tienen otros teléfonos. Ahí estarán las llamadas o los mensajes, ¿no?

—Eso creo. De momento es una suposición.

—Explícate —le pedí.

—Como sabemos, el teléfono de Jake, ese que tiene apagado desde que desapareció y que no sabemos dónde coño puede estar porque la última ubicación fue en el estudio, no lo ha vuelto a encender.

—Entonces él tiene uno de esos teléfonos que compraron, ¿no?

—Eso creo. Jake tendrá uno y Sullivan o Cassian el otro.

—Entonces solo tenemos que ver los registros.

—No hay registros.

Volví a fruncir el ceño.

—Son de prepago, ¿no?

—Así es. En la cuenta bancaria de Cassian hay un pago con tarjeta en un centro comercial donde compró dos teléfonos de prepago. Que hay que ser gilipollas para pagarlo así y que quede reflejado —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Ese ha sido el fallo que estábamos buscando. El fallo que todos los criminales cometen inconscientemente, pensando que nunca les pillarían por eso.

—No pensarían que los investigaríamos. Ni se imaginan que podríamos pensar en ellos como sospechosos.

—Porque se creen mejor que nadie y porque su ambición y su desesperación por conseguir dinero no les deja ver más allá.

—Pues el tiro les va a salir por la culata, porque puede que lleven días ingresando un buen dinero, como esperaban, por las ventas de discos y de *merchandising*, pero eso se va a terminar. Y después no van a vender una mierda cuando el mundo se entere de lo que han hecho.

En esos momentos estaba cabreada, muy cabreada, porque dentro de mí hasta entonces había tenido una pequeña esperanza de que Knox y yo estuviéramos equivocados y de que esos tres descerebrados no hubieran sido capaces de hacer una cosa así.

Pero al parecer sí que lo habían hecho y solo nos faltaba tener esos teléfonos en las manos para poder demostrarlo.

—El teléfono que tienen o Sullivan o Cassian tiene que estar en la casa. De allí no han salido.

—Pues, si es así, tenemos que encontrarlo —dije convencida.

—Si pedimos una orden de registro, tardará, ya lo sabes.

—¿Se lo has contado a Sterling?

—No. Ayer, cuando hablé con él por la tarde, aún no había visto la compra con la tarjeta.

—Perfecto, porque no vamos a necesitar esa orden.

—¿No? —dijo mirándome con la ceja alzada.

—No. Si el teléfono está en la casa, como pensamos, yo lo encontraré.

—¿Y cómo vas a hacer eso? Porque de ella no salen. Y lo más lógico es que lo tengan en su habitación.

Solté una risita porque ya llevaba varios minutos trazando un plan en mi cabeza para conseguir ese puto teléfono y poder darles a todos la patada en el culo que se merecían.

—Es que se va a enterar.

—¿Qué?

—Que será él mismo el que me deje o, más bien, me lleve allí.

Se quedó pensando unos segundos qué era lo que quería decir y se llevó las manos a la cabeza.

—No me jodas, Yelina, ¿vas a tirártelo para poder entrar en su habitación?

—Eh… para, para. Yo he dicho que él me llevará allí, no que vaya a tirármelo. Eso es lo que él pensará que va a pasar. Pero mientras duerme, porque le dejaré *KO* antes, registraré toda la habitación.

Knox soltó el aire que estaba conteniendo.

—Joder, menos mal. Se me había puesto un mal cuerpo solo de pensarlo que no veas.

—Hay veces que me excedo en mi trabajo, pero tirarme a un sospechoso, por muy marido mío que sea, te aseguro que no será uno de esos excesos.

—Pero los demás estarán allí y verán que te vas con él.

Asentí, sabiendo lo que quería decir y en quién estaba pensando en esos momentos.

Yo también lo había hecho.

Había pensado que Tyler estaría allí presente y que tendría que verme irme con Cassian sin saber lo que me proponía o por qué lo hacía.

Me jodía tener que hacerlo así, y mucho.

Me fastidiaba tener que hacerle daño, porque se lo haría, de eso estaba segura, pero no había otra manera de acabar con toda la mierda en la que estaban metidos cuanto antes.

Lo que estaba claro es que no podía contarle lo que estaba pasando ni las sospechas que teníamos.

Eso no podría hacerlo hasta que estuviéramos seguros y tuviéramos el jodido teléfono en nuestro poder, ya que, si ahí había mensajes o llamadas, que esperaba que sí, sería la prueba definitiva para acabar con todo de una vez por todas.

Solo esperaba que confiara lo suficiente en mí y que cumpliera lo que le había pedido: que confiara en mí viera u oyera lo que fuera.

Porque, si no era así, me costaría mucho después que me perdonara.

—Lo sé. Si estás pensando en Tyler, yo también lo he hecho y solo espero que confíe en mí lo suficiente y que no saque conclusiones precipitadas antes de que pueda explicarle todo.

—Pues esperemos que así sea. Porque si no, por culpa del cabrón de Cassian, le perderás por segunda vez.

—No pienso perderle.

—Yo te ayudaré a que eso no pase —dijo dando por concluida la conversación, y yo asentí agradeciéndoselo con la mirada.

Salí del hotel convencida de que mi plan saldría bien, porque sí, tenía que salir bien.

Pero, a medida que nos fuimos acercando hasta la casa de Cassian, esa confianza en el plan que tenía se fue mermando cada minuto que pasaba.

Y no fue porque pensara que no sería capaz de encontrar el teléfono si estaba allí, no, eso no era lo que hizo que mis nervios aumentaran, porque sabía de sobra que podría hacerlo sin ningún problema.

Lo que me fue poniendo más nerviosa era pensar en lo que podría pensar Tyler al verme irme con Cassian, porque si conocía un poco a mi marido, y os aseguro que lo hacía, sabía de sobra que no se cortaría ni un pelo en dejarles claro a todos los presentes que precisamente a tomar el té no nos iríamos.

No. Él, como el arrogante y engreído que había sido siempre, les dejaría a todos saber que, gracias a lo irresistible que era y sacando pecho para dárselas de machito, con un chasquido de dedos y dos conversaciones, la tonta de su mujer había vuelto a caer en sus redes.

Pero, aunque estaba nerviosa, algo dentro de mí también me decía que, después de la tarde y la noche que habíamos pasado juntos Tyler y yo, en las que, aunque palabras no se dijeran, quería pensar que con nuestras miradas nos dijimos muchas cosas, él confiaría.

Por eso necesitaba creer que haría justo lo que le había pedido.

Knox aparcó el coche en el mismo sitio, justo enfrente de la puerta principal, como hicimos dos días atrás.

Él bajó primero y yo lo hice unos segundos después, justo cuando cogí aire y me dije a mí misma: «Entra, hazlo y lo demás lo solucionarás después».

Porque no puedes tener tan mala suerte o el destino no puede ser tan desgraciado de hacerte perder al hombre que quieres dos veces en la vida.

—¿Estás bien?

—Sí —dije mintiendo a medias.

—Yelina, si no estás segura, lo haremos de otra manera o esperaremos la orden de registro.

—Sabes que no hay otra manera, Knox. La orden, si es que nos la dan, y tengo dudas de que así sea porque no hay indicios suficientes, solo nuestras suposiciones, tardaría días en llegar.

—Lo sé.

—Y son días que no tenemos. El tiempo corre en nuestra contra. Pueden deshacerse del teléfono si tienen la más mínima sospecha de que los creemos sospechosos. O hacer que Jake aparezca mañana inventando cualquier milonga con la que, encima, queden de héroes.

—Estaría cojonudo que, encima, se llevaran ellos toda la gloria —dijo cabreado.

—Son capaces de eso y de más.

—Está bien, pero si dudas en cualquier momento, solo mírame y buscaremos otra solución.

Asentí.

—No dudaré, pero gracias por querer hacérmelo más fácil. ¿Tú harás lo que hemos hablado?

—Sí. Reuniré a todos los demás y haré como hicimos el primer día: preguntas en grupo. Algunas serán las mismas y otras me las iré inventando sobre la marcha. Sabes que carrete tengo de sobra para estar horas machacando a quien sea.

—Espero no tardar horas —dije resoplando.

—Si tardas mucho, fingiré que me has mandado un mensaje y me marcharé.

—Sí, porque si no, puede parecer que me estás esperando. Y si subo allí, es sin prisas por bajar, o eso tienen que pensar todos, o al menos Sullivan.

—A ese no lo perderé de vista.

Capítulo 30



Llamamos al timbre y, como las veces anteriores, fue Jenny la que nos abrió, aunque en esa ocasión no nos dijo que todos estaban en el salón desayunando porque ya era cerca de media mañana.

Para sorpresa nuestra, Sullivan y Cassian, según nos dijo, estaban con los demás en el jardín aprovechando el solecito que había salido ese día, aunque apenas calentara.

—¿Quieren que les saque algo de beber?

—Yo no quiero nada, gracias —contesté.

—Yo sí, una botella de agua, por favor.

—Ahora mismo se la traigo —dijo antes de marcharse en dirección a la cocina.

Caminamos hasta la puerta del jardín y nos quedamos unos segundos parados observando lo que estaba haciendo cada uno de ellos.

Sullivan estaba un poco retirado, al fondo del jardín, hablando por teléfono, seguramente mediando con la prensa, la discográfica o algo por el estilo, ya que era en lo que se pasaba ocupado la mayor parte del día.

Sarah y Rachel estaban sentadas juntas en un balancín.

La primera tenía en las manos un ovillo de lana y dos agujas y estaba tejiendo lo que parecía una bufanda.

Siempre le había encantado hacerlo y, además, decía que tejer la relajaba mucho. Teniendo en cuenta lo afectada que estaba por la desaparición de su hijo pequeño, me pareció una buena forma de mantenerse entretenida y sentirse un poco mejor.

Rachel estaba de lo más pensativa, mirando sin ver al fondo del jardín. Seguro que estaba pensando en su hijo y en lo mal que lo estaba pasando con toda esa situación por tener que estar separado de ella.

Tyler y Cassian estaban enfrente de ellas.

Tyler estaba sentado en un taburete frente al teclado que siempre tenía en aquella casa para cuando tocaban en alguna fiesta privada o decidían ensayar allí en vez de ir al estudio.

En ese momento iba probando notas al azar, pero yo le había visto hacerlo tantas veces que lo reconocí enseguida.

Estaba buscando el ritmo adecuado, la mejor manera de hacer su magia para una nueva canción que Cassian había escrito.

En el último en el que me fijé fue en Cassian.

Estaba sentado cerca de Tyler, tarareando.

En las manos tenía una libreta en la que iba apuntando, tachando o cambiando seguramente alguna palabra de la canción que, con el ritmo que le daba Tyler, quedaba mucho mejor.

Ahí faltaba la magia de la guitarra de Jake para que todo terminara de cobrar sentido, pero eso ya no iba a pasar porque los muy gilipollas la habían liado, y mucho.

—¿Qué hacen? —me susurró Knox.

—Integrando la música que Tyler cree que va mejor a una canción que Cassian ha escrito.

—Suena bien.

—Suena perfecto —dije sonriendo.

—Es una pena lo que han hecho. Joder, qué rabia da. Podían ser los reyes del mambo y, por perderse, mira en el lío que se han metido.

—Es una pena, sí —dije con tristeza.

—Lo que no entiendo es que, si no saben el estado de las finanzas de Tyler, lo lógico es que piensen que está tan pelado como ellos y deberían haberlo incluido en el plan.

—Tyler, aunque estuviera en la ruina, nunca habría aceptado participar en algo así y los otros lo saben.

—Nunca fue como ellos —dijo afirmándolo, muy seguro.

—No. Precisamente por eso tiene lo que tiene. Él maduró y los demás no; la fama terminó devorándolos.

—Es una pena, una verdadera pena.

Y sí, ciertamente lo era.

Porque Cassian podía haberme roto el corazón, podía haberme hecho mucho daño, pero me dolía en el alma tener que ser precisamente yo la que tuviera que sacar a la luz el delito que habían cometido.

Porque haber denunciado una desaparición que no existía, haber implicado incluso al FBI además de a la policía y aprovecharse económicamente de ello era un delito y tenían que pagar por eso.

Seguramente, por ser quienes eran, se librarían de la cárcel por no tener antecedentes penales, pero de la multa y de la vergüenza pública cuando la prensa se enterara no los iba a librar nadie.

Y eso seguramente sería el final de KayJax, ya que tendría una repercusión mediática muy negativa. Eso sin contar lo que decidiría hacer Tyler cuando se enterara.

Que esa era otra de las cosas que más me preocupaban: lo mal que se iba a quedar al saber lo que habían hecho sus amigos, compañeros y hermanos de corazón, como siempre se habían considerado todos.

—¿Preparada para el espectáculo?

—Crecí entre ellos, Knox, así que estoy más que preparada. No solo me enseñaron a amar la música. También aprendí a detectar mentiras y a decirlas o hacerlas cuando es necesario —dije con pesar.

Knox alargó la mano y agarró la mía para apretármela y darme ánimos.

—Pase lo que pase, estoy aquí. Siempre estaré aquí.

Tuve que hacer un esfuerzo y tragar varias veces para que se me pasara el nudo que se me puso en la garganta.

—Gracias, Knox. Sin ti no sería capaz de hacer esto.

—Claro que lo serías, pero estarías más triste porque no podrías contemplar a diario lo guapo que soy.

Tuve que reír bajito y darle las gracias de corazón a Knox por ser como era. Siempre, hasta en los peores momentos, sabía qué decir para aligerar el ambiente y hacer que todo pareciera más fácil.

—Eres idiota, pero te quiero con toda el alma, mi medio desastre —dije devolviéndole el apretón.

—Yo también te quiero. Vamos, Yel, termina con esto y vámonos a casa. No sé cómo lo voy a hacer, pero te prometo que conseguiré que Sterling nos dé al menos una semana de vacaciones.

—Solo por esa semana de vacaciones, que necesito como el aire, soy capaz de pegar un tiro a quien haga falta.

—Bueno, pero apunta bien, no se te vaya a ir el tiro y me des a mí. Que yo me voy a ir contigo a esas vacaciones. Ya lo tengo todo pensado.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Playita. Mojitos. Sol. Agua salada. Sin teléfono. Y, a ser posible, con la gente que nos importa a nuestro lado.

—Te lo compro. Es el mejor plan para cerrar este capítulo.

Nos miramos unos segundos y ya no hizo falta decirnos nada más. Asentimos, sonreímos y, después de soltarnos la mano, salimos al jardín.

—Buenos días a todos —dijimos los dos a la vez.

Y el espectáculo que había dicho Knox empezó bien rápido. Demasiado. Porque Cassian, al oírme, se levantó con rapidez, se acercó a mí y, sin dejarme ni hablar, me agarró por la nuca y me besó allí delante de todos.

El silencio que vino después de eso fue el más incómodo que yo había vivido en años.

Pero todavía fue peor ver las caras de todos cuando por fin Cassian se despegó de mi boca.

Estaba de frente a ellos, así que pude ver perfectamente las reacciones de todos los presentes. Lo que Cassian había hecho podían entenderlo; al fin y al cabo, era propio de él tener ese tipo de arrebatos. Lo que no entendían, y eso se veía clarísimo en sus miradas, era que yo no me hubiera apartado y que encima le hubiera devuelto el beso.

Porque sí, con todo el dolor de mi corazón, tuve que devolvérselo para que el plan siguiera su curso.

La mirada de Rachel me decía que estaba enfadada, decepcionada y también dolida, seguramente pensando que le había mentido cuando le dije que no volvería con Cassian. Sullivan también tenía enfado en la suya. Nunca me tragó y eso no fue un secreto para nadie, ni siquiera para Cassian, así que mi sola presencia ya le molestaba, y que volviera con su amiguito del alma todavía más, porque pensaría que se le acabarían las orgías, las copas y todo lo demás que compartían.

Sarah, en cambio, me miraba entre alucinada y preocupada. Y era normal, porque sabía lo mal que lo pasé en el pasado por culpa de su hijo y no querría, sabiendo cómo era, que volviera a pasar por lo mismo.

A Knox no me hizo falta mirarle. Él ya sabía cuáles eran mis intenciones y por qué lo hacía, así que lo que había en su mirada me lo podía imaginar de sobra: resignación y preocupación a partes iguales.

Enfrentarme a la de Tyler fue lo más duro.

Le dejé para el final porque realmente tenía miedo de lo que me iba a encontrar en ella. Sabía que, por cómo me mirara, sabría si me había hecho caso en eso de confiar en mí como le había pedido, y no en lo que viera.

Cerré los ojos solo dos segundos y después le miré.

Al cruzar nuestras miradas, se me cayó el alma a los pies y se me estrujó el corazón.

No, no había confiado en mí.

En sus ojos había muchas cosas y ninguna buena. Había decepción, asco, desilusión, incluso un poco de odio. Pero lo peor no fue ver todo eso. Lo peor fue ver que todo lo que había el día anterior había desaparecido de un plumazo.

Ya no había admiración, ni cariño, ni respeto, ni mucho menos amor.

Vacío. Solo había cosas malas y vacío.

Incluso ese brillo que siempre había tenido en sus preciosos ojos verdes había desaparecido en décimas de segundo.

Capítulo 31



—Esperaba que aparecieras ayer, te estuve esperando todo el día, Linny.

Cassian no me había soltado cuando terminó de besarme, sino todo lo contrario: me tenía bien agarrada de la cintura.

—Estuvimos todo el día trabajando.

Tyler soltó una risa seca y supe que ahí iban a empezar los problemas, porque no pensaba callarse.

Nunca lo hizo en el pasado y, por lo que parecía, tampoco iba a hacerlo en ese momento. No era un hombre que se tragara las cosas. Vamos, que era de los que no tenían pelos en la lengua.

Eso sí, estaba segura de que no contaría allí que habíamos estado juntos el día anterior, ni mucho menos lo que habíamos estado haciendo. Pero que iba a tirar varias chinitas, de eso sí estaba segurísima.

—Sí, se te ve cara de agotada. Seguro que no has dormido mucho —dijo con sorna.

—He dormido lo justo.

—¿Y qué tal el trabajo? ¿Conseguiste lo que querías? —preguntó con ironía, aunque de eso solo Knox y yo nos dimos cuenta, porque éramos los únicos que sabíamos qué había estado haciendo yo el día anterior y con quién.

Tuve que morderme la lengua y no contestarle.

No era el momento ni el lugar para hacerlo y, sabiendo el daño que le había hecho dejándome besar por Cassian, que se reflejaba en su cara después del maravilloso día que habíamos pasado juntos, menos todavía.

Iba a decir algo con lo que salir del paso, pero no tuve ocasión.

Mi medio desastre, Knox, salió en mi ayuda como el buen amigo que era y desvió la atención al hablar él.

—De hecho, estamos muy lejos de conseguir lo que queremos, por eso hoy tenemos más preguntas. Así que, cuanto antes empecemos, mejor.

—Pues no sé qué más nos vais a preguntar, ya os hemos contestado y dicho todo lo que sabemos —dijo Sullivan de mala leche.

—Te aseguro que, si quisiera, tengo tantas preguntas que podemos estar aquí hasta que se nos haga de noche. Pero no creo que sea necesario. Espero que con un par de horas sean suficientes.

—Pues empezad ya, yo tengo que irme en un rato, he quedado —dijo Tyler.

—¿Has quedado? ¿Con quién? —le preguntó Rachel.

—He quedado con Stella para comer.

—Esa chica es estupenda y hacéis muy buena pareja. A ver si hacéis lo vuestro oficial de una vez —le dijo Sarah sonriendo.

—De momento solo somos amigos, pero todo se andará.

—No digas chorradas. Llevas meses viéndote con ella y tirándotela. Eso no se hace con una amiga, es tu novia; otra cosa es que no lo hayáis hecho oficial para que la prensa no te maree —le dijo Cassian.

Yo me quedé muda.

Ni respirar podía.

Pero ¿cómo coño iba a poder respirar si bastante tenía con mantenerme en pie? Porque, joder, enterarme así de sopetón de que Tyler tenía pareja después de lo que había pasado entre nosotros el día anterior era demasiado.

Giré un poco la cabeza para cruzar la mirada con Knox y vi que estaba flipando igual que yo.

Porque sí, era para flipar.

Después miré a Rachel, que parecía muy disgustada y observaba a Tyler mientras negaba con la cabeza.

—¿Quién dice que no se puede hacer eso con una amiga? Hay muchas clases de amigas.

—Hombre, hasta ahí llego, ¿sabes? —le dijo Cassian poniendo los ojos en blanco.

—Hay amigas como Rachel, que son intocables, por ejemplo. Amigas como Stella, que seguramente se convierta en algo más pronto, porque aún no lo es, por mucho que tú digas que sí. Y luego hay amigas con las que puedes follar para pasar un buen rato y ya está.

Mientras decía todo eso no miraba a Cassian, sino a mí.

Y encima lo hizo sonriendo.

Pues se podía decir más alto, pero no más claro.

Yo era de las terceras, ni más ni menos.

Vamos, que me acababa de llevar una hostia a mano abierta. Una hostia de realidad, más bien.

Tyler tenía pareja, o una amiga especial, como él había dicho, y lo que pasó entre nosotros, como acababa de dejar bien claro, no había sido para él nada más que un rato de diversión.

Eso, sumado a que el día anterior en ningún momento me había dicho o insinuado que sintiera algo por mí, me hizo darme cuenta de que Knox y yo habíamos estado equivocados pensando que seguía sintiendo lo mismo que sintió en el pasado.

Que, por otra parte, era normal. Habían pasado siete años. Ni él ni su corazón tenían por qué esperarme a mí ni seguir sintiendo nada más allá del cariño que puede quedar entre dos amigos que han crecido juntos y compartido más de media vida.

Ahí entendí que lo que había visto en sus ojos al verme besarme con Cassian no era dolor por él, sino por mí.

Porque, como buen amigo, porque solo era eso —y bien claro acababa de dejarlo—, se preocupaba por mí y no quería que, por volver con Cassian, lo pasara mal de nuevo.

—Bueno, pues lo que sea. El caso es que hoy no comes aquí porque te vas de folleteo, ¿no? —le preguntó Cassian.

—Pues sí, más o menos.

—Pues que te aproveche, al igual que me va a aprovechar a mí el reencuentro con mi mujer.

—Cassian, han dicho que vienen a hablar —le recordó Rachel.

—Y se puede hacer todo. Él —dijo señalando a Knox—, que os pregunte a vosotros. Y Linny me preguntará todo lo que quiera mientras me la follo. Luego, ya que intercambien información.

—Cassian…

—¿Qué? No me digas que no lo estás deseando, porque no me lo creo.

Suspiré, pero no le contesté.

—Quien calla otorga. Así que vamos —dijo tirando de mi mano para entrar en la casa.

Al pasar al lado de Knox, nos hablamos con la mirada, como tantas veces hacíamos cuando estábamos trabajando. Bueno, y también en otras circunstancias.

—Ten cuidado —me dijo.

—Tranquilo, lo tendré —contesté.

No miré atrás. ¿Para qué? Entre Tyler y yo ya había quedado todo claro.

Él tenía a la tal Stella y se iría a pasar el día con ella, seguramente de la misma forma en que lo había pasado conmigo el día anterior.

Con la gran diferencia de que con ella hacerlo no era algo puntual, porque estaba iniciando, o a punto de iniciar, una relación, y conmigo había sido un arrebato del momento para quitarse la espinita y las ganas de meterse entre mis piernas, como siempre había querido hacer.

Bien, pues él que siguiera con su vida, que yo seguiría con la mía en Washington en cuanto encontrara el puto teléfono, pensé mientras iba andando detrás de Cassian, que tiraba de mi mano escaleras arriba.

Abrió la puerta de la habitación con demasiada fuerza y, después de entrar y tirar de mí para que pasara con él, cerró de un portazo.

Ni siquiera me dejó dar dos pasos.

Se dio la vuelta, me agarró por la cintura con más fuerza de la que me esperaba y me empotró literalmente contra la puerta antes de lanzarse a besarme.

Dejé la mente en blanco y le seguí el juego.

Juego que no iba a pasar de los besos y de algún toqueteo por encima de la ropa, eso lo tenía clarísimo.

Empezó a tocarme los pechos, apretándomelos hasta el punto incluso de hacerme daño. Mis manos no le estaban acariciando como habría hecho con ellas en el pasado, solo las tenía apoyadas en sus hombros.

—Joder, Linny, cómo te he echado de menos.

Tuve que contenerme para no echarme a reír a carcajadas.

¿Que me había echado de menos? Había que tener cara para decirme eso, de verdad que sí.

¿Cuándo me habías echado de menos? ¿En los ratos en los que no te estabas tirando a todo bicho viviente o cuando estabas tan drogado que tenías alucinaciones conmigo?

Quise decirle eso, pero me callé.

Buena gana de perder el tiempo y empezar una discusión que no nos llevaría a ninguna parte.

Más que nada porque a mí me importaba una soberana mierda con las mujeres con las que había estado y saber todo lo que había hecho durante los años que no nos habíamos visto.

No lo sabía ni falta que me hacía, aunque, conociéndole y sabiendo lo que hacía estando yo allí viviendo con él, me podía imaginar la vida que había llevado y todo lo que había hecho en esos años.

—Vamos a la cama. Quiero quitarte la ropa, quiero verte. Quiero hacerte muchas cosas. Pero primero quiero tu boca en mi polla.

Otra carcajada que me aguanté.

Por supuesto, campeón. Así, para abrir boca, lo primero que voy a hacer es arrodillarme y comértela. En eso estaba yo pensando desde que me levanté por la mañana.

Otra vez me callé lo que realmente quería decirle y, en cambio, le solté lo que quería oír. Y esa fue la ventaja que necesité.

—Sí… vamos, yo también lo estoy deseando.

Me soltó para girarse hacia la cama y ese fue el momento que necesitaba, el momento perfecto. Me dio la espalda y yo no lo pensé ni dudé; simplemente actué por instinto.

Ese instinto innato que tenía y que, sumado al entrenamiento que había recibido y que yo misma quise ampliar junto a Knox, aprendiendo ciertas técnicas que no todo el mundo usaba, hizo que le diera con el canto de la mano un golpe seco en la nuca que lo hizo caer inconsciente, bocabajo, encima de la cama.

—Ale, a dormir un rato, gilipollas. A ver si así te callas un poco y dejas de sobarme, porque vaya pulpo asqueroso que eres —le dije al verle por fin allí tirado.

Tenía el plan perfectamente trazado en la cabeza.

Un plan que llevaba maquinando desde el mismo momento en que dije que yo buscaría ese teléfono.

Capítulo 32



Me puse en modo agente y empecé a trabajar con rapidez y eficacia.

Tenía que darme prisa en esa primera parte para luego tener más tiempo para registrar toda la habitación.

Cassian sería muchas cosas, pero de tonto no tenía ni un pelo y sabía que me costaría encontrar el teléfono si es que lo tenía allí, porque a la vista no lo dejaría. Lo tendría bien escondidito, eso seguro.

Lo primero que hice fue arrastrarle hasta el cabecero de la cama y, no sin esfuerzo, le quité toda la ropa, dejándole como su madre le trajo al mundo.

Tenía que pensar que sí que nos habíamos acostado, así que monté el escenario perfecto.

Cuando se despertara, no se acordaría de si habíamos hecho algo o no, pero con la coca que sabía que se había metido ya siendo tan temprano, porque así me lo habían dicho las pupilas de sus ojos, que más dilatadas no podían estar, era lo normal y él lo sabía.

Así que lo achacaría a eso y, al ver el estado en el que estaba la habitación y a él allí desnudo, pensaría que sí que habíamos pasado un buen rato.

Desperdigué su ropa por el suelo, revolví las sábanas todo lo que pude. Incluso de mi bolso saqué un tanga que había llevado para hacer todo más creíble y lo dejé tirado a un lado de su ropa.

Después de montar toda la escena no me paré. Empecé a buscar por todos los sitios que se me ocurrieron el teléfono.

Primero en los más evidentes.

Mesillas, cajones de la cómoda, el armario, debajo de la cama, encima y debajo de la mesa que tenía, entre los cojines del sofá que estaba en una esquina…

Nada. No había nada en ninguno de esos sitios.

Pasé al baño, lo revisé de arriba abajo y tampoco encontré nada allí.

Ya cuando empezaba a perder la esperanza y, mientras estaba parada en el centro de la habitación dando vueltas sobre mí misma, me quedé mirando la pared en la que estaba el cabecero de la cama y sonreí.

—No puede ser tan fácil. Joder, cómo no lo he pensado antes —me dije a mí misma.

Me subí en la cama de un salto y, poniéndome de puntillas, alargué la mano y con esfuerzo llegué al borde del marco del cuadro que estaba allí colgado.

Era un cuadro enorme con una foto de los tres en el primer concierto de verdad que dieron. El concierto con el que despegaron. Era enorme y llevaba allí colgado desde que compró la casa.

Que se me ocurriera mirar allí no fue casualidad, sino por un recuerdo que me vino a la mente mientras me quedaba pensando dónde más buscar.

En ese recuerdo, Cassian estaba subido encima de la cama como yo acababa de hacer y en el marco del cuadro estaba escondiendo una bolsa con cocaína.

Yo aquel día le vi hacerlo desde el baño, pero él a mí no me vio.

Mientras vivía allí, quise comprobar si fue algo puntual, así que un mes después lo miré y encontré una bolsa con pastillas. Por lo que concluí que ese era el sitio que usaba para esconder lo que no quería que nadie viera.

—Sí, joder, sí. Te tengo, capullo —dije cuando encontré el teléfono justo en el centro del cuadro.

Tenía que comprobar si aquel teléfono contenía algo que lo relacionara con la desaparición de Jake, así que me senté en la cama para revisarlo.

Era un móvil de lo más normal y, mientras lo encendía, esperé que no me pusiera demasiadas trabas para desbloquearlo.

La pantalla se iluminó y no salió ninguna clave de acceso.

Nada.

Ni pin, ni huella, ni patrón tenía puesto.

Desde luego, escribir canciones y cantar lo hacía como los ángeles, pero como criminal no valía para nada, pensé mientras ponía los ojos en blanco al ver lo tonto que era.

Que sí, que nosotros no tendríamos ningún impedimento en desbloquear el móvil si tuviera bloqueo. Bueno, nosotros no, porque allí no teníamos el equipo necesario para ello, pero cualquiera de nuestros compañeros o en la comisaría más cercana lo podría hacer sin problema.

Pero, vamos, que después de todo lo que habían tramado, qué menos que ponerle un bloqueo para ponérnoslo un poco difícil. Pues no. Ni eso.

Fui directa al registro de llamadas. Solo aparecía un número y todas iban al mismo. No había ninguna más.

Después entré en los mensajes y ahí ya se me escapó una risita.

Los teníamos. Pero bien.

Había mensajes, no muchos, pero sí los suficientes para demostrar lo que habían hecho, ya que todos estaban dirigidos a la misma persona. Eso se veía porque decía varias veces su nombre o ponía hermano.

Jake.

Él era el destinatario de todas las llamadas, porque el número de los mensajes era el mismo en el que también salía su nombre.

No me paré a leer ningún mensaje. Solo los pasé por encima.

Eso tenía que hacerlo con Knox y con calma.

Lo que sí busqué antes de marcharme fue si había un patrón en las llamadas y en los mensajes, porque si era así y Jake o Cassian se comunicaban a cualquier hora del día, eso podía ser un problema para que se dieran cuenta de que me había llevado el teléfono antes de que nosotros lo tuviéramos todo bien atado.

—Vaya, la suerte está de nuestro lado, Knox.

Y sí, sí que lo estaba.

Por la sencilla razón de que sí había un patrón.

Entre ellos se comunicaban cada dos días y siempre al anochecer. Primero con mensajes que cruzaban y luego con una llamada muy corta.

Se habían comunicado la noche anterior, así que no lo harían hasta el día siguiente al anochecer. Eso nos dejaba buen margen, ya que tendríamos toda la tarde y la noche de ese día. Y, si era necesario, todo el día siguiente.

Aunque estaba segura de que no necesitaríamos tanto tiempo.

Si nos poníamos a ello en cuanto nos largáramos de esa casa, cosa que iba a pasar en breve, antes de que acabara el día tendríamos todo listo para destapar el asunto y obligarles a decirnos dónde estaba Jake.

Me guardé el teléfono en el bolsillo delantero del pantalón, ya que mi bolso se había quedado en el jardín.

Cogí un papel y un boli de encima de la mesa e hice la última parte de mi plan.

Le escribí una nota para justificar mi ausencia cuando se despertara.

En ella le puse que mi jefe me había llamado y que tenía que ir a resolver un asunto, que nos veríamos al día siguiente.

Salí de la habitación sin mirar ni una sola vez más a Cassian, que seguía allí tan ricamente dormido por el golpe que le había dado.

Miré el reloj y vi que habían pasado dos horas y cuarto desde que nos habíamos subido a la habitación. Me había costado bastante encontrar el móvil, pero había sido el tiempo justo para que todo fuera más creíble.

Antes de salir al jardín, para rematar la escena, me descoloqué un poco la camiseta, la americana y me revolví el pelo.

Desde la puerta oí cómo Knox les preguntaba si creían que Jake podía haberse ido por voluntad propia con alguien.

—Pues yo no lo descarto. A lo mejor está tan perdido por todo lo que se ha metido y se sigue metiendo que ya ni sabe dónde está ni en qué día vive, y estará por ahí con alguna tía —contestó Rachel con amargura.

Dios, qué ganas tenía de que todo llegara a su fin.

Y no solo porque, después de lo que había pasado con Tyler, quisiera largarme a casa cuanto antes, que también, sino porque necesitaba que Rachel supiera la verdad de una vez por todas y pudiera seguir su vida lejos de toda la mierda que la rodeaba, como hice yo.

—No digas gilipolleces, Jake no se enreda con otras mujeres. Ya te tiene a ti —dijo Sullivan enfadado.

La carcajada de Rachel, una que no fue de alegría sino de total amargura, llenó el jardín.

—No me tomes por tonta, Sullivan, todos aquí sabemos cómo es mi marido. Y lo bien que se lo pasa en esas fiestecitas que os montáis.

—Eso es mentira.

—Aquí los únicos mentirosos que hay sois vosotros, que de vuestra boca no sale una verdad ni cuando estáis drogados perdidos.

—Otra mentira más que sale de tu boca. Nosotros no tomamos nada.

Otra carcajada más por parte de Rachel.

—Es increíble. ¿Cómo puedes decir algo así? Si ahora mismo vas puesto de coca hasta las cejas, igual que estaba Cassian. Sois lo peor.

—¡Basta! ¡No te voy a consentir que nos calumnies más!

Ya estaba dentro del jardín, justamente al lado de Knox, pero nadie se había percatado de mi presencia porque todos miraban con atención la discusión entre Rachel y Sullivan.

Discusión que ya se estaba saliendo de madre y que no solo les había alterado a ellos.

Knox estaba muy tenso y a un paso de echarse encima de Sullivan por gritarle a Rachel y partirle la boca. Pero, aunque se lo mereciera, no podía permitir que Knox tuviera problemas por darle su merecido.

Le agarré con fuerza del brazo para frenarle a la vez que hablaba para cortar aquello.

—¡Suficiente!

Todos giraron la cabeza hacia mí y Knox detuvo el paso al notar mi mano y oír mi voz.

Sullivan sonrió al ver mi aspecto y vi que sería la siguiente diana en la que centraría sus tonterías.

Perfecto.

Eso era lo que quería. Que dejara a Rachel en paz.

A mí me resbalaba cualquier cosa que me dijera.

—Vaya… mira a la agente Prescott. ¿Te lo has pasado bien en tu interrogatorio? —me dijo con sorna.

—De maravilla —le contesté con el mismo tono.

—¿Dónde está Cassian?

—Durmiendo. Y te aconsejo que vayas a hacer lo mismo. Te vendrá bien.

—¿Ahora vas a venir tú a decirme lo que tengo que hacer?

—Pues, si es necesario, sí. Y no quieras saber cómo voy a hacerlo —dije echándome la mano debajo de la americana para que viera mi intención de sacar el arma.

Levantó las dos manos riéndose.

—Tranquila, fiera.

Ni me molesté en contestarle.

—Knox, me ha llamado el jefe. Tenemos que ir a comprobar unas cosas. ¿Has terminado aquí?

Esa era la excusa que teníamos pactada de antemano si yo bajaba antes de que él se fuera.

—Sí, ya tengo toda la información que quería. Podemos irnos.

—Pues vámonos.

—Chicas, yo también me voy. Como he dicho, he quedado y ya voy tarde —dijo Tyler a Sarah y Rachel.

—¿Vendrás a cenar? Por avisar a Jenny, si tiene que dejar para ti —le preguntó Sarah.

—No lo creo. La comida se alargará hasta mañana. Ya me entiendes —contestó riéndose.

—Pásalo bien, tú que puedes, macho —le dijo Sullivan al pasar a su lado, a la vez que le daba una palmadita en el hombro.

—Lo haré, no lo dudes.

Esa última frase la dijo mientras buscaba mis ojos, algo que no le permití. Una cosa era que me estuviera destrozando saber que se iba con otra mujer, que yo no había sido más que una muesca más en el cabecero de su cama y que le importaba una mierda, y otra muy distinta dejarle ver el daño que me estaba haciendo y lo utilizada que me sentía. Ese dolor no iba a dejárselo ver ni a él ni a nadie. Esta vez me lo tragaría sola, como ya había hecho otras veces, para no preocupar a los demás.

Los tres salimos de la casa casi a la vez. Nos despidió con un simple adiós, que contestamos de la misma manera. Él se marchó en su moto, esa a la que jamás volvería a subir, y Knox y yo nos fuimos en su coche.

Capítulo 33



Los primeros minutos montados en el coche, ninguno dijo nada.

Knox me dio el tiempo necesario para que digiriera todo lo que había pasado en las horas que habíamos estado en la casa.

—Yelina… —susurró al fin.

—Estoy bien.

—No me mientas, joder.

—Vale. Pues lo estaré. Ahora tenemos cosas más importantes que hacer. Mi mierda de vida sentimental puede quedarse en pausa hasta que volvamos a casa.

—Para mí que estés bien es lo más importante.

—Y lo estaré. Si me recuperé la otra vez, esta lo haré también.

—Es que no me lo creo, joder. Pienso que ha dicho eso de esa mujer para joder por lo dolido que estaba al ver cómo Cassian te ha besado.

Solté una risa seca.

—¿Dolido? Yo no lo he visto así. Es más, le he visto irse muy contento a su cita. Knox, nos equivocamos, ¿vale? Pensamos que sí que seguía sintiendo algo por mí. Pero no es así, puede que haya cariño, pero nada más.

—¿Y entonces lo de ayer?

—Pues lo de ayer fue un arrebato para quitarse esa espinita que tenía clavada dentro por no haberse podido meter entre mis bragas en el pasado.

—¿En serio piensas eso?

—No puedo pensar otra cosa. Es lo que ha sido y no hay más.

—Con lo bien que estábamos en Washington. Venir aquí ha sido un error —dijo consternado.

—No lo creas. Tú sí vas a sacar algo bueno de esto. Tú la miras, lo he visto, pero Rachel a ti también. Y cuando se separe de Jake, se va a venir a vivir a Washington. Así que espero que lo aproveches.

Sonrió de medio lado.

—Lo haré.

—Y yo también sacaré algo de esto. Otro fracaso a mis espaldas del segundo hombre del que me enamoro y un divorcio.

—¿Vas a hablar con Cassian del divorcio?

—Tengo los papeles en la maleta.

—¡¿Qué?!

—Tengo los papeles del divorcio redactados por un abogado desde hace más de cuatro años. Solo falta su firma. Y te aseguro que firmará. No solo cuando vea que renuncio absolutamente a todo, sino porque, si no lo hace, te juro que sí que le pegaré un tiro.

Knox se echó a reír al ver cómo juntaba las manos para dar más efusividad a mis palabras y las ponía en forma de pistola, moviéndolas como si disparara.

—Entonces con Tyler, nada…

—Nada de nada. Lo has visto tan claro como yo. Él seguramente acabará con esa chica y yo, pues me iré a casa, me lamentaré un tiempo y seguiré esperando encontrar a un hombre que me quiera, no mucho, sino bien.

Según decía eso último, mis ojos se aguaron, pero no permití que las lágrimas salieran.

Ya lloraría en mi casa, cuando estuviera sola, todo lo que tuviera que llorar mientras me lamentaba y me daba pena de mí misma.

Knox iba a decir algo más, pero no le dejé. No quería seguir hablando de Tyler, así que cambié de tema.

—Tenemos que intentar dejar zanjado hoy el tema del teléfono, llamar a Sterling con el informe final y terminar con esto mañana.

—¿Y cuál es tu informe final?

Que estoy enamorada como una idiota de un hombre que no siente por mí más que amistad, quise contestarle. En cambio, me lo callé y dije lo primero que se me ocurrió.

—Que son tres idiotas ambiciosos que mañana van a caer. Mañana van a terminar de joder sus vidas.

Y sí, lo dije con pena. Porque en verdad me daba mucha pena verlos terminar así.

Las siguientes horas, desde que llegamos al hotel hasta última hora de la tarde, fueron un no parar.

Revisamos los mensajes uno por uno, minuciosamente.

No nos saltamos ni un punto, ni una coma, ni una letra siquiera. Con ellos descargados en el portátil de Knox, miramos todo.

Todo lo que habían hablado y reído por la situación. Diciendo los nombres de los tres, delatándose así por completo.

Había que ser gilipollas, por no llamarles otra cosa peor, para reírse de una cosa así con lo seria que era. Reírse mientras Sarah y Rachel lloraban por ello.

Unos egoístas de mierda, eso es lo que eran.

—Estoy pensando una cosa —dijo Knox de pronto mientras daba un mordisco al bocadillo que habíamos pedido al servicio de habitaciones para cenar.

—¿El qué?

—Sabemos el día que supuestamente desapareció. Sabemos que Sullivan y Cassian están implicados y que, por los mensajes, todo ha sido idea del segundo.

—Así es. ¿Dónde quieres llegar?

Se quedó pensando unos segundos antes de soltar lo que le llevaba rondando la cabeza un rato.

—Que está escondido en algún sitio, eso está claro. Pero allí ha tenido que llegar de alguna manera y no creo que haya ido solo.

Ahí empecé a entender hasta dónde quería llegar.

—Sigue.

—Creo que Cassian o Sullivan lo llevaron a donde está escondido. Es lo más lógico para que no tuviera que usar su coche. Porque en transporte público es imposible que fuera, sería exponerse mucho, alguien podría haberlo reconocido.

—Si es así, y viendo el rastro de la ubicación del teléfono de ellos o del coche, podemos saber dónde está.

—Eso es.

—Joder, Knox, eres un puto genio.

—Lo sé, pero no me gusta presumir de ello —dijo riéndose, haciendo que yo riera también.

—Yo reviso el de Cassian y tú el de Sullivan. A ver si tenemos suerte y hay algún sitio raro al que fueran ese día.

—Venga, a ver si con suerte podemos darle las buenas noches o los buenos días a tu querido cuñado.

Como locos nos pusimos a revisar primero los teléfonos de los dos, pero no hubo mucha suerte.

En el de Cassian, su última ubicación marcaba ese día el estudio, donde o lo apagó o lo dejó allí intencionadamente.

Y en el de Sullivan sí que marcaba sus pasos de todo el día, pero después de salir del estudio había una parada en un bar cerca de su casa, luego en el supermercado, también en la calle paralela y, finalmente, en su casa.

Pero al mirar los registros del coche de ambos, en el de Sullivan había el mismo recorrido que en su teléfono. En el de Cassian, en cambio, había una dirección a la que fue al salir del estudio y antes de ir a casa.

—¿Esto dónde está?

—Al este, casi a las afueras de Nueva York. Desde aquí calculo que a unos cincuenta minutos.

—¿Y qué hay ahí? ¿Casas, pisos o qué?

Nada más ver la dirección, supe enseguida cuál era el lugar en el que estaba Jake. Un sitio que yo conocía muy bien.

—No, ahí viviendas no hay. Es un hotel. Pero no un hotel cualquiera. Es uno en el que no tienes que ver a nadie en recepción. Es un hotel para encuentros discretos.

—¿Para qué? —me preguntó frunciendo el ceño.

—Es un hotel al que vas a tener sexo y en el que nadie se entera de quién entra ni quién sale. Todo se hace de forma anónima y discreta. Se paga en efectivo a través de un cajetín sin ver la cara del dueño, del encargado o de quien sea que esté allí.

—El sitio perfecto para pasar totalmente desapercibido.

—Así es. Además, puedes llevar comida si quieres, porque las habitaciones tienen cocina, o pedir al servicio de habitaciones lo que quieras. Te lo dejan en un carrito en la puerta y ni ves quién te lo deja ni él a ti.

—O estás muy enterada del funcionamiento de los hoteles de Nueva York o ya has estado allí.

—Lo segundo. Hace años, cuando Cassian y yo estábamos juntos, antes de irnos a vivir a su casa, lo hicimos en la de su madre. Allí estábamos bien, pero había días que necesitábamos más intimidad.

—Normal en una pareja de jóvenes recién casados.

Asentí.

—Ellos ya empezaban a ser muy conocidos y la prensa los seguía. Así que fuimos allí muchas veces para que nadie nos molestara. Y Rachel y Jake también.

Dejé en el plato el medio sándwich que me quedaba y me levanté de la silla, cogiendo de paso el arnés con mi arma que había dejado colgado en el respaldo.

—¿Qué haces?

—Acabar con esto de una vez por todas.

Una hora después ya teníamos todo el operativo montado.

Varios de nuestros compañeros, a los que habíamos llamado de camino hacia allí, estaban con nosotros en la puerta.

Sterling, al que Knox también llamó de camino al hotel, estaba al tanto de todo. Y también informado de cuáles serían nuestros siguientes pasos.

Primero, entrar a por Jake, al que nuestros compañeros se llevarían de forma muy discreta a las dependencias del FBI en Nueva York.

Todo tenía que hacerse sin ruido para que nadie, y menos la prensa, se enterara. Y tampoco su hermano ni Sullivan, porque a por esos iríamos a la mañana siguiente.

El hotel tenía diez habitaciones en total.

Pero ya sabíamos, gracias al registro de entrada —en él no ponía nombres, pero sí cuándo se habían ocupado las habitaciones—, que Jake estaba en la número siete, ya que era la única que llevaba ocupada y no se había desalojado desde el día que él desapareció.

—¿Vamos?

—Vamos —le contesté a Knox.

—Chicos, atentos a nuestra salida. En cuanto aparezcamos, metedlo en el coche lo más rápido posible.

—Tranquilo, Ashford, estaremos muy atentos. Nadie sabrá que es él. Seremos rápidos.

Los dos asentimos y entramos sin demorarnos más.

Era tarde. Ya casi medianoche.

Por los pasillos del hotel no se oía ni el aleteo de una mosca. Seguramente en las habitaciones los que estaban tenían una buena juerga montada, pero al estar insonorizadas, fuera no se oía nada.

Knox, con su habilidad habitual, abrió la puerta de la habitación número siete.

Entramos despacio y sin hacer ruido.

Dentro había un olor a alcohol que tiraba para atrás y también un poco a basura. Jake estaba encima de la cama, dormido o inconsciente, eso aún no lo sabíamos.

Había platos encima de una mesa con restos de comida reseca, botellas de alcohol vacías en la mesa y también algunas por el suelo y, en la mesilla de noche, donde la única luz encendida de la habitación, se veía una cantidad grande de cocaína, o eso supusimos, en una bolsa.

Desde luego, sin provisiones no había estado, pensé con rabia, pena y asco a la vez.

Knox me miró y yo asentí. Me dejaba los honores de ser yo la que lo despertara para darle las buenas noches.

Con el arma en la mano me subí despacio a la cama y, con un giro rápido, me senté encima de Jake a horcajadas. Al notar mi peso, abrió los ojos de golpe.

Primero miró el arma con la que le apuntaba a la cabeza y luego me miró a mí. Al reconocerme, poco más y se le salen los ojos de las órbitas.

—Buenas noches, cuñado. Siento decirte que la fiesta ha llegado a su fin.

—¿Yelina?

—Que yo sepa, tu hermano y yo seguimos casados. Así que si te he llamado cuñado, no puedo ser otra más que Yelina, ¿no?

—¿Qué haces aquí? ¿Y por qué tienes un arma?

—He venido a rescatarte, todo el mundo está muy preocupado desde que desapareciste. Y lo del arma, pues es una amiguita que nos dan a los agentes del FBI para que no nos sintamos muy solos.

Oí cómo Knox tosía a mi espalda, escondiendo la risa.

—¿FBI?

—Sí, ya ves. Las vueltas que da la vida, ¿verdad? Yo, agente; tú, el mismo gilipollas de siempre. Los tres unos delincuentes que fingen una desaparición para sacar tajada y ganar dinero… En fin, son muchas cosas y no tenemos tiempo ahora para hablarlas.

—Nosotros no… —dijo a la vez que miraba de reojo el teléfono que estaba encima de la mesilla, al lado de la bolsa de coca.

—Ni te molestes en negarlo. El otro teléfono lo tengo yo y he visto todo, así que te aconsejo que no la jodas más de lo que ya la has hecho.

—¿Rachel?

Tuve que contenerme, Dios sabe que lo hice, para no darle una hostia.

—¿Ahora te preocupas por tu mujer? Hay que ser cabrones para hacerles pasar a ella y a tu madre por esto. Y a tu hijo ni lo nombres. Lo único que te mereces es que te pegue un tiro, de verdad que sí.

—¿Mi hermano…?

—De tu hermano y de tu amiguito me ocuparé mañana. Ahora te vas a levantar y a portarte bien o te juro que no me temblará el pulso y saldrás de aquí con la cara como un mapa.

Asintió con miedo y ni rechistó ni abrió la boca, ni siquiera cuando nuestros compañeros se lo llevaron en el coche.

Capítulo 34



A primera hora de la mañana mandé un mensaje a Rachel para preguntarle si estaban allí todos.

Me dijo que Tyler no había vuelto desde que se marchó el día anterior.

Le pedí, por favor, que lo llamara y le dijera que fuera a la casa porque iríamos a hablar con todos en un rato.

Me escribió cinco minutos después.

Su respuesta fue que estaba ocupado con algo todavía en su casa, que tardaría bastante más en llegar y que no pensara que iba a tener que estar a mi disposición cuando a mí me diera la gana, que él tenía una vida.

Eso me cabreó y me dolió a partes iguales.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. Si él no va, yo lo traeré. Quiero que estén todos allí cuando les contemos la verdad y no voy a esperar a que al señorito le dé la gana aparecer. Si está con esa mujer, pues que deje los polvos para más tarde.

—Yelina…

—Tiene toda la vida para estar con ella, cuando y donde quiera. Yo necesito acabar con esto ya para poder largarnos a casa.

—¿Quieres que suba contigo?

—No, lo haré sola.

Knox asintió, pero me miró preocupado.

No dije más. Salí del coche y entré en el portal, que por suerte tenía la puerta abierta en ese momento. Subí por las escaleras los tres pisos hasta la casa de Tyler.

Llamé al timbre y se me retorció el corazón cuando una mujer guapísima me abrió la puerta con una camiseta de él como única prenda.

Había tenido, hasta ese momento, la esperanza de que lo de esa mujer lo hubiera dicho tan solo para hacerme daño al verme besarme con Cassian, pero estaba claro que una vez más me había equivocado.

—Buenos días. ¿Puedes decirle a Tyler que salga, por favor?

—¿Y tú quién eres?

—Eso no es importante. Avísale, por favor.

—Está en la ducha.

—Bien, entonces le esperaré dentro a que termine.

—No puedes pasar sin que él te dé su permiso —dijo poniéndose un poco chula.

Pues para chulerías no tenía yo el cuerpo y para discutir con niñas guapas tampoco, así que tiré de placa.

—Con esta no necesito el permiso de nadie. Así que déjame entrar.

Se apartó y entré hasta el salón con ella detrás de mí.

Mientras me vigilaba como un halcón, se puso a recoger la mesa en la que claramente se veían los restos de que habían estado desayunando.

—Stella, ya puedes entrar a ducharte, yo voy a…

Tyler había venido hablando por el pasillo, pero se quedó sin terminar lo que iba a decir cuando entró en el salón y me vio allí.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó de malas maneras.

—Venir a buscarte. Necesito que vayas ahora a casa de Cassian.

—Estoy ocupado —dijo mirando a Stella.

—Ya lo veo, pero esto es importante.

—Para mí esto también —me contestó señalándola con la cabeza.

—Mira, Tyler, no quiero discutir, ¿vale?

—Pues no lo hagas. Vete y luego nos veremos allí.

—Eso no va a poder ser. Vas a venir ahora y, si hace falta, no te lo pediré como Yelina, sino como agente federal.

—Ahora vas a venir a restregarme tu placa —dijo cabreado.

Suspiré.

—No. No te voy a restregar nada. Solo quiero terminar lo que vine a hacer. Estoy agotada. No he dormido, apenas he comido nada desde ayer. Así que te lo pido, por favor, por última vez, acompáñame.

No sé qué vio en mi cara, pero su gesto de enfado cambió a preocupación en décimas de segundo.

—¿Has dicho terminar?

Asentí.

—Sí. En un par de horas, como mucho, todo habrá terminado. Tú podrás volver aquí y seguir con lo que sea… y yo podré irme a mi casa.

—¿Te vas? —preguntó sorprendido.

—Sí. Como te he dicho, todo terminará en un rato. Y no tengo ningún motivo para quedarme.

—¿Ninguno?

Le retiré la mirada.

—Pensé que sí podría haber uno, pero me equivoqué. Supongo que pensé cosas que no eran ciertas.

Frunció el ceño sin entenderme.

—¿Nos vamos, por favor? Knox nos está esperando abajo.

Miró a Stella, que estaba apoyada en el marco de la puerta, mirándonos sin perderse detalle de nuestra conversación.

—Tengo que ir a casa de Cassian ahora. Al parecer es importante. Volveré en un rato.

—Ve tranquilo, yo te espero aquí —le dijo acercándose hasta donde estábamos.

Tyler asintió sonriendo.

—Por cierto, soy Stella. He oído que has dicho que eres Yelina. ¿La mujer de Cassian, no? —me dijo extendiendo la mano para saludarme.

Vaya, pues sí que se conocían bien para saber hasta quién era yo, porque Tyler no le contaría nada de su entorno a una amiga que no fuera muy amiga o algo más, y en quien no confiara mucho, porque para eso era muy reservado, o al menos siempre lo había sido, pensé.

—Encantada, Stella. Sí, soy Yelina, la mujer de Cassian… al menos hasta hoy.

Al oírme decir eso, Tyler se giró con rapidez y me miró confundido. Volví a retirarle la mirada.

—Si vas a tardar, avísame y me iré a mi casa.

—Tranquila, no tardará. Podréis comer juntos, si era lo que teníais pensado —la aseguré.

—Esos eran los planes, sí.

—Pues se cumplirán. Solo tiene que estar presente en la conversación que vamos a tener. Así que en un rato lo tendrás aquí de nuevo.

—Genial, así podremos seguir planeando el viaje que vamos a hacer.

—Me alegro de que os vayáis juntos de vacaciones. Es bueno desconectar de vez en cuando —dije sonriendo.

Sonrisa que no llegó a mis ojos.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Echarme a llorar ahí como una tonta? Pues no. Me tuve que tragar lo mal que me estaba sintiendo al escuchar cómo hacían planes como una pareja y sonreír para que vieran que me alegraba por ellos.

—¿Estás listo?

Tyler asintió.

—Sí, vámonos ya.

Stella se acercó a Tyler y, cuando vi la intención que tenía de besarle para despedirse, me giré rápido y caminé hacia la puerta para no verlo. Pero el puto espejo que tenía en la pared me devolvió la imagen que había querido evitar.

No fue un beso pasional, solo un roce de labios, pero lo suficiente para acabar de romperme.

Salí al rellano y Tyler detrás de mí.

Bajamos las escaleras en silencio. Uno que él rompió cuando llegamos al portal.

—¿Qué has querido decir con lo de que eres la mujer de Cassian al menos hasta hoy?

—Ni más ni menos que lo que he dicho.

—No entiendo nada.

—Tranquilo, en un rato lo entenderás.

—Tengo la sensación de que aquí está pasando algo raro.

—Aquí han pasado muchas cosas. Cosas que te van a sorprender.

—Algunas ya me quedaron claras ayer. Otras, no tanto.

—A todos nos quedaron claras muchas cosas ayer y hoy a vosotros os quedarán las que faltan. Yo ya las tengo claras todas.

—No entiendo cómo has podido volver con él después de todo, Yelina —dijo mirándome entre cabreado y con un poco de asco.

—¿Recuerdas lo que te pedí?

—Sí. Dijiste que confiara en ti. Que no me fiara de lo que viera u oyera.

—A la vista está que no lo has hecho. Por eso te vas a sorprender mucho en un rato.

—Yelina… —dijo cogiéndome del brazo.

No pude dejarme tocar. No después de saber que había estado tocando a otra mujer. No pude soportarlo, así que me retiré, quizá con más brusquedad de la que pretendía.

Se sorprendió mucho por mi gesto.

—Lo siento. Pero no quiero que me toques.

—Pues no decías eso antes de ayer.

No contesté. ¿Qué quería que le dijera?

Agarré el pomo de la puerta del portal para abrirla.

—¿No piensas decir nada? ¿Te da igual lo que pasó? ¿Tan fría eres? Sí, tienes que serlo para acostarte conmigo y, ni pasadas unas horas, hacerlo con Cassian. Pensé que eras distinta, pensé que… —me soltó muy enfadado, dejándose la frase sin terminar.

No pude aguantar más. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero para que no las viera bajé la mirada.

—Tenía pensado decir muchas cosas. Cosas que llevo dentro desde hace muchos años, pero supongo que seguirán quedándose ahí, porque a ti sí que te dará igual saberlas o no. No cambiarían nada. Y creo que, si hay alguien aquí que es frío, desde luego no soy yo.

Me miró sin comprender.

Pues tranquilo, que lo entenderás en un rato, aunque no te importe ni cambie nada, quise decirle.

—Yelina…

—Déjalo, Tyler. Vamos a terminar con esto. Tú podrás volver con tu chica y yo volveré a desaparecer. Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? ¿Vas a volver a dejar a Cassian? ¿Te vas a largar otra vez sin decir ni adiós?

—Lo mejor para todos. Pero tranquilo, esta vez sí te diré adiós. Uno que sí será para siempre.

No pude seguir hablando o me derrumbaría, así que salí rápido del portal y, sin esperarle, me monté en el coche de Knox, que nada más verme la cara ya supo que algo había pasado.

Antes de hablar, Tyler se montó en la parte de atrás sin decir ni una sola palabra.

—¿Estás bien?

—Vámonos. Necesito que esto acabe y que nos vayamos a casa.

El camino se me hizo eterno.

Y no porque hubiera mucha distancia. No, no fue por eso. Fue por el silencio incómodo que nos acompañó todo el tiempo.

Ninguno de los tres dijo nada.

Nos bajamos del coche de la misma manera y también entramos en la casa de igual forma, rompiendo ese silencio solo para saludar a Jenny, que como siempre fue la que nos abrió la puerta.

Capítulo 35



Tyler

El silencio en el coche fue horriblemente incómodo.

Knox y Yelina, desde que nos montamos y él le preguntó si estaba bien —pregunta estúpida, porque estaba claro que no lo estaba—, no habían vuelto a abrir la boca y yo tampoco me atreví.

No dejé de observarles desde el asiento de atrás durante todo el trayecto desde mi casa hasta la de Cassian.

Knox estaba tenso, mucho, más incluso de lo que le había visto el día anterior cuando Sullivan, como el gilipollas que era, se puso a discutir con Rachel de cosas sin sentido, queriéndonos vender una verdad que no había quien se creyera.

Ahí vi claramente que, si no hubiera sido por Yelina, Knox se habría tirado encima de Sullivan para ponerle en su sitio y, ya de paso, partirle la cara.

Y Yelina…

Ay… mi pequeña.

Ella iba en el asiento del copiloto, mirando por la ventanilla, con la vista perdida en el paisaje sin ver nada.

Estaba triste, eso ya lo había visto en sus ojos nada más entrar en el salón de mi casa y verla allí. Pero además de tristeza había otras cosas.

Había decepción, dolor y algo parecido a la derrota.

¿Pero derrota, por qué?

El dolor ya se lo había visto en los ojos, además de la sorpresa, el día anterior, cuando dije que había quedado con Stella. Lo que no llegaba a entender era por qué habría de dolerle a ella que me fuera con nadie si no sentía nada por mí.

Eso me lo dejó clarísimo nada más entrar en el jardín, y no solo dejarse besar por Cassian, sino encima devolviéndole el beso. Y para acabar de pisotearme el corazón, ese que tenía destrozado en esos momentos, cuando se marchó con él a la habitación, dejándonos a todos bien claro lo que iba a pasar allí.

Me sentí tan mal cuando los vi besarse que dije lo primero que se me vino a la cabeza para poner una excusa y largarme. Y eso fue decir que me iba con Stella.

Y sí, me había ido.

O, más bien, la llamé cuando llegué a casa y ella en menos de media hora estaba allí, como siempre que la llamaba.

Era verdad que llevábamos meses viéndonos; en eso Cassian no había mentido, pero los dos sabíamos que nunca llegaríamos a tener una relación más allá de una amistad y de acostarnos cuando nos apetecía.

Ella estaba enamorada de su jefe, un capullo que la tenía harta con sus idas y venidas, y yo, aunque no sabía quién era, también tenía claro que mi corazón tenía dueña.

Así que, cuando nos veíamos, pasábamos un buen rato y, al terminar, cada uno para su casa y tan amigos.

Como he dicho, vino a mi casa en cuanto la llamé y sí, la besé en cuanto entró, como hacía siempre, pero nada más poner mis labios en los suyos, no pude tenerlos ahí ni dos segundos.

La razón era bien sencilla: no eran los labios que yo quería volver a besar. Esos que ahora que los había probado quería, aunque sabía que no iba a pasar, volver a besar el resto de mi vida.

Así que de ahí no pasamos. No pude hacer nada con ella.

Stella, además de compartir cama conmigo, era una buena amiga y, al verme tan raro, me preguntó qué me pasaba. Durante toda la tarde me sinceré con ella y le conté todo lo que había pasado y cómo me sentía.

Como se hizo tarde, se quedó a dormir conmigo, pero solo a dormir, por eso Yelina se la había encontrado allí.

El día anterior, como ya le había contado todo, también le dije quién era la mujer que me robaba el sueño, así que cuando Yelina dijo su nombre, vi por el rabillo del ojo cómo Stella sonreía.

Sonrisa que no entendí.

Me estaría volviendo tonto, porque de verdad que últimamente cada vez entendía menos lo que pasaba y las reacciones de la gente, pensé.

Stella había disimulado bien delante de Yelina que sabía perfectamente quién era ella para mí y cuando me acerqué antes de irnos le dije, casi contra su boca para que mi pequeña no nos oyera, gracias.

El silencio solo se rompió cuando los tres entramos en casa de Cassian y saludamos a Jenny, que como siempre fue la que nos abrió la puerta.

Salimos al jardín, donde estaban todos los demás, como ella nos había indicado.

Cassian, en cuanto entramos, se levantó de la silla en la que estaba sentado y fue como una bala, como había hecho el día anterior, a por Yelina, pero todos nos quedamos helados cuando ella lo frenó con firmeza, poniendo las manos en su pecho.

—No me toques y siéntate —le dijo con voz autoritaria.

—Linny, ¿qué ocurre? —preguntó Cassian, confundido por su reacción.

—Ahora sabrás tú y todos lo que me ocurre.

—¿Qué está pasando? —le susurré a Knox, que seguía a mi lado, al lado de la puerta, mientras Yelina había avanzado hasta donde estaban los demás.

—Que ahora vas a saber hasta dónde has metido la pata, chaval.

—¿Yo qué?

—La quieres, ¿verdad? Y no me lo niegues, porque lo he visto en tus ojos todo el camino en el coche.

A esas alturas ya qué más daba decir que sí o que no. Así que no se lo negué.

—La quiero desde siempre.

—Eso pensé desde el día que llegamos, pero ayer dudé. Lo de irte con otra después de haber pasado la tarde y la noche juntos ha sido una cagada muy grande. Y por cómo ha bajado de tu casa, supongo que se la ha encontrado allí.

Asentí con la cabeza confirmándoselo y Knox negó disgustado.

—Ella y Cassian…

No me dejó continuar.

—Estate muy atento a lo que va a pasar ahora. Ahí vas a ver por qué te pidió que confiaras en ella. Si lo hubieras hecho, no la habrías perdido.

—No la he perdido porque nunca la he tenido.

—Eso ya me lo contarás luego cuando quieras arrancarte todos los pelos de la cabeza.

No pude preguntarle más.

—Knox, Tyler, por favor, venid.

Los dos nos acercamos. Yo me senté al lado de Rachel, pero Knox se quedó al lado de Yelina, que era la única que estaba de pie.

—Vale, ¿empezamos?

—¿Qué cojones tenemos que empezar? —le preguntó Cassian enfadado.

Yelina soltó una risa seca.

—Pues a contar la verdad.

—¿Qué verdad? ¿De qué hablas?

—Escuchad todos con atención, porque os voy a contar la historia de tres cabrones egoístas.

Dicho eso, empezó a hablar y no nos dejó ni hablar, ni preguntar nada, ni intervenir casi hasta el final.

Nos contó cómo habían sospechado desde el primer momento que Jake había desaparecido por voluntad propia. Cómo, tirando del hilo, habían descubierto que todos menos yo estaban en la puta ruina.

Y cómo, investigando un poco más, habían llegado a la conclusión de que entre los tres planearon lo de que Jake desapareciera para ganar atención de la prensa y de los fans.

Al hacer tanto ruido y estar a todas horas en los noticieros y en todas las redes, las ventas habían subido y habían conseguido su propósito: ganar dinero y recuperarse un poco.

A medida que hablaba se me fue poniendo un nudo en la garganta y un mal cuerpo impresionante.

Pero cuando llegó a la parte en la que descubrieron que se estaban comunicando con un teléfono que Cassian había comprado y que, después de pensarlo mucho, llegaron a la conclusión de que él lo escondía en su habitación, fue peor.

Por eso subió. Para buscar el móvil.

Joder, saber que se había acostado con él para encontrar ese teléfono me sentó fatal.

—No lo hizo —me susurró Rachel.

—¿Qué?

—No se acostó con él.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero por cómo te miró ayer me lo imagino.

Solo pasó un segundo antes de saber que lo que acababa de decirme Rachel era verdad.

—¡¿Subiste a follar conmigo para robarme el móvil?!

—Subí, claro que subí para buscar el móvil. Pero no me acosté contigo, no lo haría ni por todo el oro del mundo.

Cassian se quedó pensando unos segundos.

—¡Me golpeaste! ¡Me dejaste inconsciente nada más entrar! ¡Hija de puta! ¿Cómo pudiste engañarme así?

Yelina se echó a reír sin humor.

—Aprendí a mentir del mejor; deberías estar orgulloso por haber sido tan buen maestro.

Al saber la verdad, quise morirme. Quise arrancarme todos los pelos de la cabeza, justo como Knox me había dicho minutos antes.

Le miré y, sin palabras, me soltó eso tan famoso de «te lo dije».

Dios mío, ¿qué cojones había hecho?

Por eso Yelina me pidió que confiara en ella y que no me creyera lo que viera u oyera. Porque había tenido que hacer creer a Cassian que entre ellos había algo para poder desenmascararle.

—¿Entonces sabéis dónde está Jake? —preguntó Rachel muy enfadada.

Y no era para menos. Estaba tan enfadada con ellos como lo estaba yo, porque había que ser cabrones para liar todo lo que habían hecho por el puto dinero.

—Jake está detenido desde anoche —dijo Knox, dejándonos a todos helados.

—¿Detenido por qué? No podéis acusarnos de nada —dijo Cassian levantándose de la silla para encararse con Yelina.

Los siguientes minutos pasaron sin que apenas nos enteráramos de nada.

Cassian terminó en el suelo, engrilletado.

Sullivan fue el siguiente.

Y cuando ya estaban los dos así, vinieron compañeros de Knox y Yelina y se los llevaron.

Y yo me quedé tan en *shock* por todo que no supe reaccionar.

Capítulo 36



Todo pasó exactamente como me esperaba. Bueno, o casi todo, porque hubo algo que me dejó un poco descolocada.

Cassian se puso como loco al enterarse de que le había engañado y dejado inconsciente para conseguir la prueba definitiva que los inculpaba en un delito, o en varios.

Aunque él dijera que no podían acusarles de nada, no era cierto. Se les acusaría de varias cosas, de hecho.

Entre ellas, de obstrucción a la justicia, de poner una denuncia falsa, de hacer gastar recursos del gobierno —como éramos nosotros— para llevar un caso falso y de alguna cosilla más.

Se puso tan tonto que al final se acercó a mí para encararse e incluso se atrevió a levantarme la mano. Ni llegó a rozarme. Antes siquiera de tocarme, estaba en el suelo, bocabajo, con los grilletes puestos.

Sullivan se puso en un estado parecido y fue Knox el que acabó engrilletándole a él.

Sarah me estaba dando una pena horrible. Era incapaz de dejar de llorar mientras miraba a nuestros compañeros, los mismos que se habían llevado a Jake, sacar a los otros dos de la casa.

Rachel, en cambio, no lloraba, pero en su cara se reflejaba el cabreo que tenía.

Un cabreo monumental. Tal era así que yo, desde que la conocía, y ya eran muchos años, jamás la había visto tan enfadada. Y la entendía, claro que la entendía, porque lo que le habían hecho a ella y a su hijo no tenía perdón de Dios.

Y por último estaba Tyler, que seguía sentado en la silla, totalmente alucinado. No se movía, no hablaba y apenas pestañeaba.

También entendía que estuviera en ese estado.

Porque enterarse de lo que habían hecho los que supuestamente eran sus amigos tenía que ser desolador y seguramente estaría destrozado y, a lo mejor, también pensando qué sería del grupo.

Me acerqué a Sarah y a Rachel y las abracé a ambas.

—Gracias por todo. Gracias por descubrirlo y acabar de abrirme los ojos. Si antes tenía claro que me iba a marchar, ahora lo tengo cristalino.

—Avísame cuando lo tengas todo resuelto con el abogado. Ya sabes que mi casa es tu casa. Andrew y tú podéis quedaros conmigo.

—No, usaré el dinero que me dejó mi abuela para comprar o alquilar algo. Menos mal que Jake nunca supo que existía; si no me habría quedado también sin él.

—Como quieras. Tú solo avísanos y Knox y yo te ayudaremos con lo que haga falta.

Asintió sonriendo.

—Voy a darle las gracias —dijo antes de dejarnos a Sarah y a mí e irse con Knox.

—¿Qué hice mal con ellos, Yelina? —me preguntó llorando.

—Tú no hiciste nada mal. De hecho, lo hiciste más que bien. Siempre estuviste para ellos, bueno, y para todos, yo incluida. Fue la fama, el éxito y el dinero lo que los perdió.

—Ojalá hubieran seguido tocando solo en el local. Serían pobres, pero felices.

—Ojalá hubiera sido así.

—Cuídate mucho, cariño. Y procura no sacar mucho el arma a pasear, que tienes mucho peligro tú.

—Lo intentaré, aunque no prometo nada.

Las dos nos echamos a reír antes de darnos un último abrazo.

Cuando nos separamos, le dije que, cuando Rachel se viniera a Washington, la acompañara y pasara una temporada con mis padres, como le habían pedido muchas veces.

Prometió pensarlo.

No sabía si acercarme a Tyler para decirle que me iba.

Dudé. Dudé mucho.

Pero finalmente decidí hablar con él por última vez. Bueno, o despedirme.

—¿Tyler?

Levantó la mirada que tenía fija en el suelo y clavó sus preciosos ojos verdes en mí.

Eran como dos esmeraldas brillantes, pero en esos momentos se parecían más a una tormenta en alta mar por la cantidad de emociones que pasaban por ellos.

—¿Te vas?

Asentí.

—Así es. Pasaremos por la oficina a dejar el informe y a que Cassian me firme el divorcio que traje preparado y después nos vamos a Washington.

—¿Ya lo traías preparado? ¿Eso quiere decir que tenías muy claro que nunca volverías con él?

—Me marché de aquí hace siete años con eso muy claro, Tyler. Nunca habría vuelto con él.

—¿Por qué? Yo pensé que le seguías queriendo.

—Puede que siempre quiera el recuerdo de cuando éramos niños y las cosas eran distintas. Pero cuando me marché de aquí, mi corazón no era suyo. Tardé en verlo, pero otra persona me lo robó poco a poco.

—Yelina…

Tragué saliva.

—Esta vez no puedes quejarte. Esta vez sí que me despido de todos.

—Yelina, yo… ayer…

No quería oír más, no podía oír nada más o, teniéndole allí delante por última vez, me derrumbaría. Así que le corté.

—No hace falta que digas nada. Todo quedó claro. Te deseo todo lo mejor, Tyler. Stella tiene mucha suerte; se lleva al mejor hombre y al mejor amigo.

Quise darle un abrazo; al menos quería llevarme eso, pero al ver que no decía nada y que tampoco hizo ni el amago de levantarse de la silla, me quedé con las ganas por no incomodarlo.

—Adiós.

Esa fue mi última palabra antes de darme la vuelta con los ojos aguados y salir del jardín para reunirme con Knox, que estaba al lado de Sarah esperándome para irnos.

—Yelina… —dijeron los dos a la vez al verme la cara.

—No digáis nada, por favor.

—Pero…

—Knox, no hay peros. Esto es lo que hay y ya. Vámonos. Quiero ir a la oficina, hacer lo último que me queda y largarme de aquí cagando leches.

Rachel nos acompañó al coche.

Y aunque estaba destrozada por dentro y con el corazón roto en mil pedazos, tuve que sonreír de verdad al verlos despedirse.

Knox, sin que Rachel se lo esperara, la cogió de la nuca, la acercó a él y le plantó un besazo que haría sonrojar al más liberal.

Ale, ahí lo llevas, amiga. Para que sepas cómo se las gastan los del FBI, para que veas que no se andan con medias tintas, le dije mentalmente mientras me montaba en el coche para darles unos minutos de intimidad.

Seis horas después entraba por la puerta de mi casa totalmente agotada.

Habíamos pasado por la oficina, como dije, para dar a los compañeros el informe completo de todo lo que habíamos ido descubriendo del caso.

También pasé por el cuarto en el que tenían a Cassian retenido.

La conversación fue dura, muy dura.

Al principio hubo gritos, insultos y recriminaciones por su parte. Por la mía, nada. No tenía nada que decirle.

Una vez que se desahogó, llegaron las palabras «perdón» y «lo siento» varias veces.

Me firmó el divorcio. A regañadientes, pero lo hizo.

Hablamos un poco más, ya desde la calma, y sorprendentemente nos despedimos llorando los dos con un abrazo.

No porque quedara algo entre nosotros, ni mucho menos, sino porque lloramos por aquellos niños que fuimos y que tanto se quisieron.

Ni siquiera deshice el equipaje.

Me di una ducha, me tomé un vaso de leche con una pastilla para el dolor de cabeza y me metí en la cama.

Con todas las emociones que tenía en el cuerpo, pensé que tardaría mucho más en coger el sueño. Pero no fue así. El cansancio pudo más que los nervios.

Abrí los ojos y lo primero que hice fue sonreír. O, más bien, echarme a reír al acordarme del sueño que acababa de tener.

Hacía ya un mes que habíamos vuelto de Nueva York y veinte días de Miami.

Sí, como me prometió Knox, habló con Sterling y consiguió que nos diera una semana de vacaciones.

Yo ni me enteré hasta el mismo momento en el que se presentó en mi casa y me dijo: haz la maleta, mete bikinis y poco más, que en tres horas sale el avión.

Pues allá que nos fuimos.

Y fue una semana maravillosa. Con sol, mar, mojitos —de esos hubo demasiados—, sin llamadas de trabajo y, sobre todo, tranquilidad y desconexión.

Y esa, sobre todo a mí, me hacía muchísima falta, porque desde que había vuelto tenía demasiados ratos malos pensando en Tyler. Me acordaba de él día y noche, más de lo que quería y desde luego más de lo que me convenía.

Justo había estado soñando que estábamos allí y que Knox se caía a la piscina del hotel en el que nos alojamos. Que sí, que lo había soñado, pero fue porque aún tenía ese recuerdo demasiado vivo en la cabeza, ya que pasó de verdad.

Llamaron al timbre y, cuando miré el reloj y vi que era domingo y apenas las ocho de la mañana, estuve a punto de coger el arma para pegarle un tiro a Knox, porque estaba convencida de que era él. Tenía que serlo. No había otra persona con los huevos suficientes para presentarse en mi casa a esas horas y arriesgarse con ello a morir.

Pero cuando abrí la puerta me quedé perpleja. Porque mira tú por dónde, sí que había otro kamikaze capaz de romper mi paz, aunque a ese lo quería tanto que seguramente le habría perdonado la vida incluso aunque se empeñara en vivirla con otra.

—Hola, pequeña.

—¿Qué haces aquí, Tyler? Y ya de paso, ¿cómo sabes dónde vivo?

—A lo primero, si me dejas pasar, te lo cuento. Y lo segundo, ha sido Rachel la que me ha dado tu dirección.

Me retiré hacia atrás y le dejé pasar.

Esperaba que no viniera a darme ningún disgusto, pero, aunque así fuera, nunca le habría prohibido la entrada en mi casa.

Además, qué coño, estaba intrigada por saber por qué se había pegado un viaje de cuatro horas para venir a hablar conmigo.

—Si vienes a invitarme a tu boda, siento decirte que no podré ir, no tengo vacaciones —bromeé para intentar que no se me notara lo nerviosa que estaba.

Se me quedó mirando y primero puso los ojos en blanco, pero después soltó una risita.

—Pues que sepas que si tú no vienes, no me caso.

Cuando dijo eso, mi corazón se saltó al menos dos latidos y me faltó por unos segundos hasta el aire.

¿En serio había venido hasta mi casa para decirme que se casaba y encima me había dicho que no lo haría si yo no iba?

Joder, de verdad que si había venido a pedirme que fuera su madrina, le iba a tocar retrasarla.

Porque una de dos: o me daba un puto infarto en ese momento o le pegaba un tiro. No había más opciones.

—Mira, Tyler, si has venido a pedirme que sea tu madrina, podías haberte ahorrado el viaje. Porque eso no va a pasar. Lo siento, pero no —dije mientras le retiraba la mirada para que no viera el daño que me estaba haciendo aquella situación.

Dio dos pasos hacia mí, que eran justo los que nos separaban.

—¿La madrina? No, esa será Sarah. Tú serás la novia cuando llegue el momento.

Si me pinchan en ese instante, ni gota de sangre me habría salido, os lo prometo, porque no me quedé helada, me quedé petrificada.

—¿Qué… dices…? —me atreví a preguntar.

—Que he venido a decirte muchas cosas. Que te fuiste pensando que todo estaba dicho, pero no fue así, al menos por mi parte.

—No entiendo nada. Tú… Stella…

No me dejó seguir balbuceando, porque era lo que estaba haciendo, ya que hablar con normalidad no podía.

Dio el último paso que nos separaba, me agarró por la cintura y pegó su frente a la mía.

—Escúchame hasta el final, por favor. Y ya cuando acabe, me echas, me pegas un tiro y lo que tú quieras, pero déjame decirte lo que llevo años callando.

Madre mía… madre mía.

Ni contestarle pude de lo nerviosísima que estaba, solo asentí.

—Te quiero. Te quiero desde que éramos unos niños. Mi corazón siempre ha sido tuyo. Solo tuyo.

—Pero… Stella.

—Stella solo es una amiga. No estuve con ella. No pude. Sí que la llamé porque estaba muy dolido pensando que habías vuelto con Cassian. Pero no pude ni tocarla. No después de haberte tocado a ti.

—Tyler… —dije con los ojos llenos de lágrimas.

—Yelina, soy tuyo, siempre lo he sido. Te amo más que a nada ni a nadie en el mundo. He tardado en venir, pero no porque tuviera dudas, sino porque he vendido todo, he dejado todo. He venido para quedarme a tu lado. Si me dejas y quieres, claro.

—Yo…

Al oírme decir eso, noté cómo se tensaba, seguramente pensando que llegaba tarde o que yo no sentía lo mismo.

No podía permitir que ninguno de los dos sufriéramos más, así que saqué valentía, ni sé de dónde, y dije lo que tenía guardado dentro.

—Yo también te amo. Hace siete años me vine aquí, pero mi corazón se quedó en Nueva York, se quedó contigo. Tú me lo robaste poco a poco.

Sonrió. Sonrió contra mi boca mientras me abrazaba fuerte.

—Entonces, ¿vendrás a mi boda? ¿Serás mi mujer? —bromeó, o quizá no.

—Seré tu todo, como tú eres el mío.

No hubo más palabras, solo un beso.

Un beso en el que nos dijimos lo mucho que nos queríamos y con el que nos hicimos muchas promesas.

Promesas de vida.

Epílogo



Diez años después…

—¡Mamá! ¡Mamá!

Todo el santo día con él, mamá en la boca, pensé mientras resoplaba y salía al jardín a ver qué era lo que pasaba.

Nada bueno, eso seguro.

Porque con los trastos que eran todos los niños que estaban allí fuera, que estuvieran liando alguna era rutina; lo raro habría sido encontrármelos sentados leyendo o de rodillas rezando.

Cuando salí al jardín, juro por lo más sagrado que mi primer pensamiento fue echarme la mano a la espalda, sacar el arma y vaciar el cargador disparando todas las balas al cielo.

La madre que los parió a todos, la que habían liado.

—¡¿Qué habéis hecho?!

—Mamá, ha sido un accidente —dijo Susan con ojitos de cachorro.

—¡¿Un accidente?!

—Sí, tía, eso es lo que ha sido.

—¿Sí? Pues eso se lo contáis a papá y a los tíos ahora cuando vengan. Vais a estar castigados hasta que os salgan arrugas —dije antes de darme la vuelta y entrar otra vez en la cocina.

Sí, entré porque no podía seguir viendo la que tenían allí montada.

La piscina entera estaba llena de espuma. Pero no un poquito, no. Llena. Bien llena. Vamos, que no se veía ni el agua, porque hasta se desbordaba por el borde y llegaba al césped.

Volví a la cocina a seguir preparando la ensaladilla que comeríamos ese día junto con la barbacoa, de la que los chicos se encargarían.

Mientras lo hacía, mi mente voló y los recuerdos de cómo habíamos llegado hasta ese momento vinieron a mí uno detrás de otro.

El primero fue aquel día en el que abrí la puerta de mi apartamento pensando que era Knox y me llevé la sorpresa de mi vida al ver que era Tyler el que estaba allí para decirme que llevaba toda la vida queriéndome en silencio.

Como dijo, tardó en venir porque era cierto que había vendido todo para cerrar su vida en Nueva York y venirse a Washington conmigo.

Los meses siguientes juntos fueron maravillosos. Bueno, no solo los meses siguientes, sino también los diez años que habían pasado desde entonces.

Como me propuso y yo pensando que era broma, sí que fui a su boda… que también fue la mía, claro, seis meses después. Desde entonces era mi marido.

Fue una boda muy íntima, pero preciosa, a la que solo fueron los nuestros.

Un año después de eso nació nuestro hijo mayor, Liam, que ya tenía ocho años. A él, dos años después, se le unieron nuestras gemelas, a las que llamamos Emily y Susan.

Con tres hijos cerramos la fábrica. Con lo movidos que nos habían salido, había momentos en los que parecía que teníamos seis y no tres.

Todos esos años yo había seguido con mi trabajo, aunque a un ritmo más bajo. Y Tyler se había dedicado a comprar edificios como hizo en Nueva York y actualmente había aumentado su fortuna con los beneficios que obtenía cada mes.

Sonreí al pensar en lo siguiente que se me vino a la cabeza.

Knox, mi medio desastre, y mi querida amiga Rachel.

Como dijo que haría, en cuanto tuvo el divorcio, Rachel se vino a vivir a Washington y solo un par de meses después ya estaban viviendo juntos con Andrew en el piso de Knox.

Lo suyo fue un flechazo en toda regla que había terminado muy, muy bien.

Un año después de empezar juntos también se casaron y seis meses más tarde nació su hija Mia, que ya tenía siete años. Y para completar la familia llegó Noah, su hijo pequeño, que tenía cinco y era una copia exacta de su padre en todo.

Habían formado una familia preciosa.

La que también vino de visita y se quedó fue Sarah, pero no solo para estar cerca de nosotros, sino porque en nuestra boda conectó muy bien con cierto jefe gruñón con el que un año después empezó una relación… y ahí seguían.

Eso sí que fue un impacto para todos.

Sarah y Sterling. Quién lo iba a decir.

Desde luego, Knox y yo no. Y, como los cabrones que éramos, a la mínima oportunidad que teníamos, nos cachondeábamos de Grayson diciéndole que tenía mujer gracias a nosotros y que nos tenía que premiar con más vacaciones que al resto.

El siguiente recuerdo que me vino a la mente fue uno mucho más amargo, uno que nos dejó desolados a todos.

Jake.

Él nunca pudo salir de la mierda en la que se metió y, después de perderlo todo, vender lo poco que tenía para pagar la multa que les pusieron a los tres por lo que hicieron y enterarse de que KayJax se disolvía por decisión de Cassian y Tyler, acabó perdiéndose del todo.

Y unos meses después falleció por una sobredosis.

Ese episodio hizo que otros abrieran los ojos y espabilaran.

Sullivan rompió con todo y con todos, hizo la maleta y, según teníamos entendido, porque no habíamos vuelto a saber de él, se marchó a Francia a vivir con un tío lejano que tenía allí.

Cassian, en cambio, quiso poner fin a la vida que llevaba y que solo le había traído malas cosas y, tragándose su orgullo, nos pidió ayuda.

¿Se la dimos?

Rotundamente sí.

Todo el mundo merece una segunda oportunidad.

Entró en un centro de desintoxicación donde estuvo un año. Allí, además de rehabilitarse, encontró el amor en una de las médicas que lo trataron y en la actualidad estaban casados, muy felizmente, tengo que decir.

Con Celia, que así se llamaba su mujer, había tenido dos hijos: Jake, al que pusieron ese nombre en honor al tío que no llegó a conocer, que ya tenía cinco años, y Ava, de cuatro.

También vivían en Washington y, como no podía ser de otra manera, formaban parte de nuestra vida diaria.

Y no solo porque Cassian ayudara a mi marido, con el que se había asociado en el tema de los edificios, sino porque dejamos todos los rencores atrás y hasta puedo decir que para mí era un auténtico amigo.

Levanté la cabeza al oír ruido en la cocina y sonreí al verlos a todos allí.

Habían ido juntos a la casa de Cassian, que estaba a solo unos metros de la nuestra, justo al lado de la de Knox, porque él y Celia querían enseñarles a los demás cómo había quedado el estudio que habían montado en la buhardilla, donde él junto a Tyler darían clases de música a todas nuestras fieras.

Vaya dos tarados. Iban a sudar la gota gorda con todos allí tocando instrumentos, pensé, aguantándome la risa.

—Venís todos muy sonrientes. Pues salid… salid al jardín y ya veréis cómo se os van a quitar las ganas de reír.

—Madre mía, ya tiene que ser gorda la que han liado, porque tienes esa cara —dijo Knox riéndose.

—¿Qué cara? —le preguntó Cassian.

—La cara de que se ha contenido mucho para no sacar el arma.

—Ni te imaginas el esfuerzo que he tenido que hacer —le dije, haciéndoles reír a todos.

—Venga, Yelina, no puede ser para tanto, solo son niños —dijo Grayson.

—¿Niños? Eso no son niños, son demonios disfrazados. Venid conmigo a ver qué opináis.

Me di la vuelta y todos me siguieron hasta el jardín.

De primeras, al ver la que tenían allí montada, todos se quedaron mudos y petrificados.

—¿Pero qué cojones han echado? Me han jodido la piscina. Dios… si la limpié ayer —dijo Tyler llevándose las manos a la cabeza.

—Pues no la debiste limpiar muy bien, porque han creído oportuno echarle más jabón —le contestó Cassian, conteniéndose la risa.

—Desde luego no podemos decir que no sean limpios —añadió Knox, aguantándose también.

Les apunté a los dos con el dedo y puse mi cara de u obedeces o te disparo.

—Se os van a quitar las ganitas de reír en cuanto salgan. Porque yo no pienso limpiar este desastre, ya os lo digo.

—Venga, que entre todos no tardaremos nada; antes de comer la piscina estará perfecta otra vez —dijo Joy, haciéndonos poner a todos los ojos en blanco.

Porque eso ni en una semana quedaría limpio, ni en un mes si me apuraban un poco.

Todos menos Tyler se fueron a ver de cerca el desastre.

Él me agarró con una mano por la cintura y me pegó a su cuerpo.

—Si necesitas desestresarte, conozco una técnica mejor que pegar tiros —me susurró.

—Pues mira, sí. Después de ver esto necesito un intensivo —le contesté contra los labios.

Se me quedó mirando y vi cómo se le dilataban las pupilas.

—¡Knox! Encárgate de mantener el orden. Mi mujer tiene que mirar unas pruebas para hacer un informe y tengo que ayudarla.

La carcajada fue general, y no solo por sus palabras, sino porque me cargó al hombro y entró conmigo corriendo dentro de la casa.

Media hora después, sudorosos, pero satisfechos, estábamos los dos en la cama. Yo tumbada con la cabeza en su pecho mientras me acariciaba el pelo.

—Esto de mirar pruebas cada día se nos da mejor. El paso del tiempo solo ha hecho que cada vez los informes sean mejores.

Tyler soltó una risita.

—Así es. Y dime… ¿Cuál es tu informe final?

—Que estoy enamorada.